

Tomás González

Las noches todas



Tomás González

Las noches todas

Diseño colección: Josep Bagà Associats

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-7436-6
ISBN 10: 958-42-7435-X

Primera edición: noviembre de 2018

Impreso por

Los días se distinguen, pero la noche tiene un solo nombre.
ELÍAS CANETTI
La provincia del hombre

Al anciano [Mabeuf] todas las opiniones políticas le eran indiferentes, y las aprobaba todas para que lo dejaran tranquilo. Su postura política era la de amar apasionadamente las plantas, pero sobre todo la de amar los libros. Tenía como todo el mundo su terminación en -ista, sin la cual nadie habría podido vivir en esa época, pero no era realista, ni bonapartista, ni anarquista; era coleccionista de libros antiguos. Uniendo sus dos pasiones, había publicado un libro: La flora en los alrededores de Cauteretz.
VICTOR HUGO
Los miserables

Índice

El viento

Visité una tarde a mi hermana mayor y le anuncié que había decidido disminuir al máximo mis relaciones con los demás seres humanos. Pensaba vender el apartamento y comprar una casa con buen terreno para dedicarme a la jardinería y a vivir en silencio con la tierra y las matas el resto de mis días.

Ella consideró el asunto un momento.

—¿Qué te opinara…? ¿Disminuirlas más?

Hacía casi dos años, al cumplir sesenta y cinco, había tomado yo la decisión de jubilarme y recluirme en los cien metros cuadrados de mi apartamento. Sexto y último piso, vista sobre los cerros orientales. Me daba por fin el lujo de pasar días enteros sin oír mi propia voz, y habría querido dejar de oír también las voces lejanas de la calle y de los apartamentos vecinos. Sólo el viento en las cornisas, la lluvia contra los vidrios. Muy de vez en cuando llamaba por teléfono a mi hija, a mis hermanos, a mi exmujer, a los pocos amigos que me quedaban. No contestaba llamadas de números desconocidos y a veces tampoco las de los números conocidos. En las conversaciones con familiares y amigos casi siempre me limitaba a decir «¡qué bueno!» o «¡qué vaina!» según las noticias fueran buenas o malas; «ni sabe uno» o «mira, pues», cuando eran neutras. Leía todo el día en piyama y pantuflas, novelas, cuentos, mientras en la biblioteca los libros de Weber, Durkheim, Marx, Engels, Althusser, Dahl, Saint-Simon, Proudhon, Fourier y otros pensadores y reformadores sociales que había enseñado yo durante tantos años acumulaban polvo, poblados de notas al margen y tarjetas amarillas manuscritas. Una vez por semana salía a recibir clases en un instituto de yoga, pues aceptaba que mi dificultad cada vez mayor para disfrutar de la compañía de mis semejantes me estaba convirtiendo en una persona demasiado solitaria, más solitaria que nadie que yo mismo conociera, pero no quería volverme, además, un anciano todo descuadernado, encorvado, gargajoso.

No valieron las novelas ni los cuentos ni tampoco las lunas y

las lluvias que daban su espectáculo en los cerros. Con el pasar de días y meses que se hicieron casi idénticos los unos a los otros se me fue agotando la alegría inicial por la jubilación y el silencio, y empecé a aburrirme.

El bus

Vendí, pues, el apartamento y compré una casa en el límite del casco urbano de una ciudad colonial por la que había sentido siempre mucho afecto. Tres horas hacia el sur, siguiendo una carretera que se descolgaba más de dos mil metros por la cordillera. A los pasajeros del bus se les tapaban los oídos por lo rápido que íbamos alcanzando el nivel del mar. Muchos se ponían blancos o verdes y pedían bolsas que eran también blancas, plásticas. Yo nunca me mareaba, ni siquiera cuando el chofer, compitiendo con otros buses, tomaba más abiertas todavía las curvas ya de por sí muy abiertas, y más cerradas las ya muy cerradas, y parecía querer desbarrancarnos en cualquier momento por alguno de los muchos abismos que el bus bordeaba y matarnos a todos contra alguna roca llena de líquenes. Los pasajeros protestaban. Durante un rato el chofer tomaba las curvas un poco menos rápido, pero volvía a lo mismo. Los pasajeros protestaban otra vez y pensaba yo entonces en lo bueno que habría sido olvidarse de carretera, bus, chofer y pasajeros, y bajar a pie, como lo había hecho hacía más de cuarenta años, por los empinados caminos de herradura que descendían entonces y descienden aún sin afanes entre la abundancia de helechos gigantes que se agarran con fuerza de los barrancos, y helechos medianos, pequeños y minúsculos, quebradas, riachuelos, musgo que huele a agua y agua que huele a musgo, y heliconias, bromelias y sietecueros y cajetos y otras plantas y árboles cuyo nombre popular desconozco y que la ciencia tal vez no ha nombrado todavía.

Nunca he tenido carro y uso lo menos posible el motor de explosión en cualquiera de sus manifestaciones. El motor, les decía a mis estudiantes, la amplificación del sonido y la expansión urbana son tres grandes males que han venido deteriorando a fondo la calidad de vida de la especie humana desde hace más o menos ciento cincuenta años y que bien podrían ser la causa de su extinción. La humanidad asfixiada por

su basura, sus ladrillos y su mala música. También me desagradaban los buses y los camiones, pero no tenía más remedio que usarlos, por lo menos mientras terminaba lo de la compra de la casa y trasteaba los muebles y los libros.

Decían mis amigos que yo me pensaba anticapitalista, pero que en realidad era precapitalista y que bien podría vivir en alguna tribu amazónica o comuna hippie o con grupos como los amish, que se niegan a pasar del arado, la mula y la carreta. Hippie vestido de gerente, decían, refiriéndose a mis vestidos de tonos discretos y a las corbatas y zapatos de buena marca, ropa que terminé por detestar como se detesta el uniforme de trabajo y dejé de usar para siempre jamás desde el primer día de la jubilación, cuando me recluí en el apartamento y pasé a la piyama, las pantuflas y la ruana o el chaleco de plumas.

—Cada época a su modo —dice mi amiga Lucía siempre que tocamos el tema del motor de explosión—. Hoy te matan los carros, antes lo hacían las patadas de mula.

Sobre los arrollamientos y las patadas digo «qué vaina» y pienso que, así y todo, a la hora de morir es preferible la mula, pues está viva y es bella, pero nada digo, ya que a la mención de belleza Lucía va a traer a cuento los taxis de Londres y los carritos Mini Morris, y vamos a llegar al mismo callejón sin salida de otras veces: que nadie sabe lo que es la belleza, que la Belleza con mayúscula no existe y todas las demás verdades de ese corte, muy sonoras, pero que no aclaran nada. ¡Como si uno bajara de la capital con las piernas todas cómodas, mirando las montañas por los amplísimos vidrios de los taxis de Londres!

Yo conocía bien la ciudad donde iba a vivir, pues de allí era mi familia materna, de la que sólo quedaban algunos primos, a los que no veía desde hacía mucho tiempo. Fundada trescientos años atrás, había venido perdiendo en gracia y en belleza desde hacía veinte o treinta por culpa de aquellos tres males. La nueva arquitectura, que ni siquiera podía llamarse moderna sino disparatada, se expandía sin control. Aparecían barrios de la noche a la mañana. De la noche a la mañana se levantaban edificios de más de diez pisos, con vidrios azules que espejeaban. En el centro histórico se apiñaba un tráfico maloliente de motocicletas, buses y automóviles. Casas de más de doscientos años eran reformadas y desfiguradas para que funcionaran en

ellas ventas de buñuelos, almacenes de electrodomésticos, ferreterías, asaderos de pollos. Y la música en algunos sectores sonaba tan fuerte que rechinaban las frecuencias altas y hacían doler los oídos, mientras las bajas repercutían en el corazón y en los intestinos.

La ciudad estaba cruzada en un costado por un río ancho y poderoso, de aguas de color barro, sobre el que volaban garzas, gallinazos y cormoranes, y en el cual, justo al comienzo del casco urbano, desembocaba otro río un poco menos grande y de un café mucho más oscuro, casi negro. En este último se vertían, muchos kilómetros más arriba, los desechos químicos de las fábricas y los desechos orgánicos de los ocho millones de habitantes de la capital. Abundaban los peces a la altura de la desembocadura, pero según las autoridades sanitarias no eran aptos para el consumo humano. Y se decía que los caimanes, capaces de ingerir cualquier clase de materia orgánica y hasta inorgánica, tóxica o no tóxica, viva o muerta, preferían vivir en sus aguas, no en las del más grande, por el mucho alimento que en ellas encontraban. Se podían consumir con menos riesgo los peces del río mayor, pero muchos sólo lo hacían si estaban seguros de que habían sido pescados antes de la desembocadura. En aquella ciudad, bella aún, aunque asediada por el desorden y la desarmonía, en la que había pasado yo casi todas las vacaciones de niño y aun de adolescente, compré una casalote y empecé a trabajar en el jardín.

La casa era de tapias y una parte estaba en ruinas. De cada lado se levantaba una pared a lo largo de la calle, que era la última de la ciudad por aquel costado. Allí empezaba el campo y la calle se volvía carretera. Mi propiedad quedaba al final del sector colonial, por el sur, no por el lado de los ríos. La parte habitable tenía doscientos metros cuadrados, las ruinas otros doscientos, y el resto, es decir, el lote o jardín, aproximadamente dos mil. Una fila de acacias amarillas corría a lo largo del lindero con la propiedad vecina. De las avenidas y calles cercanas alcanzaba a llegar el fragor de motocicletas, carros y buses, pero el grosor de las tapias y su misma antigüedad suavizaban el ruido y lo hacían remoto.

Mi vecino del lado de las acacias, único colindante, anciano de ochenta y cinco años, viudo, el señor Ezequiel, se la pasaba

sentado en el corredor de su casa, antigua también y construida en un alto en el centro de la propiedad, sombrero de fieltro y poncho de algodón a pesar del calor, mirando con calma cómo sus diez hectáreas, donde alguna vez había cultivado frutales, se enmalezaban, se enmarañaban, se ponían selváticas.

—¿Y es que no está haciendo frío, su señoría? —me dijo el día que nos conocimos, cuando le pregunté que si sufría de frío. En sus gestos y tono de voz se sentía la dulzura de la vejez avanzada. El señor Ezequiel recibía de los urbanizadores ofertas multimillonarias que estudiaba durante meses y terminaba siempre por rechazar. Disfruté de su vecindad y de su compañía durante casi diez años y lamenté su muerte. El señor Ezequiel acostumbraba llevarme de regalo racimos de bananos que yo colgaba de las vigas del corredor y compartía con los pájaros; también manojos de yucas. A su muerte, la hija le entregó todo al marido, gordo, conflictivo, rubio, de ojos azules, y de ese modo me llegaron, justo cuando el trabajo en el jardín estaba casi logrado, los problemas personales y legales que no había tenido hasta entonces.

El taxi

Me instalé en la casa la misma semana de la firma de la escritura. Muebles y libros quedaron en un depósito y llegarían cuando se terminaran los trabajos de renovación. El bus entró a la ciudad casi de noche y tomé en la terminal un taxi destartalado, manejado por un hombre aún joven. Veloz, locuaz. No terminaba de acomodarme cuando me dijo que había llegado hacía tres años, después de comprar en la capital un carro con permiso de funcionamiento de esta ciudad…

Al asiento se le sentían los resortes.

—¿Este carro?

—¿Cómo me dice?

—¿Compró este taxi?

—La carrocería deja que desear, en eso el señor tiene razón, pero de motor está bien. Lo costoso es la licencia. La licencia es lo que vale.

Cuando compró el taxi tenía treinta años, estaba todavía soltero y sin hijos, y podía vivir donde quisiera. Si la licencia hubiera sido de una ciudad del Pacífico, allá estaría ahora, tal vez casado con alguna mujer negra de las grandes y altas que hay por esos lados. Mónica, su mujer, era pecosa y color de hormiga brava. El niño también era color candela. Siete años. Al llegar a la ciudad, Misael había tenido que enfrentarse con los taxistas locales, descontentos por que alguien de afuera les estuviera quitando la clientela. Lo agredían, lo amenazaban, hasta que se compró un revolvercito, se les plantó en la raya y no lo molestaron más. Andaba siempre con cuidado, eso sí, no fuera que lo mataran a traición en alguna calle poco iluminada o en una carretera demasiado sola, pero ya lo pensaban dos veces antes de agredirlo. Me mostró el revolvercito, que no era tan diminutivo tampoco, aunque sí bastante lúgubre. Para corresponder a la confianza que había mostrado al contarme lo del arma, mencioné entonces mi proyecto de renovación de la

casa y también el del jardín. «Eso le va a costar su billete», comentó. Llegamos. Le pedí una tarjeta. No tenía tarjetas. Revolvió entonces en la guantera, que encerraba un caos de trapos, libretas con documentos, herramientas pequeñas, un carrito de plástico azul, recibos sueltos, la billetera, monedas, el revólver y polvo, hasta encontrar un pedazo de papel cuadriculado, donde escribió su nombre, Misael, y su número de teléfono. Antes de irse ofreció mandarme un maestro de obras amigo suyo, de nombre Alvarito, para que me cotizara los trabajos, y yo dije que sí, por favor, y que se le agradecía.

Las llaves del alto portón eran grandes y pesadas, parecidas a las de las iglesias o a las de entrar al cielo. Puse en el cuarto del tercer piso el colchón inflable que me había prestado Lucía. Aquel piso consistía solamente de ese cuarto o mirador, que tenía tres ventanas grandes y un balcón con vista al solar completo y a las montañas lejanas. Me recosté unos minutos y decidí salir al día siguiente a comprar una buena cama en algún centro comercial, pues el colchón inflable era estrecho y desagradable al tacto y al peso. En la casa hacía calor y olía a moho, a encierro, a polvo. Del solar, donde el espacio era negro puro en aquella noche oscura, subía un olor fuerte a vegetación de tierra caliente, que la lluvia hacía poco había alborotado. También subía el canto de las ranas. Y su canto y ellas mismas y el olor a vegetación y todas las demás cosas, tanto las que tienen nombre como aquellas que no lo tienen, parecían orientarse desde el espacio negro del solar hacia la gran noche, como girasoles.

Me quité la camisa frente al gabinete del baño. Barriga no demasiado protuberante, de persona flaca de sesenta y siete, blanca. Músculos cediendo. Estatura mediana. Pelo abundante aún, liso, gris, vigoroso, más bien largo. Frente ni ancha ni estrecha. Ojos cafés, comunes y corrientes. Esclerótica aún blanca por aquellos días. Mirada que expresaba amabilidad, timidez, distancia. Bolsas debajo de los ojos, incipientes. Contento de haber llegado, aunque me sentía solo. *No estoy solo, claro que no*, pensé con rapidez, como corrigiendo una imprudencia cometida frente a algún estricto tribunal integrado por los más gregarios de entre mis semejantes. Tenía familia, tenía exesposa y todo, tenía a mi hija, a mi nieta. No estaba solo.

Por las noches el agua suena siempre duro al caer, y más aún

en aquella casa vacía y todavía extraña. El acueducto de la ciudad venía desde muy arriba de las montañas vecinas, y el chorro de la ducha era abundante y muy frío. Se me pegó la piel contra las costillas. Me habría podido dar el lujo de alojarme algunos meses en un hotel con agua caliente y aire acondicionado mientras habilitaba una parte de la casa, pero me entristecen los hoteles y más si tienen aire acondicionado. Mejor instalarme de una vez, a pesar del agua helada, el polvo y los ratones.

El colchón de aire parecía natilla o flan y me auguraba una noche aún más mala que de costumbre. De unos años para acá venía levantándome muchas veces en las noches, a caminar por la casa o a leer sin ganas. Dormía una hora y volvía a despertarme, a levantarme a pasar las páginas sin prestarles demasiada atención y a seguir caminando. Dormía otra hora y otra vez me levantaba. No quería leer ni caminar, quería dormir. La noche parecía moverse al revés, alejándome cada vez más de un amanecer que, contra toda evidencia y esperanza y después de siglos, terminaba siempre por llegar.

Contrario a lo que esperaba, dormí cinco horas seguidas, cosa que no lograba desde hacía años, y al abrir los ojos y ver la luz del día me alegré como por un triunfo. Y a eso de las siete, justo cuando terminaba de colar el café, tocó en la puerta el maestro Alvarito que, ya en la cocina e incluso antes de sentarse, comenzó a elogiar sin reservas la calidad de su propio trabajo.

—Le voy a ser franco, don Esteban. Hay maestros de obra que le van a cobrar más barato que yo. Yo cobro caro, pero trabajo a conciencia y cumplo. Lo mío es calidad cinco admirado.

—¿Azúcar, maestro?

Revolvió con energía las cuatro cucharadas colmadas y siguió hablando muy bien de él mismo y de su trabajo, lo cual me dio ya mala espina. Comenzada la obra, y comenzó esa misma semana, vi que, en efecto, su trabajo era a duras penas pasable y que además tendía a atrasarse, pues se enredaba y ofuscaba al enfrentarse con los trabajos más complicados, que muchas veces debía desbaratar y comenzar de nuevo. Y cobraba mucho más que los otros albañiles, en proporción directa a la autoestima, tal vez, e inversa a la estatura, pero como no se rebajaba confundiendo las cuentas ni robándose el cemento o los ladrillos, cosa que sucedía con muchos albañiles de estaturas más altas y

egos y tarifas más bajos, decidí no buscar otro.

La adecuación de la parte de la casa donde iba a vivir no ofrecía problemas. Se agarraron las goteras, se renovaron los tres baños, se resanaron y pintaron las paredes. Y todo quedó bien, menos los toalleros, tan bajitos que casi había que agacharse para colgar las toallas; las baldosas unidas unas a otras con franjas de cemento demasiado anchas; los gabinetes torcidos, y algunos desagües de funcionamiento lento, que mejorarían al sacárseles los residuos de cemento que el maestro les había dejado. Calidad si acaso tres, diría yo, y sin mucho para admirar.

Empecé a trabajar de tiempo completo en el jardín. Como a Alvarito no le había resultado obra luego de dejar habitable la casa, aceptó la de templar bien el alambre del cerco que encerraba el gran rectángulo del solar y empataba con las tapias de la calle. Le sembramos rosas de flores pequeñas rojo vivo y púas afiladas y ponzoñosas, salvajes más que silvestres, que no dejaban pasar ni a las abejas. En un depósito de materiales de demolición encontré una puerta de hierro que puse en medio del seto y daba a la finca del vecino.

Para ir a la casa del señor Ezequiel se caminaban cinco minutos por un sendero que recorría una muy enmontada arboleda de naranjos llenos de parásitas, pero que daban fruto todavía. Al sentirme llegar, los perros se disparaban del corredor ladrando como si fueran a despedazarme, y de repente empezaban a saludar. Uno de ellos bajaba la cabeza, la volteaba mirando hacia arriba y sonreía con los dientes inferiores. El señor Ezequiel ni siquiera los llamaba. Cada vez que iba a visitarlo y se me venían encima, el vecino me decía que no me preocupara, que esos chandosos aparte de ladrar, comer y dormir no era mucho lo que hacían. Los perros del señor Ezequiel se llamaron siempre Azabache, Lola y Tarzán, y nunca logré saber cuál era cuál, pues el vecino, cuando se morían, los remplazaba con otros a los que daba el nombre de los muertos y rara vez se parecían a ellos. Al faltar él, su yerno puso fin a esa especie de dinastía cuando metió en costales a los tres de la última generación y los arrojó al río.

La quebrada transparente que venía de la finca vecina entraba por una esquina de mi propiedad, recorría un trecho corto, salía de ella demasiado pronto y, al llegar a la calle, se perdía sin remedio en la oscuridad y la tristeza de la primera reja del

alcantarillado de la ciudad por ese costado. Algún tiempo después a Aurora se le ocurriría la idea de trazarle un nuevo curso que recorriera todo el jardín, construido en piedra a la manera de los acueductos antiguos, incas, mayas, aunque a escala pequeña, con caídas escalonadas y obstáculos que hicieran sonar el agua con distintos tonos y ritmos por toda la extensión del jardín. Dicha obra tardaría casi un decenio en emprenderse y se vería a punto de fracasar cuando a la muerte del señor Ezequiel el yerno nos cortara por un tiempo el suministro de agua, y después, a la muerte del yerno, volvieran a cortarlo los urbanizadores que finalmente le compraron la propiedad a la muy feliz viuda.

Terminado el trabajo de la cerca, empieza el maestro Alvarito a tender un camino de ladrillo de un metro veinticinco de ancho, que recorre el solar en curvas y sin un patrón descifrable. Usamos el ladrillo macizo pequeño que se conoce como tolete, muy quemado en el horno del chircal, para que no pareciera nuevo y su tono oscilara entre el anaranjado y el morado. Al trazar el sendero tuve mucho cuidado de darles realce a los árboles que ya había, caracolíes, naranjos, patas de vaca, pues eran ellos, tanto como la antigüedad de la casa, los que daban continuidad y profundidad en el tiempo a aquel lugar.

Pasaron muy rápido dos años.

Lo básico se había logrado, pensé. Quedó establecido el diseño general, y con Álex, el jardinero que contraté cuando se fue Alvarito, se recuperó con podas y abonos la mayoría de los árboles, entre ellos la docena o algo así de cítricos viejos, nudosos, llenos de parásitas y que producían pocos, pero muy perfumados azahares y frutos pequeños, ácidos y llenos de luz.

Hasta aquí los trabajos habían sido fáciles: tender los ladrillos del sendero, señalar con las rosas el perímetro, de modo que el jardín, que hasta ese momento no había sido ni abierto ni cerrado, fuera definitivamente jardín cerrado, y sembrar árboles y plantas en los sitios más despoblados o desabridos. Hice una pausa como la del séptimo día y mi obra no me pareció demasiado buena que digamos. No todavía. Vi por primera vez con claridad la dificultad peculiar del asunto todo. Los árboles y demás plantas se veían ahora sanos y frondosos, las rosas habían sido un acierto y el sendero era agradable, pero el conjunto, a mi juicio, seguía tan rígido como las tapias o las piedras.

También Álex había llegado por Misael, el taxista. Ya antes me había recomendado un electricista, un carpintero y el técnico que instaló el calentador de paso. Le aconsejé que montara una agencia de empleo y la administrara desde el taxi y contestó que estaba pensando en montar, más bien, un barcito en el carro, don Esteban, por tanto borracho como le estaba tocando transportar últimamente.

Misael había vuelto a trabajar en el turno de la noche y, gracias a los riesgos de ese horario difícil, abundaban las historias para contar y entretener con ellas a sus pasajeros. La niña de quince años que sube al taxi acompañada de su madre, de treinta, como mucho, y ahí mismo da a luz a una gemelita frente a su casa, y a la otra, también en el carro, frente al hospital. La joven abuela entra en pánico, pero el taxista no se asusta ante nada y le ayuda con las dos. «Quedé empapado de aguasangre, don Esteban. Usted no se imagina»… O la historia del campesino que esperaba al borde de la carretera con el racimo de bananos más grande que Misael había visto en la vida. «Cuando vi ese monstruo quedé en shock», dice. No dice «boquiabierto» ni «asustado», sino «en shock». Entre los dos lo cruzaron en el techo, lo amarraron y quedó asomando por las dos ventanillas como un venado o una guirnalda. La gente se quedaba mirándolos y comentando al borde de la carretera, y en la ciudad, ya cerca de la plaza de mercado, se oyeron algunos gritos. Sólo faltaron los aplausos… O la historia del señor que se sube al clarear el día a la salida de uno de los prostíbulos que quedan cerca de la plaza de toros y sólo tiene dólares australianos para pagarle. Misael, que no conoce la tasa de cambio de esos dólares ni de ninguna otra divisa, se los recibe y al día siguiente se entera de que el señor, bastante borracho aunque no se le notara, le había pagado como veinte veces el valor de la carrera. «Aquí le tengo la plata al australiano, caso de que nos volvamos a encontrar», dice Misael y me pasa, para que lo curiosee, uno de los billetes del pequeño fajo de un dólar, en el que la reina de Inglaterra aparece con gesto de mujer buena, pero chismosa, mientras al fondo un emú y un canguro sostienen el escudo nacional… O la del borracho que da las indicaciones para llegar a su casa y se queda dormido en el asiento de atrás. Llegan, el taxista lo despierta con trabajo y el pasajero no reconoce el lugar. Da otras indicaciones. Llegan a este segundo lugar y el hombre mira y vuelve a mirar la fachada de

una casa, como si dudara de que realmente fuera este el sitio que buscaba. Once de la noche. «¿Se parece?», pregunta Misael, que es paciente y además empieza a interesarse. «Creo que sí», dice el hombre. Camina inestable hacia la casa y, cuando pone la llave en la cerradura, se oye un rugido profundo del otro lado del portón. «Vámonos, aquí no es, vámonos, vámonos», dice mientras se devuelve, ya mucho más estable, entra al taxi y cierra rápidamente la puerta, como si algún perro hubiera estado a punto de agarrarlo de la pantorrilla y arrastrarlo por la calle llena de charcos. «El señor no tiene perro», dice Misael, afirmando, no preguntando. «Un gozque tengo», dice el señor, «pero no como ese monstruo, no. Chiquito. Mansito». Parece ahora más sobrio, pero no más orientado. Mira con atención letreros, esquinas. «Estoy casi seguro de que estamos cerca», dice. «Si quiere voltee por la próxima a la derecha». Misael lo mira desde el retrovisor con sus ojos siempre chispeantes, las cejas en ángulo hacia arriba. «¿El señor se acaba de pasar? ¿Estrenando casa?», pregunta. Ocupado en mirar esquinas, fachadas, el hombre contesta maquinalmente que lleva diez años viviendo en ella. «¿Propia?», pregunta Misael. «¡Estoy más perdido…!», exclama el hombre, y agrega: «¡Qué va a ser propia! Ya quisiera yo. Y este ¿qué barrio es?». «Ricaurte», dice Misael. «¡Vida triste la mía!», dice el pasajero. «No vive en Ricaurte, el señor», dice Misael, otra vez afirmando, confirmando. «¿Hoy es jueves?», pregunta el hombre, y el taxista empieza a sentir tanta preocupación como interés. «¿Quiere que lo deje en la cantina donde lo recogí?», pregunta. Y allá lo deja. El pasajero, por el pánico, primero, y ahora por el alivio, recupera hasta cierto punto la sobriedad. Da las gracias, paga la carrera con gran corrección y entra al bar como si por fin hubiera llegado.

Las nubes

Álex llegaba por la mañana, se ponía un cinturón de estibador, agarraba la manguera y regaba el jardín o llenaba la regadera de mano, minúscula en sus manazas, y les ponía agua a las materas de los cuartos y de los corredores. El cinturón, pensaba yo, era el símbolo de su fuerza. El cinturón, decía Misael, era para que la regaderita no fuera a causarle alguna hernia. Silencioso, terminaba lo que se le había indicado y, sin darse una pausa, preguntaba si había algo más para hacer. No tenía iniciativa, no quería tenerla, y no cometía errores, pues con el sistema de obedecer al pie de la letra y dejarle toda la responsabilidad a quien asignara el trabajo, era imposible cometerlos. El suyo era así un mundo equilibrado, sin enredos. Por la señora que ayudaba con las tareas de la casa, Carmelita, me enteré de que se llamaba Alejandro Lopera, tenía cincuenta años, era soltero y no sabía leer.

Pero no valieron la ayuda de Álex y mi pasión por las plantas. Mientras más trabajábamos más descontento me sentía, y solamente al final de esos primeros dos años, con la llegada de Aurora, empezaría el trabajo a definirse mejor y yo a salir de un azaroso estado de desesperanza que venía empeorando día tras día. Era instructora de yoga certificada y además sabía mucho de plantas y de jardines. Aunque bonita y de modales delicados, tenía bastante fuerza física, y como provenía de familia campesina —campesinos pudientes que cultivaban caña de azúcar en su finca del noroeste del país— las plantas le respondían. A mí no se me daban demasiado bien, aunque tampoco demasiado mal, y, sin ser torpe, no era particularmente hábil con las manos. Estaba aún firme por esos días y era bastante flexible, pero se me habían juntado los años y mi fuerza física había disminuido.

El día de su llegada recorrimos juntos el jardín mientras yo me extendía sobre lo que había hecho hasta ahora y sobre lo que pensaba hacer. Dejé de hablar cuando me pidió la palita de jardinería. Se acuclilló con las rodillas hacia un lado, como si

llevara falda, para examinar la tierra de un bancal de lavanda que estaba demasiado amarillento, aunque bastante florecido. El bluyín no le entorpecía para nada los movimientos. Se levantó, sonrió, y yo seguí exponiendo mis pensamientos sobre el jardín. Hacía mucho que no hablaba tanto y con tanto entusiasmo.

Había comenzado mis trabajos, le dije, con la idea de que en aquel muy antiguo juego de luz y sombra que eran los jardines solamente se necesitaba agua, mucha vegetación y algunas piedras. Con el tiempo me daría cuenta de que en eso había y no había tenido razón, pues si bien algunos jardineros lo lograban, otros se quedaban con sólo el agua, la vegetación y las piedras. Le mostré fotos tomadas a los seis meses de comprada la propiedad, en las cuales aparecían recién puestas las primeras tres piedras grandes que había hecho traer con una retroexcavadora. En otra foto aparecían las mismas, un año después. Es posible que estén vivas e incluso que tengan espíritu, como afirman algunos, pero las piedras son lo que menos cambia. Las de las fotos seguían iguales, por supuesto, aparte de algunos musgos que yo les había sembrado y no terminaban de prender, mientras todo a su alrededor se veía domesticado y soso. A pesar de lo mucho que había trabajado, a pesar de lo mucho que lo había disfrutado, no sentía yo que durante el último año hubiera hecho progreso alguno. En mi opinión había retrocedido.

Desde el principio fue para mí claro que no debía adentrarme demasiado en el caos, le expliqué a Aurora, pues ese no es jardín, ni tampoco acercarme mucho al club campestre ni al jardín botánico. De los tres males prefería el primero, pero en este momento mi jardín estaba mucho más cerca del jardín botánico. Yo quería crear un lugar que diera la impresión de haberse formado sin intervención alguna y lo que tenía era una colección de árboles y plantas sembrados a lo largo de un camino que daba curvas entre piedras de varios tamaños, algunas bastante grandes, detrás de una casa hermosa, grande, muy vieja, en una ciudad antigua y maltratada, situada entre dos ríos muy caudalosos, maltratados también, mugrosos. Cristina, mi hija, pensó que me estaba halagando y alegrando al comentar justo eso, que mi casa parecía un jardín botánico. No se dio cuenta de lo desanimado que me dejaba el comentario.

—Un jardín es un mandala, don Esteban —dijo Aurora cuando

terminamos el recorrido por el sendero.

Llevaba una camisa azul de tela parecida a la seda, que dejaba ver un brasier blanco con rositas rosadas. Usaba bluyines ceñidos, como era la moda, y sus sandalias de cuero, con tiras que subían un poco por los tobillos, y el pelo negro y ondulado, que le llegaba a los hombros, le daban cierto aire de joven dama romana. Su manera de vestirse no era propiamente elegante ni de buen gusto convencional, pero sí muy atractiva. Todo eso lo vi sin perder detalle y a pesar mío, y ella aceptó mi admiración, tan intensa que yo mismo quedé sorprendido, con naturalidad y tranquilidad, como si estuviera acostumbrada a recibirla.

—Los monjes tibetanos crean pinturas con arena de colores, lindísimas, que al final deshacen con la mano —dijo—. Lo importante es vivirlo.

Al principio, recién llegada, esa y otras frases semejantes me sorprendieron, en especial por venir de una persona de escasos treinta años, pero con los días me fui dando cuenta de que no eran propias. Las había leído u oído en alguna parte, lo cual no estaba mal, pensé, teniendo en cuenta que uno a esa edad aún se está educando y así se enriquece.

—Estos ladrillos se están poniendo musgosos, don Esteban. Hay que lavarlos con jabón y cepillo, porque se vuelven peligrosos.

Aurora tenía la edad de Cristina, mi hija, quien vivía desde hacía algunos años en Brighton con su marido y con Juliana, mi única nieta. Aunque se parece bastante a la mamá, mi hija y yo hemos sido siempre muy cercanos. En la época de las grandes peleas, Cristina, aún de niña, tendía a ponerse de mi parte, por considerarme más noble, más afectuoso y respetuoso que Victoria, y frágil en comparación con ella. Esa opinión cambiaría con los años. Después de las discusiones más fuertes, Victoria y yo pasábamos días sin hablarnos, y la tensión en la casa oprimía. Mi fragilidad se ponía en evidencia para la niña en el hecho de que yo dejara de comer y de hablar, mientras que a la madre los conflictos, muy en especial los conyugales, parecían abrirle el apetito y hacerla aún más locuaz. Otra señal de mi vulnerabilidad era la costumbre de sentarme en el cuarto de la niña durante horas, envuelto en una cobija, a leer en el piso entapetado, la espalda apoyada en un cojín contra la pared, sin casi hablar y

como buscando refugio del frío que me producían las peleas con Victoria. La niña me llevaba té endulzado con mucha miel, que me tomaba después de acariciarle la mejilla con el dorso de la mano. Hablábamos un poco de sus asuntos, no de los míos, y cuando terminaba el dulcísimo té le entregaba el pocillo y otra vez me envolvía con cuidado en la cobija y desaparecía en la lectura.

Juliana, la niña de Cristina, se parecía a ella cuando estaba de su edad y, lo mismo que a Cristina veinte años atrás, yo la intrigaba. Durante la época de mi reclusión en el apartamento, por ejemplo, cuando la familia todavía no se había ido para Inglaterra, a la niña le había parecido muy peculiar que su abuelo hubiera decidido no salir más, y cada vez que me visitaba preguntaba que si había salido hoy y que cuándo pensaba salir o si era cierto que nunca jamás iba a salir. La palabra «salir» se repetía muchas veces en la pregunta. Juliana tenía siete años, edad de la gran borrachera de la imaginación, y seguramente pensaba que yo llegaba a la puerta del apartamento, la abría y me quedaba en el umbral, sin avanzar ni un centímetro hacia el exterior, como si me detuviera un vidrio.

Después de que Aurora mencionó los peligros de los ladrillos musgosos, nos quedamos en silencio.

—Mi hija Cristina es de su misma edad. Vive en Brighton. Inglaterra —dije, y sonrió, tal vez por mi aclaración del país en el que estaba Brighton.

Dos semanas después, cuando llegó a quedarse, me llamó la atención su escaso equipaje, en especial si se tenía en cuenta que era bonita y joven. No vi cosméticos. La acomodé en uno de los cuatro cuartos que tenían ventana a la calle, y su ropa no alcanzó a llenar ni la mitad del armario. Cama sencilla con colchón firme y cómodo, mesa de noche con su lámpara, biblioteca con mis pocos libros de arquitectura y diseño de jardines, y en la pared la tela estampada con el círculo de los taoístas, que yo había colgado entre dos varas de bambú.

Recorrimos por segunda vez el jardín. Me produjo buena impresión que no dijera nada ni alabara nada y mirara todo con cierto desapego y distancia, como quien estudia un corte de tela, una piedra o un trozo de madera para ser cortados o tallados. A unos veinte metros de la casa, en la primera curva de la senda

que llevaba a la puerta de hierro, había puesto yo un monje de bronce sentado en flor de loto. Medía cuarenta centímetros de alto y estaba sobre una laja muy grande de piedra, montada a su vez sobre un desfondado lavadero de cemento que seguramente llevaba mucho tiempo allí abandonado, pues cuando compré había desaparecido ya bajo una hiedra. Después de acomodar al monje se me había ocurrido rodear lavadero, monje y laja con tres grandes lajas montadas a diferentes alturas sobre otras piedras. Lo veía como un monje que flotaba en una nube en medio de otras nubes. Aurora, después de pensarlo un momento tal vez demasiado largo, estuvo de acuerdo con aquella imagen. Lo llamó «el gordito», pues no parecía una figura sagrada sino un fulano cualquiera meditando; un monje del montón y con algo de sobrepeso. Yo le había sembrado alrededor helechos y unas matas de hojas gigantes de color morado oscuro, casi negro, así como una planta de hojas parecidas a las de los nenúfares, pero más pequeñas, y flores comestibles, anaranjadas, muy luminosas y que algunos usan para adornar las ensaladas. Mi idea era que el gordito desapareciera en la manigua con nubes y todo. Ella se toma su tiempo mirando la vegetación que lo rodea, y nada comenta. Días después me pregunta que si la dejo organizarlo distinto. Lo pienso un momento y acepto. Yo habría sido capaz de vender el alma para ver el asunto realizado. Con algunos cambios en la ubicación de las piedras, con algunos quiches en el trasfondo y con enredaderas de distintas variedades, el gordito, sin dejar de estar presente, se hizo poco a poco invisible en la manigua. Era lo que yo había venido buscando desde hacía mucho tiempo.

Los ríos

Además de las plantas, de los trabajos en la casa y de leer, mi otra ocupación consistía en mirar la ciudad y sobre todo sus dos ríos. Me imaginaba a los caimanes que devoraban, en la oscuridad de las aguas casi negras, masas orgánicas descompuestas a lo largo de muchos kilómetros y que llegaban ya informes. Me gustaba mirar las garzas de un blanco más blanco que el blanco, largas patas negras, cuellos más largos que el cuerpo y picos amarillos muy puntudos, que volaban sobre los dos ríos un poco antes del comienzo de la ciudad y se posaban, elegantes e ingrávidas, en las riveras. Como pinturas hindúes. En las orillas del río mayor, jóvenes tan morenas y de sonrisas tan blancas como las de las mujeres que se bañan en el Ganges se sumergían con alegría en aguas tan sucias y sagradas como aquellas.

Todas las aguas en algún momento pasan por el Ganges y el Ganges pasa por todas las aguas. También por los ríos nuestros, sean negros o azules, limpios o sucios, apacibles o torrenciales. El Ganges baja por todos los lavaplatos, llega a todos los pozos sépticos. Un gran amigo mío que vive en Estados Unidos, Jorge Junca, exprofesor universitario como yo, cada año viaja a Benarés, se queda ocho días y se baña muy temprano todas las mañanas en el río, igual que las jóvenes sonrientes en el río grande de color barro oscurecido por su contaminado afluente. Pasados los ocho días, regresa liviano y se dedica otra vez a leer y a la meditación en la terraza de su apartamento del sur de Manhattan, después de haber borrado la diferencia entre lo puro y lo impuro, que es, a su modo de ver, la mayor purificación.

Pero yo no buscaba la purificación. Tampoco quería iluminarme ni estaba interesado en la liviandad. Buscaba crear un lugar de mucha belleza, eso era todo, y ese impulso no tiene explicación. Tres años después de comenzadas las obras, un año después de la llegada de Aurora, había despedido ya a Álex, el jardinero, y también a Alvarito, el maestro de obras. El maestro

nunca hacía lo que uno quería, Álex hacía demasiado lo que uno quería, y los dos exigían mucha atención, así que decidí que para lograr lo que buscaba tendría que valerme dentro de lo posible solamente de mis manos y de las largas y eficientes manos de Aurora, que mantenía las uñas impecables y suaves las palmas, así hubiera usado el machete o le hubiera dado vuelta al compostaje.

Lo primero que hicimos juntos fue integrarle al jardín la parte de la casa que estaba en ruinas. Miramos fotografías de los templos jemeres, de Camboya, invadidos por la selva. Miramos fotos de casas, iglesias, hoteles y edificios de apartamentos abandonados y tomados por la vegetación en Brasil, en Italia y otros sitios. La reintegración de las obras humanas a la naturaleza toma siempre la misma forma, que para mí es de gran belleza. Y era aquel trabajo lento de la raíz en la baldosa, de la hoja que roza la piedra y la desgasta, esa humedad de siglos que ablanda el ladrillo o el adobe y lo desmorona, lo que tratábamos de imitar en la parte en ruinas de la casa.

Yo había conocido a Aurora en un retiro para practicantes de yoga. Llevaba mucho tiempo desempleada o parcialmente empleada, igual que medio país, de modo que le ofrecí un salario por su trabajo con las plantas y también para que siguiera enseñándome aquella antiquísima disciplina que me mantendría sano y atento y aumentaría mis probabilidades de vivir el tiempo que necesitaba para terminar el asunto. Una señora ya bastante mayor, Carmelita —a quien yo conocía desde la infancia y era casi una tía o una prima, pues había trabajado de niña con mi abuela y de joven con mis tías, ya difuntas todas— se encargaba de los trabajos domésticos bajo la dirección de Aurora, que pasó a ser ama de llaves, además de instructora de yoga y jardinera mayor. Me alegraba, me conmovía incluso, ver a mi joven trabajadora por ahí, ocupada en sus arreglos florales, en la preparación de la tierra para las matas o en la poda de árboles. Sería bueno, pensaba yo, que esa sonrisa suya, de belleza no menor que la de las azaleas del patio o la de los cartuchos gigantes que habíamos sembrado bordeando los muros, fuera incorporándose poco a poco al jardín. Los cartuchos daban flores el doble de grandes que los cartuchos corrientes, eran de un amarillo más claro que el de la yema del huevo y se recortaban como si estuvieran pintados en la cal de los muros.

Al arquitecto que vino a mirar la casa, y en especial la parte en ruinas, le expliqué que yo quería unas ruinas sólidas, que no se nos cayeran encima cuando entráramos a trabajar con la vegetación que íbamos plantando en ellas. Estuve de acuerdo con los costosos refuerzos en concreto que según él exigían algunos de los muros, pero le expliqué que la idea era dejarlos así, desconchados, mostrando la tierra de sus adobes.

—De esa forma le va a salir más caro. Es que hay que trabajar cuidando que no se terminen de caer, don Esteban. Afirmar ruinas no es fácil —dijo.

Mencioné entonces al poeta y político de la India que decía que mantener a Gandhi en la pobreza le costaba cada día al país una fortuna. Sonrió. A los techos, dije, hacerles sólo lo necesario para que no se terminaran de desplomar, no importaba si salía más caro que reconstruir el lugar completo, y sobre todo para que conservaran los boquetes por los que se veían el azul celeste y las nubes o el azul casi negro y las estrellas.

—Listo. Cuente con eso, don Esteban. Me gusta la idea, ya ve.

En los refuerzos se sembrarían enredaderas, de modo que no se vieran incongruentes en aquella parte que podría haberse llamado «Jardín con ruinas», donde se buscaba que estas fueran apenas otro entre los muchos acontecimientos fugaces que sucedían en ese territorio. Lo duradero era la vegetación; lo provisional eran las tapias y las tejas, igual que en las ruinas de Camboya lo era el ordenamiento de la piedra en forma de caras, elefantes, carretas, que surgían de la gran noche de los tiempos y conservaban sus formas un instante, o una fracción de instante, mientras las semillas, surgidas también de aquella noche, pues otra no hay, sacaban raíces hacia lo oscuro, tallos hacia el día, y se afianzaban, y con sus raíces y tallos agrietaban elefantes, rajaban plácidas caras, desplegaban ramas, se elevaban como pólvora de celebraciones y espec táculos y volvían a tomarse todo. Al despedirse después de la primera entrevista, el arquitecto me miró con algo que pudo ser curiosidad o tal vez desconcierto. Era tres o cuatro años mayor que Aurora. Tenía talento, pensé. Javier Aguirre, se llamaba.

Me faltaba ya poco para terminar de poner grama hasta donde quería que llegara, que era la entrada o comienzo de las ruinas, donde golpearía como olas contra lo umbroso igual que el mar

contra las grutas de los acantilados. Le dediqué meses a aquel trabajo, avanzando algunos metros cuadrados por mes. El tiempo cada vez corría más rápido, alcanzaba para menos y se precipitaba y desaparecía como una catarata oscura por y para toda la eternidad. Cuando llegara la grama a las ruinas por un lado y a una distancia de dos metros de la escalera de piedra que subía al mirador del tercer piso, por el otro, comenzaríamos a desmalezar lo ya sembrado, trabajo largo, pues cuando termináramos una parte ya se habría empezado a enmalezar lo ya desmalezado. La grama señalaría el límite de aquello que de otra forma habría sido solamente caos.

Entre las llamadas malezas, las hay muy llamativas: los besitos silvestres, los daliones, los margaritones. Hay una planta de hojas de tamaño mediano y de un verde oscuro que parece salpicado con pintura rosada. Y está el ojo de poeta con su belleza al mismo tiempo humilde y avasalladora, así como las variedades silvestres de la batatilla, de flores moradas oscuras o blancas, y que tal vez sean las más bonitas, esquivas y caprichosas de todas las malezas. Y todas ellas tienen en común que se dan muy bien si se las deja nacer y expandirse en paz por donde quieran, pero si el jardinero trata de ponerlas en el sitio que a él le gusta o considera óptimo, simplemente no progresan o se mueren. Son plantas de gran belleza y son plantas libres. Así como a los esclavos que se escapaban los tenían por malvados y viciosos, elegantes masáis, por ejemplo, con tradiciones de siglos, desesperados, enloquecidos por su tragedia, del mismo modo a las matas que no se dejan domesticar las consideramos maleza. Con las plantas me pasa lo mismo que con los gatos. Si realmente se las mira, todas tienen armonía, ninguna es mejor o más bella que otra. Somos nosotros los que no estamos a la altura y queremos imponerles nuestros prejuicios. Me imaginaba entonces un jardín diseñado con lengua de vaca, diente de león y otras especies que hasta ese momento había perseguido sin mucha convicción, pero con gran constancia. Un jardín compuesto, como se compone una pieza musical, solamente con maleza, así a ninguna de esas especies le fuera a gustar que le faltaran al respeto con babosadas estéticas. Y de este curioso modo terminaba por sentirme mal, o equivocado, tanto si erradicaba la maleza como si la dejaba tranquila, y me llegaba el malhumor y sobre todo el desaliento que generan las situaciones insolubles.

Muchas veces deseé que se produjera de repente, como con el chasquido de una rama, mi liberación de tantos esfuerzos. Dejar todo con la forma que ya tiene. Sentarme día tras día a contemplar todo aquello que se produzca entre el amanecer y la noche, sin intervenir en nada. Difícil. El impulso de hacer es muy profundo, muy fuerte la compulsión por trabajar, bregar, sudar, afianzar, crear. ¿Y como para qué?, se pregunta uno. No está claro de ninguna manera, sobre todo si se tiene en cuenta que aquel impulso y aquella exigencia son fuente de desasosiego en quienes los padecen. Hay el instante del logro, por supuesto, como la desaparición del monje, pero no la de su presencia, en el follaje, o cuando pusimos la última de la composición de lajas de piedra detrás del estanque y vimos que nos había quedado bien; pero ni siquiera aquellos momentos estuvieron libres de cierta intranquilidad y cierto malestar. Era como si alguien nos hubiera dicho, todo displicente: «Listo, está bien, les quedó muy bonito. ¿Y qué hay con eso?».

A mis dudas, que ella casi nunca compartía, Aurora respondía con alguna de aquellas frases siempre pertinentes y que tal vez había leído en algún lado —de Buda, quizás, o de Lao Tse o del Sexto Patriarca del Zen, a quienes mucho respetaba— y seguía con lo que estuviera haciendo. Yo examinaba la frase en cuestión como si fuera una vasija de cerámica o una pequeña y antiquísima escultura de arcilla, le daba vuelta en mis manos, por así decirlo, y me admiraba de su profundidad y perfección y también de lo acertada que resultaba para las circunstancias presentes. Ella seguía entonces podando, organizando los semilleros de legumbres o quitándole las intrincadas ramas secas a alguna enredadera. No le molestaba, le gustaba, que me quedara mirándola con mucha atención y casi sin darme cuenta. La miraba a ella, a su persona física, y admiraba también su manera de trabajar, de hacer las cosas.

Me gustaba comprarle ropa y hasta joyas, cosa que ella aceptaba como lo más natural del mundo. Fumigaba los mandarinos con los overoles color terracota, demasiado bonitos para ser considerados de dotación laboral, con la máscara de fumigar, con la bomba de aspersión y con las candongas de oro, que también le regalé y sin duda no eran de dotación laboral. Empezó a integrarse al jardín y se dejaba adornar. La bomba de aspersión, verde, hacía ver muy bella su espalda ancha y

angulosa, muy hermosos sus hombros dorados. Me atraía, por supuesto, así no haya llegado nunca a enamorarme, y cada vez que se lo hacía saber le aparecía una contenida expresión de halago que era en sí misma una obra de arte. «Usted es muy mayor para mí», decía con sonrisa luminosa y un poco burlona. «Si no se fumigan, las hojas de los mandarinos se cubren de un polvito gris, un hongo, y los árboles se van asfixiando», agregaba, como si la asfixia de los mandarinos fuera parte de lo mismo.

El Tiempo

Terminado el jardín de lajas pasamos algunos días en un hotel campestre que nos recomendó Aguirre. Quedaba a dos horas y viajamos en taxi expreso —no el de Misael, uno más cómodo— por una autopista paralela a una cadena de montañas que desde hacía miles o millones de años venían siendo recortadas verticalmente por un pequeño río. El agua había formado estratos de gran armonía visual que correspondían a ciclos geológicos sobrecogedores y muy difíciles de imaginar, tanto que el pensamiento, para encontrar mejor el camino o para hacerse la ilusión de que lo estaba encontrando, recurría a las mayúsculas. La Materia que compone los estratos es lo que Es, y los matices del verde y los contrastes de color de la Tierra y las Piedras no fueron buscados con el sudor de la frente, como habíamos hecho con nuestras pobres lajas, sino que se manifestaron solos desde el Inicio del Tiempo y también son lo que Es.

Los humanos somos como loros. Imitamos, sin entenderlas mucho, las creaciones de Dios. Los loros son animales deslumbrantes, expresivos, creativos, humorísticos, pero más asombroso es el ser humano, de capacidad de comprensión casi tan precaria como la de los loros, si se mide a las dos especies contra lo que ignoran, pero capaz de copiar con sus jardines, de forma rústica, es cierto, aunque no carente de aquello que llaman gloria, los ríos, las montañas, las selvas, las islas en medio del mar.

El empleado de la recepción quiere saber si preferimos dos habitaciones o una con dos camas. Una con dos camas, dice Aurora, y el empleado se abstiene de cometer la torpeza de dejarnos ver que se está preguntando si somos padre e hija o qué relación tenemos. Ya ese detalle indica que es buen hotel —y bastante caro, por cierto—. En los jardines las guacamayas vuelan como arcoíris sobre los árboles y bajan a comer maní y semillas de girasol en sus jaulas de puertas siempre abiertas; los perezosos se abrazan despacio a las ramas de los mangos. Una de las

guacamayas se llama Guacamole. El jardín es correcto en su diseño y, para mi gusto, tedioso, a pesar de los grandes ficus, de los tulipanes africanos de flores anaranjadas que no tienen allí a nadie que las admire con el calor y la pasión que merecen y, por supuesto, las consabidas buganvilias de distintos colores, que no por lo consabidas son menos hermosas.

—Bonitico todo, pero de allí no pasa —dije. Aurora nada opinó.

De los prados llegaba el poderoso olor del pasto recién recortado.

—Cuando los jardines son como este —dije—, sin alma, jardines de nadie, es agradable estar en ellos, es cierto, es mejor que estar en un parqueadero de camiones, por ejemplo, o que en un hospital mental o en un taller de latonería. Pero no nos dicen nada. Nadie los lleva en el corazón.

—¡Usted nunca está contento! —dijo Aurora con el inevitable malgenio que producen los aguafiestas.

Las administraciones del hotel y del restaurante eran independientes y tenían diferente personal. El restaurante participaba en un programa estatal de capacitación y reinserción de excombatientes, y algunos de sus empleados habían pasado años arriesgando la vida día tras día como guerrilleros o paramilitares en los montes y en las selvas. Tal vez por eso no lograban tomarse muy a pecho la vida civil. Los cocineros cantaban boleros a viva voz en las profundidades de la cocina. Los meseros, de camisa blanca y corbatín negro, impecables y al parecer muy profesionales, a veces olvidaban quitarse el palillo de dientes al atender las mesas o les hacían preguntas demasiado personales a los comensales o llevaban los corbatines un poco sueltos, para no sentir asfixia. Uno de ellos, muy agradable, con algo de ingenuo, de niño, nos preguntó que si éramos padre e hija. Después alguien nos dijo que este joven había sido paramilitar entre los doce y los veinte años y había visto y cometido actos escalofriantes. Nos pareció imposible. En estos casos tal vez sea preferible engañarse, para no tener que ver de tan cerca la cara podrida del mal, para no tener que resignarse a vivir en un infierno. Habíamos venido a descansar y estar contentos y nos negamos a aceptarlo.

Por aquellos días Aurora ya estaba más tranquila con el

asunto de la diferencia de edad y tuvo la presencia de ánimo para contestar, sonriente como siempre, que yo era su abuelo. El espigado joven cerró los ojos despacio, hasta convertirlos en rayitas, y la miró como un niño que sospecha que se le está mintiendo. Al final sonrió también, con dientes tan blancos como los de ella. Habrían hecho una hermosa pareja, tuve que reconocerlo, claro que Aurora era demasiado mayor para él. El mesero tomó el pedido, nos elogió la elección, tal como le habían enseñado en el instituto donde recibió la capacitación laboral, y desapareció en la cocina.

Regresamos e iniciamos las obras de refuerzo de las ruinas. Aguirre vino con un maestro de obras y tres obreros que trabajaron con mucho orden y rapidez, de modo que en un mes las terminaron, y Aurora y yo empezamos a sembrar las hiedras y demás plantas de ese sector. Días después el joven arquitecto la invitó a almorzar. Inevitable. Era buenmozo, tenía pelo rubio ensortijado, ojos grandes y dos círculos rojizos en las mejillas que lo hacían ver un poco como un payaso. Esta vez Aurora no le aceptó la invitación y sentí cierto alivio. Y miraba yo a Javier Aguirre cuando conversaba con ella, la manera como se le transformaba el lenguaje corporal, cómo se iba engallando, metamorfoseando casi, cómo colgaba los pulgares de los bolsillos traseros del bluyín, cómo se apoyaba varonilmente en una pierna y luego en la otra, cómo le aparecía una sonrisa que era de uso exclusivo para aquellos asuntos de encantar a las mujeres y convencerlas de que se dejaran penetrar y le permitieran tener su espasmo. Pero era buen arquitecto. Le gustaba mi casa, le gustaba lo que yo estaba haciendo con ella, había logrado ver lo que estaba intentando con el jardín y entendía por qué había decidido hacerlo aquí y no en otra ciudad, una que se conservara más bella, con catedral antigua a la que llegaran los turistas, menos desfigurada.

La catedral

Por el territorio en el que había decidido vivir mis últimos años, y que le serviría de gran marco a mi jardín, pasaban, pues, aquellos dos grandes ríos, como si alguna vez hubieran sido los del jardín del edén, y en él quedaba esta ciudad que había perdido, igual que los dos ríos, su gracia, y en ella, a su vez, y quizás como el símbolo más apropiado y sobre todo más visible de su desgracia, la que en mi opinión era la catedral más fea del mundo.

—¡Ay, no diga eso, Esteban, qué pesar! —dijo Aurora. Había dejado de tratarme de *don*, que empezaba a sonar poco natural, forzado, pero aún no me tuteaba, a pesar de que pasábamos juntos todo el día, todos los días, trabajando con las matas, caminando por la ciudad y sus alrededores, hablando siempre, recorriendo en lanchas de alquiler los dos ríos.

Cuando quince años atrás la ciudad fue erigida en diócesis episcopal, a las autoridades eclesiásticas no les había gustado para catedral ninguna de sus pequeñas y sencillas iglesias coloniales, y se sintieron en la obligación de seguirle el paso al desarrollo urbano acelerado y construir un monstruo. La edificación es moderna, con techo en forma de torretas de ladrillo y cemento que se levantan a distintas alturas y que a sólo dos años de haber sido construidas estaban ya muy manchadas y como chorreadas de negro por la humedad y el calor del trópico. Lo primero que se ve al entrar es un Cristo enorme de hierro y cemento, que parece en medio de un ataque de asma. Y los arquitectos tal vez creyeron haber creado algo fuera de serie cuando dejaron muchos de los hierros y otros materiales estructurales a la vista, con lo cual, aparte de inventar mal la pólvora, lo único que lograron fue causar la impresión de que su vasto interior estaba inconcluso y además sin posibilidad de conclusión. A una catedral así le correspondería un obispo alto y huesudo, de estola chorreada de comida, uñas sucias, caspa y bonete raído.

—¡Malo! —me dice Aurora, y me veo de pronto tan engallado como Javier Aguirre.

En el parque de la catedral pululaban las motocicletas y los vendedores ambulantes. Debajo de las siete torretas que levantaban sus muchas toneladas de ladrillo y cemento a diferentes alturas estaba el sagrario, y hasta él llegaban, amplificados por la misma estructura de la edificación, el ruido de las motos y los gritos de los vendedores callejeros con sus puestos de artículos de plástico, así como el humo de los carros y el olor de las pailas de empanadas. Y era admirable que en semejante debacle alcanzara alguien a sentir la presencia de Dios.

Lo único que estaba yo en capacidad de oponerle a esa bulla era la armonía de mis plantas, la belleza de mi jardín. Pero entonces, al mirar desde el balcón lo que hasta aquel momento yo había logrado, se me caía el alma al piso. Lo que se veía era a la vez insípido y confuso. Como la peste, la fealdad se imponía en todas partes, seguía asolando todo. Estuve a punto de traer una cuadrilla de obreros con picas, barras y barretones, para que desbarataran y desenraizaran y prepararan otra vez la tierra, y así empezar de cero. Pero de eso ya no había tiempo. No me habían descubierto ninguna enfermedad mortal, pero sí una pérdida grande de hueso en el maxilar superior, del lado izquierdo de la cara. Los dolores llegaban hasta el ojo y no había nada que hacer, según el dentista. Buches de aguasal, dijo, aunque sin demasiada convicción. Se me ocurrió que recetar aguasal para un dolor como aquel era desahuciar y alcancé a pensar en el suicidio. No muchos se suicidan por un dolor de cara, pero algunos sí lo hacen para evitarse la contemplación de la pérdida lenta de los huesos, del paulatino final del cuerpo. Leí hace poco la historia de un inglés que se colgó de una viga porque le pareció insoportable la idea de tener que vestirse y desvestirse todos los días durante el resto de sus días. De haber tenido yo unas pastillas en la mesa de noche me habría sentido más tranquilo, en todo caso, como si llevara en el bolsillo la llave de mi propio calabozo. Años más tarde, al fin Misael, el taxista, me consiguió un arma de fuego, la primera en los setenta y tantos años de vida que tendría yo entonces, una vieja pistola Browning, fabricada en Argentina, que disparaba bien así oliera a óxido, a humo y a grasa. Pero no la compré contemplando la posibilidad de usarla contra mí mismo, sino por los rumores que empezaron a circular sobre una banda

que había robado en algunas casas del vecindario, rumores corroborados por Carmelita, quien, una noche en que Aurora y yo no estábamos, vio a unos hombres que trataban de saltar la tapia y huyeron cuando ella empezó a dar gritos. Y también por el muy molesto asunto del yerno del señor Ezequiel.

Me pareció raro el consejo de los buches de aguasal. Busqué una segunda opinión y, de paso, un nuevo dentista, quien me dijo que tenía pérdida de hueso en esa zona, y bastante avanzada, por cierto, pero que los dolores se debían a una neuralgia del nervio trigémino.

—Un vaso sanguíneo te está comprimiendo el nervio —dijo, tuteando, como es costumbre entre dentistas y médicos al hablar con sus pacientes, por muy maduros que estén—. Vamos a ensayar con amitriptilina y si eso no sirve, la cosa va a estar difícil. ¡Así que buches de aguasal, te dijeron!

Tenía unos cuarenta y cinco años y era bastante hablador, simpático. Muy distinto del anterior, el odontólogo del aguasal, que era de mi edad o muy poco menos, saludaba de mano y con una ligera venia, trabajaba con mucha concentración, cobraba muy caro y se despedía con otra venia, y eso era todo, aparte del ocasional discurso sobre las bondades del cepillo interdental. El nuevo dentista, en cambio, me habló desde el primer día de su familia y de sus hijos, y de vez en cuando me hacía preguntas sobre mi vida personal, a las cuales yo contestaba con un «ajá» o un «arghhh», pues preguntaba sin dejar de trabajar.

Mientras acomodaba el espigo sobre el que iba a montar la corona me contó que por amor a la selva, que ocupaba la mayor parte de su finca, había venido comprando fincas vecinas, una tras otra, también ellas con potreros y selva, de modo que la suya era ahora la suma de varias que había comprado durante los últimos diez años. Acabó en ellas con la tala de árboles y dejó enmontar algunos de los potreros, para que se reintegraran a la selva. Después de sus hijos, las fincas eran su pasión, y para ellas y para los hijos trabajaba. La última tenía, en mitad de un pastizal, la ceiba más majestuosa que él había visto en la vida, y compró la finca «no fuera que a algún pendejo le diera por cortarla». Conocía los nombres científicos de muchas especies de ceiba y había estado en los lugares de la Tierra donde se encontraban. Con cada nervio que arrancaba en los tratamientos

de conductos, decía, salvaba un pedazo de selva, sus pájaros, sus micos y sus especies botánicas.

Nombres científicos yo no conocía muchos. *Citrus limonum*, *Cannabis sativa*, *Monstera deliciosa* y algunos más, y hasta me sentía mal cuando pensaba que, siendo ahora de oficio jardinero, era mi obligación sabérmelos. Sin embargo yo no era jardinero sino amante de la jardinería, como Pitágoras lo había sido de la sabiduría. Aurora, de haberlo querido, habría podido ser, ella sí, una virtuosa de esta disciplina medio imposible, pero las personas como ella, que tienen la capacidad de alcanzar la excelencia como jardineras o yoguis o políglotas o cocineras o escritoras, con frecuencia sufren una especie de desconcierto y de parálisis, y se arriesgan a terminar su tarea sin saber a fondo de ninguna.

Hay casos especiales. Triana, el librero, conocía muchos nombres latinos, pero no lograba interesarse en la realidad de las plantas a los que se referían. Sabía de qué región eran nativas, de cuáles climas y, por supuesto, dónde conseguir los libros que las mencionaban. Yo estaba seguro, sin embargo, de que si le mostraban una mata de las que por aquellos lados se conoce como balazo, por ejemplo, y le decían que esa era la tan mentada *Monstera deliciosa*, el librero la iba a mirar con indiferencia, casi con desprecio, e iba a seguir hablando de otras cosas. El suyo era, pues, conocimiento puro, no contaminado por la realidad. Alguna vez se me ocurrió que se trataba de una de esas personas cuya alma, según mi amiga Lucía, tendía a ponerse amarilla como el papel guardado, por falta de contacto con el mundo, por falta de uso. Y en eso me equivoqué por completo. Si bien las plantas no alcanzaban realmente a interesarlo, para Triana, como para mí, como para todo el mundo, el contacto con la realidad, siempre difícil, a veces complejo y delicado como música, a veces complejo y brutal como música horrenda, era algo que, ni siquiera de haberlo querido, se podía evitar.

A Triana se le veían las ganas de invitar a Aurora a almorzar, pero no se atrevía. Ya no se le va a poner amarilla el alma, pensé. En aquellas cosas yo tenía experiencia. Para mí no había existido contacto más intenso con el mundo, y de eso mi exmujer fue protagonista y testigo, ni un uso más exigente de mi alma, que ese temor, ese dulzor, ese terror del amor, superado solamente —y ni siquiera hay que morirse para saberlo, pues el miedo ya es la

prueba— por el tremendo contacto con la realidad, primero, y después con la falta de realidad que seguramente se produce en el instante de la muerte. El librero tenía cuarenta y pico de años, la peor edad para enamorarse, pues todavía están presentes con fuerza las hormonas juveniles, pero aún no se ha adquirido buen juicio. La persona ni siquiera ha terminado de darse cuenta de que los atractivos de la juventud, la piel tersa, la mirada fresca, en gran parte se han perdido. Aurora me informó que Triana tenía dientes postizos en el maxilar inferior, y supe entonces que si al fin la invitaba, ella se iba a negar. Sus dientes eran demasiado sanos y bonitos como para aceptar invitaciones de alguien con dientes de pasta, así los haya tenido por ahora en un solo maxilar. Habría sido un contrasentido. ¡Y qué poco observador soy, Dios mío! Triana y yo habíamos hablado de Marguerite Duras, de César Vallejo, incluso nos habíamos tomado nuestras cervezas mientras mencionábamos a esos prójimos, y yo no había tenido la curiosidad de mirar si tenía dientes propios.

Las piedras

El jardín de mi amiga Lucía, la que decía que el espíritu de ciertas personas se ponía amarillo como el papel por falta de uso, consistía en muchos canteros de flores, todos alrededor de la casa, en su finca de tierra fría, que era permanentemente recorrida por el intenso sol de las regiones altas y por las nieblas. Había un cantero con plantas de páramo, de color blanco plateado, muy luminosas. Otro con las distintas variedades de hojas gruesas y jugosas, conocidas como suculentas. Los había de rosas, de amapolas. Los canteros eran todos de distinta forma, triangulares, redondos, grandes, pequeños… El conjunto solamente se dejaba apreciar desde las ventanas del segundo piso y parecía formar un espectacular «mural» multicolor de baldosines quebrados o un vitral.

Un día visité a Lucía en compañía de Aurora, pues quería que se conocieran, y coincidimos en la finca con Paulamejía —todo el mundo pronuncia nombre y apellido de un tirón, tal vez por lo rápido que ella misma habla—, amiga mía y de Lucía desde la época universitaria. Almorzamos y salimos a caminar Aurora, Paula y yo por los grandes potreros que rodean la casa.

—A mí no me gustan mucho esas flores maricas de Lucía —dice de repente con su voz profunda, oscura, Paulamejía, que tiende a ser tajante, en especial cuando se ha tomado más de dos aguardientes—. Son bonitas, no voy a decir que no, pero lo que a mí me gusta son las flores de diente de león que uno ve por los caminos o las margaritas que se dan también solas en los potreros —dice, y señala con la cabeza las pequeñas margaritas blancas que, como en un sueño, alumbran en la loma—. Oye, y esta muchacha ¿qué? —me pregunta cuando Aurora se queda atrás, recogiendo berros al lado de un nacimiento de agua.

—¿Bonita?

—Sí, pero…

—Nada. Vivimos juntos. Trabaja para mí. Nada raro.

—¿Nada raro? ¡Le llevas como treinta años!

—Más de treinta. ¿Y…?

—¿Cómo que «y»? —pregunta Paula. En ese momento llega Aurora con un manojo de berros, y Paulamejía se queda sin hacer la pregunta que traía como hueso de ciruela en la garganta. De todas formas yo no se lo habría dicho. Nadie iba a saber nunca por mí si alguna vez habíamos dormido juntos.

De lejos, desde los pastizales, vimos las flores levantar del suelo la casa de Lucía y sostenerla en el aire, quieta, bajo las limpísimas nubes. Regresamos y en el comedor hablamos de lo de siempre, plantas y árboles, manejo de la luz, abonos y plaguicidas. Al mencionar mi trabajo, dejé ver la desilusión toda.

—Tanto lucharle y aquello mío nada que empieza a parecer un sitio libre y con espíritu.

—No estoy para nada de acuerdo —dijo Aurora.

Me quedé mirando por un momento una esquina de mi servilleta. Pregunté:

—Y tú, Lucía, ¿cómo lo viste?

Así le pregunten que si quiere un café, ella se toma siempre su tiempo para contestar.

—Lo que estás logrando es una belleza —dijo por fin—. Es una selvita completa. Faltan los tucanes.

Disimulé la alegría. *Tal vez vaya al fin por buen camino*, pensé, y durante algunos días fui capaz de apreciar aquella frescura de mi jardín y aquellos olores que se mantenían en el peligroso límite entre la descomposición y el perfume, así como la hermosura de fluctuaciones de la sombra que ella había visto. Igual que en las selvas, allí la noche buscaba cada mañana los pliegues y oquedades de la tierra y del follaje al llegar la luz y, al atardecer, surgía otra vez de las sombras, solemne y poderosa como sus grandes lechuzas.

Muy pronto volvería a verle los defectos. Parecía una selva, sí, pero como pensada para un estudio de cine. Era como si los insectos que entraran en ella se volvieran de cartón al cruzar la frontera y siguieran volando ya muertos. El artificio lo empapaba todo. Y otra vez mi mente formaba la imagen de la cuadrilla de obreros acabando con ese arrume de matas vivas, pero tan falsas como si fueran de tela, de piedras puestas, de ruinas que se

habían vuelto también falsas. Incluso mi admiración por la belleza de Aurora disminuía. En ella alcanzaba a vislumbrar una veta de vulgaridad y hasta de falsedad, y de repente se abrían a mis pies grietas por las que se asomaban las caras distorsionadas del mundo. Recordé entonces que en algún momento, recién llegada, Aurora había propuesto usar carretillas de mano en las que se sembrarían flores como elemento decorativo. Algún gesto haría yo aquella vez, pues no volvió a mencionarlo, y a partir de entonces su estilo se hizo más y más «selvático», tanto que en el trabajo de integrar las ruinas de la casa al jardín me costaba distinguir lo que ella había venido sembrando de aquello que había nacido solo o de lo que ya había antes de que las ruinas se volvieran ruinas. Pero esta persona que propuso usar carretillas de mano como elemento decorativo ¿cómo podía ser la misma que, poco después, demasiado poco después, había sido capaz de crear la ilusión de paisajes vírgenes, de helechos y trepadoras que avanzaban en plena soledad?

Mi amigo Jorge Junca, el que se baña en el Ganges, también elogió mi trabajo. Me visitaba siempre que venía al país, cada año, cada dos años, y daba así opiniones a largo plazo que me orientaban, pues yo le conocía el gusto y también su manera de mirar. Jorge es a la vez analítico y apasionado, y tiende a irse siempre a los extremos: o bien aquello que va a criticar es una obra maestra o es basura. Sin embargo, después de decir con toda crudeza lo que piensa, él mismo comienza el trabajo, a veces largo, de matización de lo dicho, y eran precisamente aquellos matices los que me servían de espejo o lente para enfocar con mayor precisión lo que yo estaba intentando hacer.

Le gustó la escultura del pez carpa de piedra que habíamos puesto en el estanque y también el acueducto de bambú que bajaba desde la espesura, salía de entre los papiros, entraba en ángulo muy suave, casi horizontal, entre los nenúfares y el agua, y resonaba en el agua. En cambio, refiriéndose a unas lajas de piedra que habíamos puesto medio hundidas en la grama, para crear la ilusión de que flotaban, preguntó: «Y esas lápidas ¿como para qué son?».

Habíamos comprado un saldo de sesenta lajas y no siempre acertábamos al ponerlas. Estas que mencionaba Junca habían quedado demasiado en fila y no fuimos capaces, Aurora y yo, de

imitar la ubicación accidental en que podrían haberse encontrado en el pasto. Nos ganó el afán, absurdo quizás, pero imperioso, de simetría, de orden. Otras, en cambio, entre ellas las que pusimos en el estanque, parecían llevar allí miles de años.

Habíamos aprendido a mover piedras aplicando palanca con una barra de hierro de las de jardinería. Y paciencia. Trabajábamos los dos hombro a hombro y a veces se producía contacto físico que ella no trataba de evitar, o sucedía que tal vez por azar yo viera lo que no tenía por qué ver, la belleza de los pezones entre la camisa entreabierta, los senos casi pequeños. Ya sea porque el brasier le incomodaba para trabajar o por coquetería, al parecer el de flores y todos los demás brasieres habían sido archivados.

Y ella había querido por alguna razón que yo las viera.

—Complicado saber quién es. Muy difícil conocer lo que hay detrás de esos ojos y de esa sonrisa —dijo Jorge—. No se entiende por qué una mujer como ella está viviendo con alguien como vos, que le lleva tantos años. Por bonito no es, en todo caso.

—¿No? Por el sueldo, entonces.

Jorge preguntó que si yo realmente creía que una mujer así necesitaba un sueldo de poco más que el salario mínimo legal. Él pensaba que tenía una capacidad de adaptación fuera de lo común y que estaba refugiándose. Y ya iba a preguntarle yo que de qué podría estar refugiándose cuando nos distrajimos mirando el violeta vivo de las flores de buganvilia que habían aparecido de repente y de sorpresa en lo alto de un caracolí, y pasamos a esos temas. Yo había sembrado la mata al pie del árbol hacía dos o tres años, me había olvidado de ella y ahora aparecían sus flores a treinta metros del suelo. De allí empezarían a bajar hasta formar con el tiempo una cascada de luz violeta que cubriría todo un lado del gran caracolí y llegaría otra vez al suelo.

Las opiniones de Jorge me hicieron vislumbrar el error que había cometido yo al intentar crear un jardín que fuera a la vez inmóvil y de sendero. Desde el principio lo había pensado, así haya sido de manera intuitiva, como jardín de sendero, esto es, como una serie de jardines que se desplegaran a medida que uno los recorriera, un jardín dinámico, pero también esperaba lograr que desde el balcón o desde las ventanas del mirador se viera como una pintura. Y lo que se veía era desorden, torpeza, caos.

Llevado por la desesperación empecé a leer folletos de temas como el uso de la urea química y libros con títulos como *Orquídeas para dummies* o libros técnicos sobre plantas acuáticas, así como lujosísimas ediciones sobre jardines japoneses, estadounidenses o europeos. Nunca fui aficionado a esta última clase de libros e incluso sus fotos espectaculares tendían a aburrirme. Algunos habían sido escritos por mujeres dientonas que crearon jardines tan sosos y floridos como ellas mismas. Otros traían nombres y fotos de variedades de regiones y climas muy lejanos. Y los había en exceso teóricos y académicos o, por el contrario, elementales y demasiado didácticos.

En esta ciudad relativamente pequeña había sólo dos librerías buenas: Al Pie de la Letra y Kronos, la de Mario Triana. El surtido de las dos era selecto, pero no amplio. Triana le prestaba a Aurora las novedades editoriales y los *best sellers*, que leía sin maltratarlos, para que pudieran venderse después. A veces yo los leía con tanto gusto como ella y hasta los compraba; en otros casos no pasaba de cinco o seis páginas. Ella los terminaba siempre. A mediados de mes llegaba Triana en su furgoneta con los últimos éxitos de ventas y los libros sobre jardinería que le habíamos encargado el mes anterior.

Se sabía que había llegado por la forma como hacía rugir el motor antes de apagarlo. La furgoneta era fea. Estaba equipada con soportes para transportar bicicletas o motos pequeñas, pero daba la impresión de haber sido adaptada por un inválido para llevar la silla de ruedas. Quienes conocían a Triana dudaban mucho antes de subirse en ella. Y le ponían apodos, Bólido, Fittipaldi, pues manejaba tan despacio que había provocado accidentes en las carreteras, causados por personas que perdían la paciencia y se veían a punto de matarse al rebasarlo y dejarse distraer por la curiosidad de saber qué clase de inválido manejaba la furgoneta, y seguramente también al insultarlo.

Aquella vez Triana entró a la casa con los libros en una caja de cartón. Miró para todos lados, esperando ver a Aurora, que no estaba por ninguno. Hojeamos en el comedor los tres de jardinería, grandes, a todo color. Qué belleza de canteros florecidos, qué belleza de muros con glicinias, qué florido todo. Era la felicidad azucarada que nos cerraba el paso a las regiones más ricas y dolorosas de la vida. Ninguno de los dos comentó

nada. Le pedí el favor de que me buscara libros que hablaran de plátanos, platanillos, mangos, nísperos, árboles de pomarrosa y demás plantas tropicales y subtropicales. En nuestras regiones, por razones obvias, la jardinería es bastante diferente de la de zonas de estaciones y, en mi opinión, por estas latitudes es la selva la que debería dar la pauta. La selva húmeda tropical y la selva húmeda de tierra templada. Sin embargo, la tendencia era a imitar los jardines de los países llamados desarrollados, y se los imitaba aún más en las tierras altas y frías, en la capital, por ejemplo, olvidándose de plantas nativas, como los amarrabollos, los nazarenos y otras clases de sietecueros…

—Melastomatáceas —dijo Triana. La palabra sonó truculenta.

«Exacto», dije. Prefieren el eucalipto y el pino, este en setos, especialmente. Y los setos, que son empobrecedores incluso en las tierras altas, incluso en las regiones de estaciones, se ven bastante ridículos en las zonas tórridas, por ejemplo en las ciudades amazónicas o en los hoteles turísticos de las costas selváticas del Pacífico, donde usan bastante el limoncillo y las cayenas para semejante absurdo. ¡Setos recortados con tijeras en aquel calor, en aquella humedad, en aquella abundancia!

Hablamos entonces de los libros que había traído además de los de jardines, entre ellos una nueva y bonita edición de la pequeña novela de un joven de veinticinco años, amante de las drogas y de la música, que se había suicidado cuarenta años atrás, inmediatamente después de publicarla. Fue una de aquellas muertes que dejan a la gente de un país tan sorprendida como inquieta, sorpresa e inquietud que duran mucho tiempo, decenios, siglos tal vez. Triana no tenía paz y hablaba del suicida mientras miraba sobre el hombro, con la esperanza de ver aparecer por fin a Aurora.

—Lástima aquella muerte, gran pérdida para la literatura —dijo y miró hacia las escaleras.

Para mí era claro que a una persona de tan pocos años —que había conocido los cielos y los infiernos de las drogas y de la vida, y que antes de lograr por fin matarse había fallado en otros intentos— no podían importarle para nada sus contribuciones a la literatura universal, pero preferí no decir nada, pues no quería que el librero se alargara con el tema. Me interesaba hablar de los setos de cayenas florecidas en el borde de las selvas y de otros

temas afines, no de suicidios de escritores.

Sin dejarse interrumpir, Triana se alarga con una explicación sobre ciertas cartas angustiadas que aparecen años después, en las que el joven suicida habla de muchas cosas, entre ellas de su contribución a la literatura. *¡Le importaba a fin de cuentas!*, pienso. Triana conoce el tema y habla hasta por los codos, pero siempre con la atención, o la parte principal de la atención, en otro lado. Aurora no aparece por ninguna puerta, ni por las escaleras, ni se le oye hablar en el jardín.

—Se mató para hacerse inmortal —dice el librero.

Tampoco opino esta vez, pues el asunto me parece truculento. Aurora no va a aparecer, pero quiero que él se inquiete, que sufra un poco, y no le digo que hace ya dos días viajó a visitar a sus padres. Carmelita había insinuado alguna vez que, cuando yo no estaba, Aurora coqueteaba con los hombres que por alguna razón llegaban a la casa. Pero Carmelita era Carmelita y no quería a Aurora. Le exigí que dijera con claridad lo que tuviera para decir sobre ella o que se quedara callada, y la mujer guardó un digno silencio y se retiró a su cuarto. Estuve muy cerca de echarla, pero yo necesitaba alguien que se ocupara de la casa, y con cualquier persona que consiguiera iba a tener problemas, posiblemente peores. Casi siempre peores. Carmelita no se robaría una aguja y sus geranios eran de un poderío de follaje y variedad de colores extraordinarios.

Yo venía sospechando desde hacía mucho tiempo que en algún momento Triana había sido alcanzado por una visión parecida a la que me llegó a mí mientras movíamos las grandes piedras con la barra de hierro. Los senos aquellos, tal vez. De allí su extrema inquietud. Cómo y cuándo había sucedido, yo no tenía manera de saberlo. Triana a veces nos traía libros sin anunciar su visita y Aurora era la dueña de casa cuando yo no estaba y asumía su papel con propiedad. Pobre bobo. Pobres bobos. Yo tampoco estaba tan por encima del bien y del mal, gracias a mis años, como ingenua y orgullosamente había pensado —*yo soy anciano ya y estoy libre de la compulsión por tener mi espasmo*, eso había pensado—, y cargaba en las espaldas, además, la especie de destino en que se había convertido mi jardín. La vida me ha cobrado siempre, sin falta y con intereses, todos mis pecados de orgullo. Y había ahora también lo del dolor de cara que me ponía

a tomar analgésicos inútiles y a hacer buches de aguasal que servían tan poco como los analgésicos. Y estaba lo del insomnio, cada vez más grave. Y pensé entonces que el muchacho aquel, el niño aquel, había tenido razón y todo el mundo debería matarse al cumplir los veinticinco. Mi vida ya duraba demasiado y empezaba a ser repetitiva como el latido del corazón, y de eso ni la armonía de las plantas alcanzaba a salvarme. Habría sido demasiado difícil suicidarse a esas alturas, sin embargo, con cuarenta y seis años de retraso, por un dolor de cara, por unos pezones que me hacían sentir verde y risible, y por un jardín que yo quería controlar y descontrolar al mismo tiempo. ¡Cansancio! Mis pensamientos se entrechocaban, como ocurre cuando se está bajo el efecto de un dolor intenso.

Los naranjos

Uno de los libros que llevó Triana traía fotos muy lujosas de los naranjos del Palacio de Versalles, encerrados en materas cuadradas, verdes. «La naturaleza disciplinada», encabezaba, sin pudor, el primero de los textos.

—No vale la pena dejarse dañar el día por las fotos de unos naranjos —dijo Aurora.

—Esto es lo que ellos hacen con la naturaleza. No la disfrutan, no sienten que forman parte de ella. La disciplinan. Era de esperarse que en uno de esos países bárbaros se creara un jardín tan relamido y controlado que pareciera no tener sombra ni noche —dije, dándole golpecitos con un lápiz a una de las fotos del de Versalles—. Pero el control y la pulcritud son aparentes, como blancura de sepulcros, y por debajo se han movido siempre, caóticas, la codicia y la crueldad. En otro de esos países, piratas al servicio de una de sus muy civilizadas reinas recorrían los siete mares y robaban y degollaban y regresaban como gatos tuertos a poner a los pies de su majestad el botín sanguinolento de ratones y de pájaros. Y allá mismo inventaron los pasteles, incluso más bárbaros, de riñón de res, y llevaron a la perfección el arte de la hipocresía. Y en otro país se inventaron las cámaras de gas y el genocidio industrial. Y en otro, la guillotina y los putos perros poodle con bolitas en la cola…

—¡Pobrecitos! —dijo Aurora—. Malhablado.

—… La Santa Inquisición en otro y el dictador de atroz voz atiplada.

Si hubiera pensado que era demasiado confusa la relación entre los naranjos disciplinados, los corsarios de la reina, los pasteles de riñón, la guillotina y el atiplamiento del dictador, Aurora habría tenido razón, pero me vio como desbocado y nada dijo. También yo me quedé en silencio. No quería cansarla con una andanada que sabía interminable. *Y creen allá que en el resto del mundo nos tenemos que orinar de la emoción a la vista de la*

Torre Eiffel o del Museo Británico o de la tumba de Napoleón, como si no supiéramos que debajo de cada uno de esos monumentos y edificios y jardines, y bien lo decía un poeta, asesinado también, está empozada la sangre. De negro, de mujer, de indio, de judío, de homosexual, de gitano, de blanco pobre, por millones. Y de animales, por millones de millones. Y mientras más bello, más monstruoso el monumento, más odioso.

Mis pensamientos saltaban de agravio en agravio.

A dondequiera que van llevan su versión espantosa de la Biblia y de la Cruz, llevan su arrogancia, su valentía cruel, que es pestilente, y la muerte. Y nosotros, montañeros acomplejados, sudacas, paletos, caminamos por París, Madrid y Londres como por la cuna de la civilización y de la cultura. En Buenos Aires dicen que su ciudad es muy europea. En Bogotá hay imitaciones de las academias educativas inglesas. Y en todos los países de América, así se piense en la torturada Irlanda, patria de *poetas y de rebeldes y exportadora de sirvientes, o en la no menos torturada España, a la que muchos rencorosos llaman, y sus razones tendrán, «culo de Europa», ser europeo es aristocracia instantánea.* Sobresaltado, me di cuenta de lo que estaba pensando. *Me estoy amargando*, pensé. Recordé a Mozart, la catedral de la Sagrada Familia, Thomas Mann, Rodin, Erik Satie, Montale, Haydn… Y así y todo seguía emitiendo juicios en vez de quedarme callado, más callado, mucho más callado, más, más, mudo si era del caso, y, sobre todo, en vez de no volver a pensar. Quién pudiera limitarse a darle forma a esto y respirar y disfrutar de mis matas o sufrir por lo que llegue a través de los sentidos, sin valoraciones, sin elaboraciones, sin el río del pensamiento articulado, que nos arrastra, nos golpea con sus piedras y nos asfixia. El malhumor y el insomnio venían ya alimentándose el uno del otro y se agravaron por la neuralgia. El dentista me dijo, además, que tenía las encías en muy mal estado, por la enfermedad periodontal, y que me preparara para empezar a perder los dientes. A veces uno muerde un pedazo de pan, dijo, y ahí se va el diente. El ataque a mis maxilares era, pues, intenso y se daba por varios frentes. Los medicamentos contra la neuralgia no me obraban y las noches se hicieron aún más largas y adoloridas. El dentista mencionó la posibilidad de someterme a una cirugía maxilofacial para liberar el nervio trigémino que estaba causando el dolor. Me molestó que dijera «maxilofacial» y no «de la cara», pero es una gran persona, mi dentista, y no es

culpa suya que la medicina sea pedante. *Sobre mi cadáver*, pensé. *A mí no me operan*. Con la llegada de la luz, el dolor disminuía y, como no me sentía cansado, a las seis de la mañana, después de una exigente práctica de yoga, desayunábamos y nos dedicábamos con entusiasmo a los injertos, o a sembrar matas, o a preparar tierra.

Al final del día anotábamos la lista de trabajos para el siguiente. Todo se hacía con sistema y los resultados se veían. Si teníamos alguna duda no consultábamos con agrónomos, sino que ella telefoneaba al papá, que vivía en su finca cañera con la mamá y el último de los hijos hombres. El padre era un campesino alto y buenmozo, de unos setenta y cinco años, de ojos claros como los de ella, que es la menor de sus diez hijos, y muy conocedor de todo lo que tuviera que ver con plantas y animales. La primera vez que recorrió el jardín se quedó mirando el carbonero gigante, en algunas regiones conocido como pisquín, muy alto, pero más delicado que imponente, que habíamos sembrado para que sus brocados le dieran sombra moderada a un grupo de plantas de hojas que por sus rayas podrían llamarse cebradas, y que tienen un patrón diferente en el anverso, verde luminoso, y en el rojo reverso, de apariencia coralina. El padre había llegado de la capital, donde se hizo examinar de los médicos la llaga que le había aparecido en la pierna, arriba del tobillo, y no le quería sanar.

—Estos son buenos para leña —dijo, refiriéndose al carbonero.

—Listo, papá, lo dejamos crecer un poquito más y lo quemamos.

La sonrisa de Aurora era más bella si era verdadera, como ahora. A veces se la ponía a manera de máscara mientras los ojos se mantenían fríos, y también se veía muy bella, pero producía inquietud, como la sospecha de un engaño. Yo rara vez sonrío. Ni siquiera de niño sonreía demasiado. «Le doy un peso por una sonrisa», me decía mi tía Aída cuando yo tenía tal vez seis, siete años, y yo mostraba los dientes un segundo, me quedaba otra vez serio y alargaba la mano para que me diera el peso. Así seguí toda la vida, sin sonreír, no recibiendo pesos, pero no me doy cuenta de mi propia seriedad, se me olvida, y me hago la ilusión de que la alegría, cuando llega, se me ve en los ojos. Sé que se me describe como «ese señor tan serio, Dios mío», pero no logro

reconocerme en la descripción. Tampoco me ha sido fácil el asunto de la vejez, pues tiendo a irme a los extremos: a veces se me vuelve obsesión la manera lenta como me voy desintegrando; otras, me olvido por completo de mis años. Al caminar por la ciudad con Aurora, por ejemplo, no tenía yo presente la gran diferencia de edad, y si alguien mencionaba algo que tuviera que ver con mi hija, tardaba un momento en darme cuenta de que se estaba refiriendo a ella.

Las orquídeas

Un día mirábamos el río desde la orilla y vimos bajar un gallinazo parado sobre un cadáver. ¡Parecían tan naturales los dos! Cuando menos pensamos nos vimos rodeados de gente, toda mirando hacia el río. Llegó la lancha de la policía y el gallinazo levantó el vuelo. Aumentaban los curiosos, que empujaban para ver mejor. Calor. Salimos con trabajo de entre el apretado gentío y, al llegar a la casa, Aurora se puso a llorar. No lloraba por lo que había visto, decía, sino por ella misma. Lloraba porque cadáver y gallinazo la habían dejado indiferente. Porque se sentía como muerta. Y allí tal vez estaba lo que muchos consideraban un misterio y aquello de lo que ella se estaba refugiando. Se encerró en su cuarto y lloró durante varios días. La comida que le llevaba Carmelita regresaba intacta a la cocina. Una noche entré a su cuarto y le pregunté que si quería que me acostara con ella. Dijo que sí. Tenía la camisa empapada por las lágrimas. Le ayudé a quitársela y le besé los senos, que eran tan firmes como los había imaginado.

Muy lentamente le disminuye la tristeza. Vuelve a trabajar, pero a veces se queda inmóvil en mitad de alguna tarea en el jardín, y llora, o se sienta en el suelo y se mece de atrás hacia adelante mirando, como sin ver, alguna piedra o alguna flor. Un médico le receta un antidepresivo y un ansiolítico y, gracias a ellos y con el paso de los días, sale finalmente de la crisis, que no logro entender del todo. Y sale fuerte. El jardín comienza a avanzar con claridad. Es la época de las orquídeas. Aurora siembra muchas en las ramas intermedias y bajas de los árboles, a las que llega con la escalera de aluminio que se alarga como un telescopio. Vistiendo overoles azules o de color terracota y entre el tintineo de sus pulseras las amarra del tronco, apretadas con boñiga y cáscaras de corteza de árbol, y pocos meses después alumbran las flores en la espesura. También siembra muchas en troncos podridos entre la hojarasca.

Pero en mi alegría de aquellos días alcanzaba yo a percibir

cierta pesadez, como si un perfume me estuviera desequilibrando o todo lo estuviera logrando a un precio demasiado alto. Y era también como si algo en mí estuviera cayendo aletargado en un pozo sin fondo, no todo mi yo, sólo mi discernimiento caía, o parte de él, o mi voluntad o parte de ella. Me había encerrado demasiado en mi casa, en mi jardín, en esa ciudad, pensé, viendo a Aurora, la hermosa dalia, todos los días y a toda hora y hablando siempre con las mismas dos o tres personas, día tras día. Acepté entonces la oferta de dictar algunas clases extracurriculares que me exigirían viajar cada dos semanas y quedarme dos y hasta tres días en la capital.

La decisión fue acertada o así me pareció entonces. Otra vez tenía alumnos y estaba en contacto con colegas y amigos. Almorzaba con ellos, tomábamos café en las cafeterías universitarias, intercambiábamos chismes administrativos y académicos. Sentía el descanso de pertenecer otra vez al grupo. Y sobre todas las cosas disfrutaba yo del viaje de ida y también del de regreso, del anaranjado de los árboles de tulipán florecidos en medio de densos cafetales y de los borracheros rosados, blancos, que se veían por la carretera. Era como si un niño hubiera puesto flor por flor, cada una muy premeditada y bien colocada en los borracheros, que, por ser los niños como son, al final quedaban atiborrados.

Me gustan las peñas, me gustan los abismos. Viajaba con frecuencia después de las nueve de la noche, pues a esas horas la congestión es menor y la entrada a la capital, un poco más rápida. Los camiones subían y bajaban entre peñas y abismos por la cordillera, adornados con luces de colores, lentos y solemnes, como grandes altares o pequeños palacios. Las historias de Misael acortaban el viaje. No me cobraba caro, y así y todo en los expresos se me iba algo así como la mitad de lo que recibía por las clases; la otra mitad, en restaurantes y demás gastos. A veces viajaba en bus, para demostrarme que lo de las clases no había sido una decisión absurda desde el punto de vista de la economía doméstica y también para buscar el contacto con la humanidad, el regreso a ella que significaba ser otra vez pasajero entre pasajeros, ver el mundo desde las ventanillas de todos, y así descansar de aquella exagerada individualización mía, especie de encierro, destierro, forzada soledad.

Las ciencias sociales habían dejado de interesarme por completo, pero como de eso había hablado toda la vida, era capaz de hacerlo sin consultar mis notas y casi sin pensar. Incluso conocía de memoria el asunto del estrangulamiento de la mujer de Althusser, no solamente los aspectos más científicos del estructuralismo. En clase hacía los consabidos chistes, marcaba las pausas y buscaba los efectos dramáticos en los momentos indicados, de modo que seguía siendo para todos el mismo expositor riguroso de siempre, con algo de distante, es verdad, pero, según decían mis estudiantes, siempre ameno, interesante. Lo cierto era que mencionaba yo a Lévi-Strauss y lo que en realidad estaba haciendo la región activa de mi cerebro en ese instante era tomar la decisión de dejar de controlar la expansión del bosque de bambú que había sembrado en la esquina norte del patio, permitirle que se explayara como quisiera durante algún tiempo e irme adaptando a su avance. Los bosques de bambú «caminan», y si uno no los domina, ellos, con su forma de reproducirse y extenderse, descontrolarían el conjunto, ya que los retoños empiezan a aparecer por todas partes. Recorría yo el jardín y veía de repente algún brote de un metro de altura que había aparecido a más de diez del bosque de bambú, con algo de milagro, como si acabara de salir de la tierra sólo para atravesarse en mi camino. Todo eso me ocupaba la mente mientras hablaba como un autómata sobre Lévi-Strauss o Engels. Consolaba y tranquilizaba hasta cierto punto saber que antes de dos días me iba a acoger de nuevo el universo nutrido y siempre en movimiento de mis árboles y matas, pero así y todo acabaría por hastiarme por segunda vez en la vida con aquella especie de representación teatral que eran las clases, aquella puesta en escena en la que había participado ya durante demasiados años.

En mis ratos libres, que eran muchos, recorría las calles de algunos barrios de la capital, mirando antejardines. Por esos días empezaban a usarse las plantas nativas del país en los jardines urbanos de los sectores de clase alta, y se estaban logrando maravillas con los helechos silvestres y también con el sietecueros y otras plantas de la misma familia, de las cuales existen más de cuatro mil especies conocidas, que hasta entonces habían sido consideradas «monte», es decir, maleza. En algunos de estos jardines se habían intentado diseños —o antidiseños, más bien— parecidos al que yo venía buscando, aunque a escala menor, pues

ocupaban mucho menos espacio, y también a escala menor se había fracasado de manera muy parecida a como lo habíamos hecho hasta ahora en mis dos mil metros. Por eso yo era capaz de ver cómo aquellos jardineros habían llegado a un punto en el que les faltaba ya muy poco para lograrlo y, de un momento a otro, el trabajo se les había puesto confuso, como si se hubieran quedado dormidos de repente, y todo, en un segundo, igual que una mariposa, se les hubiera escapado.

Bajando en la escala de tamaño, aunque no de calidad, recorría también barrios más populares, para ver el trabajo de gente de extraordinario talento enfrentada a limitaciones de espacio también extraordinarias. En el balcón de un segundo piso alguien había logrado un jardín de sólo pitayas que parecía un serpentario inmovilizado y florecido. Le pedí a Aurora que viajara conmigo nada más para que lo viera y me diera su opinión, y una tarde nos plantamos frente al balcón mientras una señora con gesto de alarmada demencia nos miraba por la ventana del primer piso. Aurora le sonrió y la señora devolvió la sonrisa. No sufría demencia alguna y, si acaso había estado alarmada, rápidamente dejó de estarlo. Volvió a sonreír, soltó la cortina y vimos su sombra alejarse y desaparecer. Aurora se tomaba su tiempo para opinar. Mientras la cortina se movía aún, semejante al agua que se cierra sobre el barco que busca el fondo, dijo algo que se habría podido aplicar también a la forma como la señora había pasado de la aparente demencia a la cálida sonrisa y de esta a la nada.

—Bonito sí es, pero tiene su lado de aterrador. No sé. Mejor no tenerlo cerca de donde uno duerme.

Más cariño mostró por una casa con techo de plancha de cemento convertido en terraza, en aquel mismo barrio, cuya fachada estaba por completo cubierta, menos la puerta y las ventanas, por geranios rosados que bajaban como cortina o cascada desde una fila de materas puestas a lo largo del borde de la terraza. O por la veranera tan florecida de anaranjado, y sobre todo tan bien colocada, solitaria, en tres o cuatro escasos metros cuadrados de antejardín, que los metros vacíos y ella eran un mundo completo y además perfecto. Y, ya en la carretera, un poco después de haber dejado la ciudad y todavía en terreno plano, había una casa de ladrillo horneado y puertas, ventanas y

vigas de color rojo sangre, con un pequeño jardín donde dos grandes llantas de tractor, pintadas por completo y con mucho cuidado del mismo rojo de las maderas, habían sido puestas a un lado de la casa y sostenidas por detrás con un soporte no visible, probablemente de hierro. En la cerca del frente, recorriendo el alambre de púas a lo largo de la carretera, se extendía una enredadera de la variedad conocida como copa de oro, que el picante sol de las tierras altas había poblado de flores. Entre la casa y la cerca se extendía la grama muy bien recortada y, a lo largo del corredor, había una hilera de amarantos. El juego del color de los ladrillos con el rojo de maderas, amarantos y llantas, con el oro de la enredadera y con el verde luminoso de la grama alcanzaba también la perfección. Asombroso que dos llantas de tractor pudieran transmitir tanta alegría.

—¡Qué tal la enredadera! —comentó Aurora, y me abstuve de preguntarle lo que opinaba sobre las llantas. Algo habría dicho si le hubieran gustado.

Al principio me alojaba en un hotelito casero, cerca de la universidad, y después alquilé un apartamento en ese mismo barrio, con lo cual las clases me empezaron a dejar pérdidas. Por lo general me quedaba en la capital dos o tres días y llamaba a Aurora una o dos veces diarias para darle instrucciones sobre lo que había que hacer en el jardín, instrucciones que ella seguía al pie de la letra y más. Al regresar, casi siempre encontraba yo algo que no esperaba, que nunca esperaba y seguramente habría querido hacer de habérseme ocurrido. Sobre los asuntos domésticos las decisiones las tomaba ella, cosa que Carmelita no había tenido más remedio que aceptar y a la cual no lograba ni quería acostumbrarse. «Se acabó el jabón para la lavadora, don Esteban». «Se dañó la licuadora, don Esteban». Y cada vez yo tenía que decirle que hablara con Aurora y entre las dos resolvieran el lío. De nada servía enojarse, pues Carmelita volvía a lo mismo.

—Esos traperos que ella trajo se están desbaratando, don Esteban —decía—. Dejan todo como un lombricero.

—Carmelita, por favor, esos asuntos con Aurora, con Aurora, no conmigo, con ella.

El icopor

Carmelita había compartido con Eudora, la cocinera de la casa de la abuela, un cuarto saturado de talcos y de perfumes. Por alguna razón que todavía desconozco, mi mamá nos prohibía que nos encerráramos a jugar en él. «Háganse, si quieren, en el patio, donde uno los pueda ver», decía. Carmelita de doce años y yo de siete jugábamos entonces en el patio bajo la dirección absoluta de la niña. Traíamos las vacas del pastizal y las maneábamos y ordeñábamos, e íbamos a recoger los huevos todavía tibios a un gallinero que era tan imaginario como el pastizal, la leche, la soga, los terneros y las vacas. O yo daba misa y Carmelita hacía de monaguillo. Era un ayudante férreo, dictatorial, que le indicaba al sacerdote cómo se debían hacer las cosas. También nos sentábamos juntos en el umbral de la puerta principal o en la base de las ventanas a ver pasar a la gente por la calle en el caliente sopor del mediodía: los estudiantes uniformados, las carretas con frutas, los afiladores de cuchillos. Aquellas imágenes viven en mí y les tengo afecto, pero así y todo prefiero que ella no se alargue con el tema de las actividades infantiles de hace sesenta años, pues cuando comienza es difícil que pare y termino cansándome. En tales casos lo mejor es interrumpirla y pedirle que por favor traiga un café o un agua aromática.

—Una belleza como se veía don Esteban vestidito de cura…

—¿Usted por favor me trae un tinto? Que no le quede flojo. Cargado más bien. Gracias.

Carmelita trabajó durante casi medio siglo para la anciana dinámica que fue mi abuela, primero, y después para mis dos tías solteras. Las tres murieron hace tiempos, y la casa, de arquitectura republicana, que la abuela compró por allá por 1940, ya no está en la familia. Quedó en el sector más comercial y bulloso de la ciudad, y, pintada de verde limón casi fosforescente, hoy funciona en ella un almacén de flotadores y demás artículos para piscina. Colgados en la puerta principal y en las ventanas hay tiburones, tortugas, lanchas o roscas inflables,

también ellos verde fosforescente o amarillo eléctrico. En lo que alguna vez fueron la sala y el comedor hay estanterías con sandalias, gafas y bloqueadores de sol, y, sobre las estanterías, maniquíes blancos de poliestireno o icopor, ni muy nuevos ni muy limpios, que fueron diseñados sin cabeza ni brazos ni piernas y llevan vestidos de baño de calidad poco menos que mediana. El viento de las motos y de los buses hace mecer en las puertas las roscas mal infladas y las motos blandas y los cocodrilos blandos.

Cuando le ofrecí el trabajo, Carmelita llevaba más de cinco años aburriéndose en la casa de barrio popular que le regalaron las tías antes de morir. Carmelita es delgada, blanca, de camisa muy bien abotonada, mucha simpatía y sociabilidad, mirada vivaz e inflexible, ojos negros. Por aquellos días debía tener arriba de setenta años, aunque por la piel tersa, por la mucha energía, por la soltería y por la simpatía parecía de unos sesenta. Mano mágica con rosas, begonias, anturios. Criaba un lirio negro que decidí sembrar en ciertas partes del jardín donde, con el paso del tiempo, terminó por verse no bello, imposible, sino impresionante y hasta indispensable. También criaba un anturio según ella color chocolate, fecal a mi parecer, que no quise sembrar en ninguna parte.

Carmelita compraba el mercado grande en la plaza, y leche, pan y huevos en las tiendas vecinas. Y conversaba con la gente. De no ser por ella nos habríamos dejado de enterar de muchos acontecimientos del barrio y de la ciudad, que a fin de cuentas, así fuera de manera indirecta, nos afectaban.

Iban a unir con un patio central las ocho casas de la cuadra anterior, que eran de patrimonio histórico, como la mía, y no se podían tumbar, para formar con ellas un centro comercial moderno. Cuando nos trajo la noticia aún no había señales de nada y todas las casas estaban habitadas. Entonces se fueron desocupando una por una y, ya libres de humanos, empezaron a deteriorarse hasta que las ocho quedaron igual de ruinosas. Los empresarios del centro comercial las habían comprado todas.

Comienzan las obras, tumban tapias, abren corredores y crean jardines interiores con papiros, platanillos, pastos gigantes de penachos amarillos, casi blancos, elegantes y muy usados en los jardines de moda de todo el país, helechos de varias clases, así como achiras, azulinas y tangos, que por esos días también

estaban de moda. Por último recuperan las fachadas y las ponen más bonitas de lo que jamás fueron cuando las casas estaban vivas, por así decirlo, y eran reales. De esa manera su belleza se pierde para siempre, tanto como si las hubieran tumbado, pues la imagen de las casas de ahora corroe con rapidez la imagen de las de antes y ya nadie va a tener muy claro cómo habían sido. La gente se va a morir, las fotos se van a perder y al final quedará un centro comercial sin alma, igual a todos.

En los locales se encuentran las mismas marcas que en el resto del país y del mundo. En las fotos de las paredes los modelos de ropa de hombre, con las manos en los bolsillos, caminan como enojados por las pasarelas. Son las mismas fotos de propaganda de las revistas del jet set que a Carmelita tanto le gustan. Algunos modelos sólo llevan puesta la chaqueta, como si no les hubiera alcanzado para comprar la camisa, dice. Las modelos parecen desnutridas o con lombrices. Parecen garabatos. Y en la plazoleta hay comida china, y un puesto de lechona, y otro de pollo al carbón, y comida árabe y ceviche peruano con precios que según ella son de atraco.

Dios

—¿Le sirvo el desayuno, don Esteban?

Carmelita me espera como muchas otras mañanas frente a la puerta del cuarto.

—Ahí está ese señor Ales —dice.

Sábado, siete de la mañana. Yo había llegado casi al amanecer, por un embotellamiento de más de veinte kilómetros a la salida de la capital. El bus estuvo detenido tres horas y el viaje tomó más de seis. Una moto se había vuelto pedazos contra un carro que según los chismes de borde de carretera le había frenado en seco a una novilla, o a un perro, o a una niña. En cualquier caso, la tractomula que venía detrás no alcanzó a frenar, aplastó lo que quedaba del motociclista y de la moto, se estrelló contra el carro y mató de forma instantánea a las dos mujeres y al señor ya de edad que viajaban en él. Comenzó la espera. En un momento dado fui a orinar, alumbrándome con el celular, a un bosquecito de eucaliptos todavía jóvenes que había cerca, y vi que la noche era de las de estrellas visibles por millones y de infinitos millones invisibles.

Por fin empezamos a movernos. Pasamos despacio por el lugar del accidente. Ya no había ambulancias y comenzaban a barrer y a arrojarle agua al pavimento. Los vidrios chispeaban en la noche. La sangre que aún no habían lavado había dejado de ser roja y su forma era la de una mancha grande, más oscura y mucho más profunda que el gris casi negro del pavimento. Mi vecino bendijo desde la ventanilla la escena de la tragedia. Había venido hablando desde que salimos y durante todo el tiempo que estuvimos parados, y siguió haciéndolo, conmigo o con el otro vecino, e incluso solo, cuando volvimos a arrancar y hasta que llegamos a la terminal. Evangélico, de unos cuarenta años, con Rolex que se le desbordaba en la muñeca, camisa blanca tan abrochada como la de Carmelita y fuertes simpatías por un partido populista de extrema derecha. Los discursos políticos, incluidos aquellos con los que estoy de acuerdo, me producen

narcolepsia. Los de mi vecino, en cambio, empezaron a producirme indignación, y yo no quería indignarme ya más en la vida. Quería vivir en paz con mis matas y mis libros, sin rabiar por nada. Mi vecino decía que el partido político aquel nos liberaría del amor libre y también del homosexualismo y demás tentaciones que Satanás había sembrado en el mundo para hundirnos por toda la eternidad.

—Con él seremos salvos —dijo.

Pensé: *este señor está diciendo que quiere liberarse de la tentación del homosexualismo. No les queda bien a los evangélicos ser tentables por ese lado. Eso, por una parte. Por la otra: ¿es correcto decir «salvos»?*

—Degenerados, enfermos —dijo, y siguieron muchas horas de prédica políticoreligiosa.

Aunque era un contrasentido, en algún momento deseé en voz alta que el Altísimo se apiadara.

—¡Pero el Señor está contigo como campeón te mible! —respondió el hombre entonces, casi gritando—. ¡Por tanto tus perseguidores tropezarán y no prevalecerán! Quedarán muy avergonzados, pues no han triunfado. Tendrán afrenta perpetua que nunca será olvidada. Amen.

Con acento en la A y todo. Y el español que usan es raro. «Seremos salvos», «tendrán afrenta».

Llegué y dormí dos horas con sueño superficial y sobresaltos. Abrí los ojos y miré un rato las armoniosas vigas del techo. Miré el ficus trepador que había enmarcado las ventanas por dentro y parecía pintado o bordado en la pared. Decidí no hacer yoga. Me levanté y, mientras sonaban mis orines en el baño, Carmelita otra vez me preguntó que si iba a desayunar. También oí a Aurora hablar con alguien al fondo del solar, cerca de la tapia que iba a lo largo de la calle. Alegría de estar en mi casa y no saber más de las tentaciones que en la Tierra había sembrado Satanás.

Pensé: *efectivamente es la voz de Álex. ¿Qué hace aquí Álex?*

Le dije a Carmelita que no iba a desayunar. Que qué hace aquí Álex, le pregunté con voz neutra desde el baño, para no darle el gusto de saber que la presencia del jardinero me ponía de malhumor. Pensé: *¡qué manera de abundar la de esta señora!* En el jardín sonaba la voz profunda y sin matices de Álex, como un

murmullo sordo que saliera de la tierra.

—¿No fue don Esteban el que lo mandó llamar? Entonces tuvo que haber sido la señora Aurora. Y eso sin consultar.

¿Cuántas veces me habría esperado Carmelita a la salida del cuarto para preguntarme si iba a desayunar y sobre todo para ver si Aurora había pasado la noche conmigo? El trasnocho le quita a uno el hambre, Carmelita, digo. Un cafecito nada más. Gracias.

Luego me recibe en el solar la sonrisa de bienvenida de Aurora, que le está indicando al jardinero cómo poner las paredes de esterilla de guadua sobre seis pilotes muy bien clavados en la tierra alrededor de un rectángulo de cemento. Tres metros por metro y medio por uno de alto.

—Estamos en lo del lombricario.

—¿El qué?

—Lo de las lombrices.

Se desbordaban de un tarro de galletas, delgadas, color rojo rosáceo, nudo baboso que daba vueltas y revueltas sobre sí mismo y parecía trasladarse sin avanzar y avanzar sin trasladarse. Las había traído Javier Aguirre de su finca en las estribaciones de la cordillera. Tan pronto Álex terminara el lombricario, dijo Aurora, pondrían en él tierra, gallinaza, hojas secas y las lombrices del tarro de galletas.

—En menos de un mes vamos a tener el doble, me dijo Javi. Se reproducen rapidísimo.

Yo no sabía que al arquitecto le tuvieran ya diminutivo ni que el cajón para compostaje con lombrices se llamara lombricario.

—¡Si te lo dijo Javi…! —contesté. Ella pareció no captar el tono.

Nunca habíamos hablado de hacer un lombricario, ni de volver a llamar a Álex, ni de que ella estuviera hablándose con Javier Aguirre, ni de que a partir de ahora fuéramos a conocerlo como Javi. Pero no es fácil saber qué hacer con sonrisas así. Las puertas se les abren, la indignación no prospera y se apaga, las aguas se parten, los muros caen y las dejan pasar, todo lo vencen, ninguna oposición encuentran, nunca o casi nunca. Se salen con la suya. Sólo el envejecimiento les gana. El amarillo en los dientes. Además, lo del lombricario estaba bien. El humus que se obtiene es aromático como el tabaco, negro como la tierra y como

la noche, liviano como el aire y como el humo, sagrado para las matas. También haber llamado a Álex estaba bien. Y qué podía hacer yo con lo de Javi.

Había trabajos demasiado fuertes para nosotros dos, era verdad. Vigas, piedras, bultos para levantar, o arena, tierra o cemento para revolver con la pala. Con Álex todo podía hacerse. «Ales», decían Carmelita y el mismo Álex. Claro que tenía sus problemas. Álex clavaba un clavo y se quedaba quieto a la espera de que Aurora le indicara cuándo y dónde poner el siguiente. Yo no tenía paciencia. Me producía malgenio el tal sistema, pero ella habría sido capaz de levantar con él palacios y catedrales, centímetro a centímetro, ladrillo, pausa, ladrillo, pausa. «¿Pongo otro, doña Aurora, usted qué dice?».

Habíamos decidido que solamente se iba a hacer lo que pudiéramos lograr nosotros solos y eso había cambiado. Estaba bien. Que cambiara entonces, pero que aquello avanzara.

Yo había dejado de ponerle el alma al asunto de las clases. Me subía al bus o al taxi y el alma se me quedaba en el jardín. No viajaba. Había sido un error querer vivir otra vez lo ya vivido. El alma ya no quería participar en eso. Además la gente estaba dejando de entenderme, y yo a la gente. Había aparecido un punto oscuro, semejante al del inicio de la descomposición de las frutas, de donde brotaba la confusión como una Babel personal que se ampliara día tras día. Aumentaban las miradas de extrañeza por lo que decía en mis clases. Se hacían cada vez mayores los malentendidos y equivocaciones en las relaciones profesionales y personales. Cómicos, ridículos a veces, abrumadores siempre.

—Ya volvió usted —le decía yo, por ejemplo, a algún estudiante que había aparecido otra vez luego de semanas de ausencia.

—¿No volvió quién? —preguntaba el estudiante, y yo dudaba ahora de que en verdad se hubiera ausentado. Miraba mis papeles como si estuviera decidiendo de qué manera iba a seguir la exposición, mientras trataba de descifrar lo que había pasado. Y nunca lo lograba.

Los desajustes de la lógica y del lenguaje se debían en gran parte a mis insomnios, cada vez más fuertes, con noches en las que había dormido una o dos horas, si acaso. También esa podría

ser la causa de ciertas frases que pronunciaba de repente, sin haberme dado siquiera cuenta de que se me estaban formando en la mente, como si fueran de otra persona.

—Los seres humanos somos como gallinas que se picotean las unas a las otras en un gallinero estrecho, feo, fétido.

Y los estudiantes, que venían a que les hablara de Durkheim o Robert Dahl, no de gallineros, no sabían qué decir. Algunos carraspeaban, nadie se reía, los que gustaban de preguntar habrían querido hacerlo también ahora, pero no encontraban la manera. De modo que renuncié y me dediqué otra vez a las plantas. Tenía ya setenta y tres años y a nadie iba a perjudicar si dejaba, ahora sí, de hablarles a mis semejantes de cualquier cosa que no fuera abonos o injertos y si dejaba de oírles cualquier tema que no tuviera que ver con esa, la única actividad que me hacía posible respirar sin asfixiarme, vivir, vivir contento a veces. Todo estaba bien si todo se centraba en ella. Ir a los viveros. Buscar plantas poco comunes, de cuya existencia me enteraba por el voz a voz, como los rumores que llevan a la veta de oro, al nacimiento de agua. Sembrar, abonar, ver crecer.

Fue así como compré en el jardín botánico de un pueblo perdido en las estribaciones de la cordillera oriental, y bastante caras, por cierto, varias especies raras de cactus y de suculentas. El director del jardín tenía bigotes en forma de manubrio y dientes amarillos y largos, y daba la impresión de saber todo lo que hay para saber sobre plantas. Al principio le calculé algo así como cincuenta años, pero al hablar con él y al mirarle las manos y los dientes vi que estaba llegando tal vez a los ochenta. Con ojos brillantes de entusiasmo nos explicó que la venta de especies raras financiaba en gran parte el jardín botánico, de presupuesto escaso. Nos llevó a un salón donde había varias estanterías con cactus y nos mostró uno que valía cuatro mil dólares. Sus carcajadas eran de persona aún joven. Dijo que ya lo tenía vendido a un filántropo estadounidense. Era difícil saber si hablaba en serio, pues el cactus en cuestión no era particularmente bello. *Absurdo pagar tanta plata por una especie de barrilito con púas*, pensé, pero nada dije, pues no quería generar algún malentendido o una cadena larga de equívocos. ¡Y ni soñar con mencionar la filantropía y su posible relación con la compra de cactus! Llegamos a la casa con los muchos que al final

decidimos traer y los pusimos todos juntos en las dunas que habíamos diseñado por el lado del jardín donde la hilera de acacias llegaba a una de las tapias.

—El señor puede que esté anciano —comenté—. Pero de cactus sabe.

—¿Señor anciano? —preguntó Aurora—. Tendría si acaso cincuenta años, Esteban.

—¿Eso crees? ¿No le miraste los dientes?

—¡Para qué le iba a mirar los dientes! ¡Y coqueeeeto…! Tan largos no me parecieron tampoco los bigotes.

Los chirridos y dislocaciones de la lógica y de la comunicación no me importaban cuando se producían en mi casa, con Aurora o con los otros. Al fin y al cabo era mi territorio. Yo les pagaba. Ellos además habían aprendido a entender lo que yo quería decir con lo que estaba diciendo. Mientras más se debilitaba mi vínculo con la humanidad en general, más se acentuaban los rasgos del sitio que estaba creando y en el que estaba viviendo, esto es, la casa y el jardín, los ríos y ciertos sectores de la ciudad, así como se acentuaban también los vínculos que los habitantes del jardín, esta humanidad en particular, habíamos establecido entre nosotros.

Yo trabajaba desde que empezaba la luz hasta que se terminaba. La muerte, a mi edad, bien podría estar rondándome de cerca, pero no era eso lo que me asustaba. Me obsesionaba la idea de que si no terminaba lo que había emprendido o lo terminaba mal, iba a ocurrir algo malo, atroz quizás. Ese pensamiento tenía más realidad en la noche profunda, en la plena soledad de mi insomnio, que durante los días, cuando la luz lo debilitaba y disolvía. En qué consistía aquello que iba a pasar no había manera de saberlo. Tal vez la amargura empezaría a enroscárseme como culebra en el corazón y a apretarlo cada vez más hasta matarme; tal vez ocurriría algo pavoroso, suicidio, homicidio; o un accidente iba a dejarme lisiado a mí o a alguien, paralizado, muerto en vida tal vez.

Cualquier cosa nos puede pasar siempre en cualquier momento. Bajo cada piedra, detrás de cada árbol acecha el espanto. Hay quienes entran de repente al infierno al quedar medio vivos en sus propias camas o en sus bañeras bajo toneladas de escombros. Incendios convierten en llagas palpitantes a los

niños de las guarderías y a los ancianos de los asilos, rematando con dolor puro vidas que quizás hayan transcurrido en paz y con toda felicidad. Y hay realidades aún más atroces. Los seres humanos, micos inteligentísimos, metódicos, les arrancamos despacio las uñas con alicates a nuestros semejantes o nos especializamos en quemarlos con cigarrillos en los ojos o en ponerles descargas eléctricas en la vagina, en los testículos. Las puertas del horror —y sus posibilidades son muchas— están siempre abiertas para todos nosotros, los humanos, y de ese modo lo están también para los otros animales y para las cosas, para todo.

En mi jardín yo encontraba a veces refugio de lo horrible, aunque siempre por azar. Una planta muy fértil, que durante mucho tiempo consideré hiedra, hasta que me enteré de que era una variedad trepadora del ficus, había cubierto por completo las paredes exteriores de la casa y yo la había dejado entrar y enmarcar desde adentro las ventanas, mientras arriba, a lo largo y por debajo del alero se explayaba el morado luminoso de una buganvilia. Y un día vi que la reverberación de la luz en las ventanas del tercer piso se había vuelto como de visión de santo o vitral de iglesia en el que se manifestaran los tonos intensos del verde, los cegadores amarillos y el violeta que irradiaba de la buganvilia, con sus flores siempre encendidas. Claramente el mundo era un ser vivo y sensible, armonioso, integral. El sentimiento de mi identidad con el Universo duraría más aquella vez y sería mucho menos equívoco, mucho más verdadero y menos forzado por la voluntad, pero terminaría también desvaneciéndose.

Ya por aquellos días la idea primera, demasiado ambiciosa, de crear un jardín que produjera la ilusión de haberse formado sin intervención humana, idea que me había guiado desde antes de comprar la casa, desde antes de vivir en ella y aun desde antes de conocerla, y que yo había tratado de hacer realidad sin mayor éxito durante demasiados años, fue remplazada de forma gradual, imperceptible, por la de una casa y un jardín hallados entre la densa vegetación, cuarenta o cincuenta años después de abandonados. Mi ambición ahora, también exagerada, poco razonable, poco cuerda, era que las personas que recorrieran el jardín sintieran con toda claridad, o mejor, *vieran*, que la vegetación terminaría por alcanzar en aquel lugar, con el paso de

los siglos, la destrucción completa de todo trazo humano y el regreso a la selva prístina, oscura, indivisible, original.

Mi pertenencia a aquellos procesos de milenios y miles de milenios se me hacía evidente mientras caminaba por los umbrosos senderos o descansaba sentado en algún tronco o en alguna piedra. Visiones que a veces me causaban euforia, a veces me producían paz, pero se quebraban y evaporaban con demasiada facilidad, como espejismos. El ruido de los fuegos artificiales de las fiestas religiosas o cívicas, la alarma antirrobo de algún carro en una calle cercana o la música que a veces con toda su fuerza nos traía el viento eran suficientes para romper cualquier visión e imponerle al sitio los rígidos y apiñados aquí y ahora de la actividad humana.

Los guitarrones

Las serenatas de Triana se convirtieron en una causa más de perturbación de mi alegría. Las traía los viernes o sábados y eran las de una persona más bien tímida que con el alcohol se atrevía a los mariachis y hasta cantaba. Los grupos eran de gran calidad, y en las serenatas, fulminantes, pues duraban un máximo de tres canciones, no había ni risas ni ruido de botellas. Por eso a Aurora no le quedaba fácil decirle al librero que dejara de traerlas —suponiendo que a ella le disgustaran— y tampoco a mí, pues el otro estaba en su derecho y además hacía todo lo posible por ser prudente y evitar bullicios.

Me cansé de rogarle, primera canción de la primera serenata de una serie que terminaría en un accidente de carretera, sonó una noche a las tres de la mañana. Curiosa elección, pues Triana comenzaba apenas a rogar y estaba lejos de cansarse. Siguieron *Desdeñosa* y *Tú, sólo tú.* Y ya empezaba a hacerme a la idea de que el asunto iría para largo, cuando se silenciaron de repente trompetas, violines y guitarrones, el sonido de las botas se alejó entre voces, y quedé acompañado solamente por las ranas y los grillos, que seguirían cantando en paz a lo largo de la noche. Ya fui incapaz de dormir. Al irse los mariachis me quedaba la preocupación de que aquello fuera a repetirse. *¿Y a este quién le dijo que podía traer serenatas?*, pensé. Mi relación con Aurora se había hecho muy cercana y cada vez más difícil de definir. Mi atracción por ella, vivo rescoldo más que llama, daba cierta fuerza, cierta quieta intensidad a lo que se hacía en el jardín.

Las actividades de los mariachis de la ciudad tenían lugar por los alrededores de un hotel-residencia que quedaba no muy lejos del dentista, pero ya en un sector feo, hacia la plaza de mercado. Como yo acostumbraba llegar demasiado temprano a las citas, iba hasta el sitio y quemaba tiempo mirándolos caminar y fumar por las aceras, esperando clientes, enfundados en sus vestidos adornados de lentejuelas. Me llamaba la atención que también los mariachis gordos, y de esos había bastantes, tuvieran que ponerse

vestidos apretados. Demasiada cerveza y comida grasosa y harinosa, arroz, papa, yuca, ñame, plátano, todos de fulminante conversión en grasa. En una cafetería cercana al hotel los mariachis gordos y también los flacos templaban sus guitarras e incluso tocaban canciones que yo conocía bien, pues las había venido oyendo y disfrutando desde la cuna y aun desde antes de la cuna, y me llegaban todavía con más fuerza por el ambiente en que estaban sonando ahora y sobre todo porque las estaban cantando sólo por el gusto de hacerlo.

—Más ordinario que un mariachi con ropa holgada —decía yo de repente, para ver aparecer la sonrisa de Aurora. La serie de comparaciones con «más ordinario que» se hacía entonces inevitable. Le encantaban, conocía muchas e incluso había inventado algunas.

—Un mariachi de guayabera, sí señor. Más ordinario que un ataúd con pegatinas. Más ordinario que té con morcilla…

Un día vi desde la calle la ventana abierta del baño de uno de los cuartos del hotel, y allí, en un gancho colgado del tubo de la cortina de la ducha y con la negra corbata de moño puesta, estaba el vestido vacío color marfil del mariachi que seguramente dormía y sudaba en calzoncillos, soñando con pantanos calientes en un cuarto donde el aire denso de las dos de la tarde circulaba empujado a duras penas por un ventilador destartalado y ruidoso. Moscas en los cables de la luz. Luces del vestido. Perfume del anís del aguardiente en el sudor.

Media hora más tarde, a cuatro cuadras de distancia y mientras los mariachis caminaban por las aceras y encendían sus cigarrillos tristes, me agarraba yo de los brazos de la silla y perdía otra muela. Ahora me faltaban dos. El segundo premolar superior izquierdo había estado ya muy flojo y yo había abrigado la esperanza de que se desprendiera del hueso casi sin esfuerzo. Nada de eso. No opuso demasiada resistencia, cierto, pero así y todo crujió al ser arrancado por el alicate como si descuajaran un árbol; como si al desenraizarse del cráneo fuera a arrastrar parte de un ojo en su salida. Mi dentista levantó con las dos manos el alicate que agarraba la pieza dental y miró hacia lo alto, como haciendo una ofrenda; después miró hacia lo bajo y la muela repicó sanguinolenta en el recipiente de peltre blanco que había en la mesa de instrumentos y quedó alumbrando allí con su rojo

gelatinoso, como un bombillito.

—Salgamos de todo lo maluco de una vez —dije cuando paré de escupir sangre.

Me explicó que no era recomendable de ninguna manera someterse a dos intervenciones mayores en una sola sesión. Le dije que así se ahorraba en analgésicos, pero no le causó gracia mi chiste. No hubo manera de convencerlo y sólo ocho días después instalaba el andamiaje de metal y caucho que abría espacio para trabajar en el tratamiento de conductos de un incisivo que tal vez pudiera salvarse. Antes de empezar fue al escritorio y me trajo un papel manuscrito que decía en letra muy clara:

> *Ceiba acuminata, Ceiba aesculifolia, Ceiba allenii, Ceiba boliviana, Ceiba chodatii, Ceiba crispiflora, Ceiba erianthos, Ceiba glaziovii, Ceiba insignis, Ceiba jasminodora, Ceiba lupuna, Ceiba pentandra, Ceiba pubiflora…*

La lista era rítmica y larga, como las letanías de la Virgen. Dije «aghh, aghh» por cortesía y pensé que lo único bueno de los tratamientos de conductos era que el paciente tenía que hablar poco.

—Así es —dijo el dentista—. Increíble la cantidad de variedades.

Contó entonces que la semana anterior su hija mayor se había graduado de odontóloga y él le había dado una fiesta con ciento cincuenta invitados en el club campestre del que eran miembros. La niña, dice el dentista con inmenso orgullo, es muy alta, muy rubia y de ojos azules. Estrella universitaria de baloncesto. Una belleza. Sin dejar de hablar, empieza a vaciar el conducto de la muela con una lima minúscula, y entonces, detrás de las descargas de dolor que a pesar de la anestesia se producen de repente y duran fracciones de segundo, alcanzo a percibir la intensidad del amor del dentista por su hija, como un lejano canto a la alegría en voz de soprano o la transparente vibración de una campana.

Días después me di cuenta de que la descripción no había sido del todo exacta. Imposible negar que fuera alta, que fuera muy rubia y que tuviera los ojos azules, pero no era despampanante,

como la veía su padre. Quedé admirado. Era alta y gruesa, de caderas muy anchas y también altas, y ojos de un azul verdoso desvaído, muy grandes y separados. Y para ser estrella deportiva no parecía ágil. Todo lo contrario. Daba la idea de torpeza y hacía pensar en un ligero gigantismo. Seguramente el técnico la ubicaba, quieta, en algún punto de la cancha, sus compañeras le pasaban el balón cada vez que podían y ella lo lanzaba una y otra vez, como una basquetbolista de pilas, desde su altura inexpugnable hacia la canasta enemiga.

Pensé en lo bonita que la veía su padre, en lo bella que seguramente trataba de verse a sí misma a pesar de que le pusieran apodos y no le aparecieran pretendientes, y sentí una oleada de tristeza, por ella, por mí, por el dentista. *Tengo el corazón hecho un trapo*, pensé. Regresé de la cita, fui a mi cuarto y me senté a mirar hacia un mismo punto en el piso. *Estoy durmiendo demasiado mal*, pensé. Bajé a la cocina y me serví un trago grande del ron que Carmelita mantiene para las tortas. Lamenté no haber aprendido nunca a beber ni a fumar. Pensé en lo inútil que sería hablarle a alguien sobre este asunto. Ciertos hechos se me presentan siempre demasiado mezclados. No son realidades complicadas de ver ni de entender, pero sí casi imposibles de describir y comunicar. Así y todo no me resigno al silencio y, una y otra vez, para no estar solo, intento transmitir lo inexpresable, y lo único que logro es hacer bulla y quitarles a aquellas verdades o realidades la intimidad y soledad de mi propia mente, que es donde naturalmente habitan y son claras, hasta que el ruido de la comunicación las espanta y desaparecen con toda su luz.

Tenía ojos azules y algún día a algún muchacho con suficiente estatura podría parecerle bella. Eso me consolaba. Y tenía su puesto asegurado en el equipo. En cierto modo todo estaba bien.

El sol

Como si el presentimiento de catástrofes inminentes que me venía acosando desde hacía algún tiempo hubiera empezado a cumplirse, se accidentó en su furgoneta Mario Triana. Todavía en las noches de mis insomnios, dos, tres de la mañana, me llegan vientos de desastre como los de aquellos días. Es un ruido feo, un murmullo profundo de premoniciones que llenan de miedo porque a veces —rara vez— se cumplen. Y se me ocurre ahora que en el origen de todas las catástrofes está el hecho mismo de que haya mundo y no esté todo vacío y en paz.

La de Triana no había sido catástrofe importante, pues no se mató nadie, ni tampoco de las difíciles de presentir, por lo mucho y muy malo que a un chofer como él podía pasarle en cualquier momento. Había sido un milagro que no hubiera ocurrido antes. Rescataron al herido y se lo llevaron para el hospital, y rescataron a los ilesos, y rescataron con poleas la furgoneta del fondo del abismo, y la grúa se llevó para los patios el anudado amasijo de chatarra en que había quedado convertida, semejante a una hoja de papel arrugada con rabia o desconsuelo, y entonces fue claro para todo el mundo que el accidente se había visto venir desde hacía mucho tiempo.

Aurora nunca trató mal a Triana ni lo rechazó de manera inequívoca y allí precisamente había estado lo delicado del asunto. Me parecería a mí que en estas cosas es más sensato no andar jugando con sonrisas y chistecitos. Habría que ser más tajante, pues uno de enamorado no controla mucho la imaginación y cuando menos piensa está abrigando esperanzas absurdas. Ella coqueteaba un poco con Triana, pensaría yo, se mostraba imprudente, le sonreía, se ponía demasiado bonita cuando él llegaba. Y entonces él, arrastrado por la euforia, peligrosa siempre como la pólvora, se volvió audaz y agresivo en la carretera. Rebasaba carros de mayor cilindraje y mejor pique mientras bebía whisky con sus acompañantes, si los tenía, o bebía solo, y arrinconaba y casi hacía salir de la carretera vehículos más

pequeños o todavía más destartalados que el suyo, de modo que a la poca habilidad se sumó el alcohol, la audacia y la patanería, hasta que una noche, después de una de aquellas serenatas, decidió seguir tomando junto con dos de los músicos en una de las discotecas que hay a la salida para la capital, y de regreso se fueron por un barranco. Los mariachis sufrieron sólo rasguños, pero, igual que a Triana, fue necesario rescatarlos con lazos de los arbustos de los que habían quedado colgando. Ni siquiera perdieron los luminiscentes sombreros de charro, que, al traerlos ellos atados del cuello, se libraron de bajar despacio en la noche, como hojas de papel, a los abismos. En cambio Triana pasó un mes en cuidados intensivos y salió de muletas y con tornillos en los huesos de una pierna que nunca más se iba a flexionar como era debido, lo cual lo obligaría a hacerle una adaptación a los pedales de su nueva furgoneta, de modelo mucho más reciente, que ya no vendría con ganchos para bicicleta ni parecería furgoneta de inválido.

Por los días en que comenzaron las serenatas, me ocupaba sin éxito en acomodar más de veinte variedades de dalia en aquel jardín cada vez más oscuro. La pasión del librero era una distracción molesta. El genio se me dañaba y el sueño se espantaba del todo cuando, tarde en la noche, empezaban a sonar violines, trompetas y guitarrones. Para las dalias había que encontrar un sitio que recibiera al menos seis horas diarias de sol. Estas plantas se parecen a muchas matas silvestres en que no les gusta que las siembren en tierras enriquecidas o especiales, ni que las poden y les pongan ripio de corteza de árbol y demás refinamientos de la jardinería, pues se rebelan y se niegan a prosperar o se mueren. Tierra común y corriente, no muy abonada. Y lo más importante de todo: sol.

A un famoso jardinero le pidieron que renovara el patio interior de una casa situada en uno de los barrios más viejos de una de las ciudades más antiguas de Europa. Sus árboles tenían siglos, eran grandes y frondosos, y a la tierra casi no le llegaba el sol. Talarlos estaba descartado, y el jardinero consideró que podarlos era también una locura y además un irrespeto. Decidió entonces hacer un jardín tan umbroso como lo habían sido las selvas primigenias de la Tierra y sembró plantas que solamente necesitaban alguna claridad, algunos rayos de sol. En aquella penumbra los matices del verde se hicieron infinitos y se depuró

la luz, que provenía de los contados chorros de sol que caían sobre las muchas variedades de hiedra. Había sido cuestión de poner algunas plantas de otros tonos de verde y cambiar de sitio una o dos de las piedras más grandes, de modo que al caminar por los senderos fuera evidente que en aquel oscuro jardín de aquel continente tenebroso la luz lo era todo.

Me empeñé en formar mi colección de dalias. A diferencia del famoso jardinero, yo no había querido aceptar la realidad de que todo se había oscurecido demasiado y ya no quedaban sitios donde las dalias pudieran darse juntas. La terquedad y los jardines son incompatibles. Y aunque otra vez intuía yo que estaba equivocándome, dando tumbos, intentando lo imposible, no podía dejar de hacerlo. Desde niño había visto en casas campesinas pequeños grupos de dalias con flores de un solo color, amarillo, morado, anaranjado, y de dos colores, rojo con blanco o morado con blanco, casi siempre. Las matas se doblaban por el peso de las flores, cuyos colores, por lo intensos y abundantes, casi ni cabían en los ojos, y eran atadas con pita a las cercas de malla o de alambre de púas, o apuntaladas con varas de bambú o palos de escoba. En alguna parte, entre el pasto crecido y como elementos de un absurdo diseño de conjunto, podía verse un lavamanos o una taza de inodoro abandonados, y resultaba tentador pensar que palos de escoba e inodoros eran parte del secreto de semejante exuberancia. Y tal vez lo hayan sido, pues veía yo en los libros que nos conseguía Triana los ordenadísimos canteros de dalias de los jardines europeos, con las matas sujetas hábilmente a varas de plástico verde, para que el follaje de la mata misma las ocultara mejor y la gente creyera que se levantaban por sí solas de la tierra. Cultivadas así, las dalias perdían su caos y su magia y también mi interés. Para mí una dalia que no se vea caída o a punto de caerse por su propio peso o que no esté amarrada con fique a alguna cerca o a algún palo cualquiera clavado en la tierra es una mata medio falsa, mentirosa, producto de la hipocresía y, sin duda, menos bella.

Aurora no compartía mi opinión y no quiso empeñarse a fondo en el asunto. Los campesinos pobres de las fincas vecinas de la de sus padres las sujetaban precisamente de las cercas o las levantaban con los consabidos palos de escoba, casi siempre acompañadas de todo el desorden que a ella tanto le molestaba. En cambio Carmelita, sin decirle nada a nadie, recolectó los

bulbos de las plantas que no prosperaron en la poca luz del sitio donde los habíamos sembrado y terminaron por marchitarse, volvió a sembrarlos y apareció de pronto una pelotera de dalias a lo largo de la pared de la cocina, que pasaba buena parte del día llena de sol, logrando así, cuando y donde menos lo pensamos, todo el esplendor desordenado y multicolor que tanto me gustaba.

A ratos le tenía yo cariño a Carmelita, como ahora con el asunto de las dalias, a ratos la detestaba. Así ha sido desde siempre su relación con mi familia. Pertenezco a la tercera generación que le ha tenido cariño y se ha desesperado con ella. Carmelita no se detenía ante nada a la hora de desacreditar a Aurora y, de haber sido posible, le habría puesto zancadilla para que se cayera de cabeza por las escaleras. Como no era posible, pretendía ser amable con ella mientras le hacía una guerra oculta a la que Aurora respondía con el respeto impersonal que una persona de su edad le debe a alguien ya mayor, sea quien sea. Y así la desarmaba.

Por Carmelita me enteré de que el señor Ezequiel, mi anciano vecino, siempre callado y amable, debía por lo menos cuatro muertos. Asombroso, pues en él la dulzura de la ancianidad avanzada era auténtica y era mucha.

—En la cintura —informó Carmelita—, debajo del poncho, carga siempre una pistola. Ahí donde lo ve sentado lo que está haciendo es esperar a que vengan por él los familiares de los muertos y tal vez los muertos. Claro que en ese caso no le va a servir la pistolita.

Poco después por el señor Ezequiel mismo me enteré de que, en efecto, tenía revólver. Lo usaba para espantar a los ladrones de frutas, dijo, y no lo mantenía en la cintura sino dentro de la casa. Carmelita afirmaba que de vez en cuando, por las noches y seguramente cuando se asustaba, el señor Ezequiel disparaba al aire en rápida sucesión, tac-tac-tac-tac-tac-tac, los seis tiros del tambor. Aurora y yo no habíamos oído nunca los tales disparos y no creíamos que el anciano fuera persona demasiado fácil de asustar, pero me gustó la gracia que le puso Carmelita a los tac-tac y me sorprendió que supiera que los revólveres tenían tambor y que el tambor cargaba seis balas.

—Lo que pasa es que doña Carmelita escucha los disparos en

la televisión y piensa que es afuera —me dijo Aurora después en voz baja, casi por señas. El oído de Carmelita es finísimo y si no tenía encendida la televisión nos alcanzaba a oír y sobre todo a *escuchar* desde su cuarto.

Le gustaba la televisión y, no obstante lo fino de su oído, la ponía a volumen muy alto, de modo que le regalé unos audífonos, para que no me llegaran ni de lejos los diálogos de las telenovelas y las voces de los presentadores de noticias. Por la noche veía yo el resplandor de la televisión, que empalagaba con sus colores las paredes y hasta el aire mismo del cuarto de Carmelita, el más alejado hacia el lado de la ciudad, y sentía cierta repugnancia. También sentía alivio por verme libre de aquellos diálogos, de aquellas voces, de aquellas presencias. Las presentadoras, muy seguras de sí mismas e idénticas entre sí, fueran rubias o negras, eran muñecas ultrafemeninas hechas del mismo material sintético de las voces. Los presentadores hombres eran también intercambiables: hablaban todos con la misma entonación y tenían bastante de muñeco.

Carmelita sabe con quién está casado cada uno de los presentadores de noticias y cada uno de los actores de telenovela. Lee las revistas de chismes del jet set nacional, pero también a escala mundial sabe quién está casado con quién y conoce los nombres de conflictivos jóvenes nobles de minúsculos Estados europeos, príncipes y princesas con historial policivo internacional por cleptómanos, exhibicionistas o drogadictos, y que mueren en accidentes de carros deportivos o por sobredosis. Macroinformación, microinformación, la información toda, de vecindario, continental, mundial. La capacidad de Carmelita para asimilar datos es mucho mayor que la normal, de otra forma no se entendería cómo le alcanza el tiempo para cocinar mejor que bien y para criar además sus begonias espectaculares y sus lirios negros.

Por ella supimos que el yerno del señor Ezequiel había apuñalado dos veces a su mujer.

—Apuñalado y también macheteado, don Esteban, porque es un hampón que ha estado en la cárcel de La Estrella dos veces por abuso de menores, pero a la mujer no la quería matar sino nada más asustar, porque si la mata ¿a él quién lo mantiene? ¡Y con lo gordo que está! Claro que ella lo que se dice «menor», no es. Ella

es maestra de primaria y me parece que es mayor que él. Si viera lo educada y decente. No entiende uno cómo fue a casarse con semejante lacra. La machetea para mostrarle quién es el que manda y quién va a ser dueño de todo cuando falte el señor Ezequiel. Ella dice que nunca es con el filo sino a planazos, don Esteban. Le tiene miedo y lo defiende, vea usted.

—Vea usted.

—Pero ya el yerno se va a cuidar y no la va a machetear más.

—Qué bueno… ¿Por qué no la va a machetear más?

Carmelita explica que la última vez había alcanzado a cortarla, porque es todo torpe, pero que la mujer había ido a llorarle al papá, quien a su vez había ido adonde el yerno y le había dicho que si volvía a pegarle a su hija con el filo, lo mataba…

—No tiene motricidad fina.

—¿Cómo me dice?

Carmelita espera a que me explique y como no lo hago piensa un poco y amplía lo que el señor Ezequiel había dicho: «Si vuelve a tocarla, mejor dicho, sea con el filo o a planazos, vengo y acabo con usted», dijo Carmelita que le había dicho el anciano al delincuente obeso de su yerno. Y desde ese día ya nunca jamás le dio planazos, ni tampoco con el filo.

—La ofende de palabra, eso sí, don Esteban, viera las cosas que le dice, y algún estrujón le dará, claro, porque esa maña se les queda. Y no le deja templar peso del sueldo. Peso que le llega, peso que le quita, pero el machetico se mantiene ya en la funda.

—Qué vaina —digo. Aurora pasa sonriendo—. Qué bueno, mejor dicho.

—¡Cómo le parece! —dice Carmelita—. Cobarde que es. Porque el señor Ezequiel lo mata, si se llega a sobrepasar.

Lo cansaba a uno con tanta cosa. Habría sido bueno salir de ella o que trabajara sólo dos días a la semana. Yo sabía muy bien que ni lo uno ni lo otro había ocurrido en medio siglo y no iba a ocurrir ahora, y en ese momento me di cuenta de que aquello que me estaba cansando y de lo que sería bueno salir no era de Carmelita sino de la vida, o de la realidad, a la que ella servía de médium para comunicar sus fluctuaciones, con inclinación a pormenorizar los horrores y a dejar por fuera los momentos

buenos.

—Le puede pegar, pero poquito —dije, y Aurora otra vez sonrió desde lejos.

Aurora pasaba los días contenta. Los muertos bajaban muy rara vez ahora por el río y, cuando pasaba alguno, Carmelita nos informaba al detalle. Nosotros no volvimos a verlos, a pesar de que seguíamos paseando en lanchas de alquiler por los dos ríos. Íbamos con alguna frecuencia a la popular Isla del Sol, a una hora de navegación río abajo, donde, en puestos que funcionaban desde hacía más de cien años, freían pescado con plátano para los turistas. La gente consumía los peces como si vinieran de aguas puras y al parecer no les hacían daño, tal vez porque muchos los pasaban con aguardiente. Aurora y yo nos limitábamos a la ensalada de repollo, tomate y cebolla, al arroz con coco y a los plátanos verdes fritos, pero yo era de la opinión de que el aceite en el que freían los plátanos era más tóxico que el mismo pescado, por lo poco que lo renovaban.

—Es el aceite del fin del mundo. El Mazola del Apocalipsis. Si vamos a comer patacones, bien podríamos también comer pescado, ¿no te parece?

No le parecía.

Los cormoranes, negros, hidrodinámicos, de ojos verdes, al mismo tiempo opacos y vivaces, con algo de nutria, de pato, de pez, de ganso, de pingüino, desaparecían en las aguas turbias del gran río y reaparecían muchos minutos después y cien metros más lejos con cosas en el pico, vivas al parecer, e informes, que no lográbamos identificar y que los cormoranes se tragaban de un solo golpe.

Aunque nadie sabía con seguridad si éramos pareja, la gente tendía a pensar que lo éramos, pues nos veían juntos y hablando siempre, día tras día. Ni siquiera Carmelita lo sabía. Veía salir a Aurora muy tarde de mi cuarto, pero como encontraba por la mañana sobre mi escritorio las fotos de plantas o de jardines que habíamos impreso durante la noche, no podía estar segura de nada. Me parece que tendía a creer que éramos amantes, pero ni Aurora, en extremo reservada para sus asuntos personales, ni tampoco yo teníamos ningún interés en sacarla de la duda.

Aurora se había convertido ya en parte del jardín, que empezaba a parecérsele. Para mi gusto los humanos alcanzan

toda su belleza física por allá por los treinta y cinco, cuarenta años de edad, cuando logran la máxima serenidad y el máximo vigor sin que la piel haya comenzado a arrugarse ni los dientes a ponerse amarillos. Y era esa belleza suya la que veía yo presente ahora en las orquídeas y en las suculentas, de las cuales era muy aficionada, y también, y muy especialmente, en la manera de usar las enredaderas para darles aparente profundidad a ciertos rincones que no la tenían, así como en su forma de crear audaces contrastes de luz y color entre plantas de diferentes especies.

Nadie iba a saber nunca lo mucho que me dolía o me dejaba indiferente la amistad, si era amistad, de ella con Javier Aguirre, especialmente, pero también con Triana, el librero —de hacerles caso a las insinuaciones de Carmelita—, y a veces incluso con Misael, siempre tan respetuoso. Todo aquello me movía el piso, dejándome ver un mundo feo en el que la gente se burlaba de mi ingenuidad de anciano, para no nombrarlo de modo aún más denigrante, e incluso me compadecía. Dos o tres hechos más o menos sólidos me bastaban a mí para formar laberintos, verdades falsas que me abrían infiernos, ellos sí verdaderos, muy difíciles de cerrar y olvidar.

Aun suponiendo que las insinuaciones de Carmelita fueran ciertas, y estoy seguro de que no lo eran, Aurora habría estado en su derecho. Yo no tenía ninguno y la gente iba a hablar de todas maneras. Lo importante era no perder el centro. No dejarse desconcertar por situaciones que nada tenían que ver con mi trabajo. Y lo cierto era que yo nunca habría podido avanzar tanto con el jardín en tan pocos años si no hubiera sido porque ella había tenido la capacidad de ver lo que yo intentaba hacer y me hacía posible lograrlo.

El caracol

Su padre nos asesoraba, y hermanos, tíos, sobrinos, cuñados, padres de los cuñados y amigos de cualquiera de los anteriores nos daban también sus opiniones y consejos cuando llegaban de visita o ella los llamaba para consultarles.

Además del señor don Tobías, también nos visitaba con frecuencia la última bisnieta, Escarlet. De escasos tres años, sus padres, aún muy jóvenes, se la llevaban a Aurora cuando salían a sus caminatas de varios días, y ella se sentía siempre contenta de recibirla. También yo disfrutaba de tener a la niña en mi casa, aunque no le hablara demasiado ni me ocupara mucho de ella. Le sonreía y Escarlet me sonreía, y ese era todo el vínculo que había entre nosotros. Nos caíamos bien. «¿*Escargot*?», pregunté cuando supe del nombre. Aurora celebró el chiste y a través de ella les llegó a todos en la familia. También les gustó a varios de los sobrinos, dos estudiaban Filología, y así quedó para ellos la niña, que era muy bonita y de pelo ensortijado y ojos claros como los de la tía, tanto que en ella esta especie de apodo, fuera Escargot o Caracolito, era un adorno.

El señor Tobías, después de sus exámenes médicos en la capital, se quedaba algunos días con nosotros. La mala circulación seguía molestándolo y había vuelto a causarle arriba del tobillo una herida o llaga que no quería sanar y más bien siguió creciendo durante aquellos meses. Para controlarla y evitar infecciones, pues a su edad existía siempre el riesgo de gangrena, era necesario hacerle curaciones diarias. Todas las tardes la bella Aurora, con gasas, pomadas y una ponchera de agua le hacía la curación a su muy anciano padre en una de las bancas de piedra, bajo los dos grandes ficus, entre los agapantos. Y si estaba Escarlet, parecían tres versiones de una misma persona.

La familia toda se mantenía pendiente del estado de la lesión del padre. Cuando viajaba a las revisiones, los teléfonos celulares sonaban por todo el país. Se dejaban mensajes —«el médico dijo que…», «él está bien de ánimo, pero la piernita no le progresa…»,

«en un mes tiene la cita»— o se comentaban los pormenores de la visita y aprovechaban para contar lo de la sobrina que se iba a casar o a separar, o lo de la que había sido admitida a Agronomía en la Universidad Nacional, o lo del sobrino testigo de Jehová, que estaba muy cansón, decían, pues se había hecho pastor y quería convertir en testigo de Jehová todo aquello que se moviera o se estuviera quieto. Vivían en distintas ciudades, fincas y pueblos, pero con los teléfonos celulares la familia se desplazaba toda junta por la vida y por la muerte, como en un trasatlántico.

Cada dos o tres meses Aurora me anunciaba que iba a visitar a sus padres y, sin esperar mucho, al día siguiente, Misael la llevaba a la capital. En cuadernos escolares rayados que comprábamos para eso, tomaba notas en el camino sobre las historias del taxista. Desde hacía años yo venía registrándolas en las mismas tarjetas amarillas que usé en mis ya remotas actividades universitarias, pues me daba lástima que se me perdieran, y le había pedido el favor a Aurora de que les prestara atención y me las contara. Ella resolvió usar los cuadernos. En la capital tomaba un bus para el norte del país, donde vivían sus padres y muchos de sus hermanos y sobrinos, y durante el viaje estudiaba las notas. Después pondría unas estrellitas de separación y escribiría las historias. Yo numeraba y ponía en la biblioteca los cuadernos ya terminados. Los textos de mis tarjetas eran telegráficos; los de los cuadernos, piezas completas y redondas hasta donde fuera posible con la forma de contar de Misael. Me gustaba la claridad de la letra, grande, amplia, un poco flotante, y sobre todo la claridad del estilo. Al no tener vanidades literarias, en las transcripciones no había enredos que distrajeran al lector, y aquello que se quería transmitir aparecía en un grado alto de limpieza, sin las vueltas que algún escritor ambiciosillo o el mismo Misael habrían podido agregarle.

A ella le cuenta la historia sobre el excompañero suyo aficionado a las peceras.

Un compañero de Misael se aficionó a las peceras. Eso era antes, cuando el taxista vivía en la capital y trabajaba como escolta de un político. Su compañero, también escolta, había empezado con la pecera que le regaló de cumpleaños a su hijo y que traía cuatro de aquellos peces rojos que, por las colas largas y la elegancia de movimientos, se conocen como bailarinas. Tienen

colas largas, no se lo voy a negar, pero ojos como de sapo, señora Aurora, dijo Misael, parecen sapitos rojos. Bonitos sí, pero de lejos. En fin. El hombre le compró todos los utensilios a la pecera, oxigenadores de burbujas, le compró de esos peces que se pegan a los vidrios y los limpian, le compró un bucito con sus dos tanques a la espalda. Y el niño se debía lavar las manos si quería cambiar de sitio el buzo o el cofre del tesoro, por ejemplo, o sacar los caracoles para mirarlos, o despegar los peces del vidrio, o ponerse las bailarinas en la palma para que boquearan un rato, y volver a ponerlas en el agua hasta que veía que no estaban muertas y nadaban otra vez como si nada. Después de recibir dos o tres regaños grandes del papá, que siguió comprando peces hasta que ya no cupieron más en el tanque, el niño perdió todo interés. Las bailarinas medio ondulaban todavía, o tal vez medio se asfixiaban, en el apretuje de peces. Entonces el amigo de Misael compró una pecera más grande y ahora no le caben las peceras en la casa, doña Aurora. Un día de estos vamos, para que las vea, si quiere. Es en el barrio Restrepo. El hombre ha hecho préstamos bancarios para equipos de peceras de agua salada, y en la sala tiene una de pared a pared, donde hay tiburones de los chiquitos y una mantarraya. Su casa parece un almacén de pescados y peceras, y uno se extraña de que su señora no lo haya dejado todavía.

Hasta ahí llegaba la historia. Los cuentos del taxista a veces parecían acabar de manera abrupta, no donde naturalmente los terminaría cualquier otra persona, sino donde Misael consideraba que se causaba mayor impacto o inquietud en quienes los oyeran. O quedaban truncos, por supuesto, cuando el pasajero pagaba y se bajaba. El taxista transportaba a las personas que venían a visitarme, mucho más numerosas ahora que durante los años de reclusión en el apartamento. De Inglaterra llegaba mi hija con su familia; de la capital, algunos de mis hermanos; Lucía y Paulamejía, cuando menos las esperaba, y cada año, cada dos años, Carlitos y Jaime, excolegas a quienes yo apreciaba especialmente y que siempre estaban juntos, para exasperación de sus respectivas mujeres:

—Parecemos Laurel y Hardy.

—Tola y Maruja.

—El doctor Jekyll y míster Hyde.

—Garzón y Collazos.

—Ortega y Gasset.

—Qué pendejo eres.

Victoria, mi exmujer, no me había visitado todavía y no lo iba a hacer, si yo podía evitarlo. Nos entendíamos bien por teléfono y por correo electrónico, pero no nos aguantábamos en persona, y durante nuestro matrimonio de diez años sólo hubo dos maneras posibles de estar nosotros en presencia el uno del otro: peleando o teniendo relaciones sexuales. Victoria me había pedido varias veces que la invitara a conocer el jardín, pero yo encontraba siempre la manera de no hacerlo y ella sabía muy bien por qué: a mi edad ya no quería ni pelear ni tener relaciones sexuales, por bonita figura que ella aún tuviera, mientras que a Victoria le encantaban todavía las dos actividades, pelear tal vez más que la otra. Y seguramente le causaban gracia las maromas que me veía obligado a hacer para negarme sin parecer irrespetuoso ni descortés.

De Nueva York venía Jorge Junca cada dos años o algo así, y anunciaba su visita por lo menos con seis meses de antelación, para que yo me fuera resignando, decía, y preparando.

La araucaria

Las opiniones de Jorge sobre mi jardín no venían de la nada. En su terraza de la Calle Siete y Avenida B, Bajo Manhattan, había creado un jardín en miniatura de seis metros por tres que era casi una obra de joyería y tenía influencia de los pesebres o nacimientos que de niño hacían en un cuarto completo de la finca lechera de su familia en las grandes y fértiles montañas del sur del país. Las plantas de su jardín no eran bonsáis. Eran matas pequeñas que, puestas en un paisaje que sugiriera, por ejemplo, la existencia de pinos, lo parecían. Para el caso en particular de los pinos usaba cierta variedad de perejil. El perejil no pasaba por pino, como si estuviera tratando de suplantarlo y engañarnos, imposible, sino que el perejil *hacía de* pino, de la misma forma como un actor infantil podría hacer de Ricardo III o de Fernán Gómez de Guzmán. Cierta planta que Jorge conseguía en el terreno de una edificación en ruinas del entonces muy descuidado East River Park hacía de acacias florecidas. Al frente del jardín estaba el zabutón cuadrado, negro; sobre este, el cojín redondo de meditación, verde oscuro, casi negro, y sobre los dos cojines estaba Junca en flor de loto, cabeza grande, ojos verde claro, a ratos medio iluminados o alucinados, a ratos medio angustiados. Frente a él, oculto entre las flores y tan presente en su bosque como lo estaba el monje gordo en mi selva, un buda de diez centímetros de alto, en extremo femenino, casi un buda mujer, daba serenidad y alegría a su meditación y le ayudaba a controlar los fuertes cambios de ánimo.

Jorge llegó poco después de que abrieran las primeras dalias de Carmelita, color amarillo limón, muy luminosas. Las combinadas de morado y blanco, las anaranjadas, las de color morado oscuro y las rojas apenas empezaban a abrir. Vino en el taxi de Misael, por supuesto, que le habló desde que lo recogió en el aeropuerto —historia de un capitán del ejército que tenía una perra— hasta que se bajaron frente al portón de mi casa. Yo estaba pendiente de su llegada y abrí antes de que tocaran.

Un capitán del ejército tenía una perra. Era dóberman y poco inteligente. El ya difunto capitán vivía en una de las casitas para oficiales que hay en el batallón Voltígeros, cerca de la desembocadura del río, y era soltero. Misael acostumbraba llevarlo a la capital, donde vivía la madre acompañada de sus otros dos hijos, también solteros. Antes de salir, el capitán dejaba la perra, ya difunta como él, a cargo de un soldado siempre diferente, pues no era amado por su tropa, y si se la dejaba a un mismo soldado, este terminaría por torturarla, ya que aprendería a conocerla y a hacerlo sin que se notara, de eso estaba seguro el capitán, que tenía mucha experiencia en el manejo de soldados y alguna en materia de torturas. Misael pensaba que el animal era minusválido. «Era *especial* la perrita», dijo. Entonces llegaron a mi casa, abrí el portón y la historia quedó en suspenso. Junca lo prefirió así y no le pidió a Misael que la terminara, días después, de regreso al aeropuerto. Tampoco yo. El horror nos había llegado con toda su fuerza y el resto sobraba.

—Algo pasó aquí —dijo Jorge, caminando ya por el sendero —. Esto se puso grande.

—Nos quedó grande, tal vez.

—No. Se les profundizó.

Era la primera vez que usaba el plural, para incluir a Aurora, que trató de disimular la alegría ante el comentario, pues él no le simpatizaba demasiado. Y hasta ahí todo estuvo bien. Al día siguiente Jorge empezó a criticar a derecha e izquierda mientras caminaba con nosotros otra vez por el sendero. Dejar crecer todo hasta que el mundo se ponga oscuro es fácil, dijo. Es la oscuridad donde todos los gatos son pardos. Lo difícil es la diferenciación y esa solamente se logra con el manejo de la sombra y de la luz, o se te vuelve todo como la gran noche única, y todavía no estamos para eso. Hay que controlar el ojo de poeta, por ejemplo, y no como lo tenés allí, que parece embellecer el pino en el que está enredado, dijo, pero en realidad lo está ahogando. Estuve a punto de decirle que a mí no me gustaban los pinos y que por eso estaba dejando que la enredadera lo ahogara, pero no tenía sentido engañarme ni engañarlo.

—No es pino —dije—. Es araucaria.

—Razón de más.

Razón de más, pensé. Me gustaban las araucarias, y la verdad

era que el ojo de poeta, espectacular y todo lo que se quisiera, iba a acabar con ella, pero había algo en la forma como él decía las cosas que me irritó aquella vez. No porque fuera acertado, sino porque *sabía* que lo era… No, no. No era eso tampoco. No siempre acertaba y nunca alardeaba de hacerlo. Me molestó que criticara mi trabajo, así de sencillo. Yo había estado convencido de que había sido un gran acierto dejar que el ojo de poeta se trepara y ramificara en la araucaria, pero con eso en realidad se estaba creando una masa informe. Molestaba saberlo. No aprendemos, no.

Si buscábamos que aquello pareciera un jardín retomado por la vegetación, por la naturaleza, la dificultad mayor consistía en evitar que pareciera un jardín en verdad abandonado, dijo. Era la cuadratura del círculo. Para que existiera jardín, cada mata tenía que estar bajo control y comportarse exactamente como nosotros queríamos que lo hiciera. Y para que estuviera en las etapas iniciales o intermedias de un jardín abandonado habría sido necesario medir con exactitud ese control y permitir que las matas avanzaran sólo hasta cierto punto, sin llegar a anularse las unas a las otras. De modo que cuando viniera alguien, un visitante, y mirara lo que allí había, se rascara la cabeza y concluyera diciendo «¡es muy raro este jardín!» o «¡qué sitio más raro es este!» y no «¡qué abandono tan hijueputa!», dijo. Si lo primero ocurría y el intrigado visitante volvía a recorrer el sendero sin perder el gesto de desconcierto, todo iba por buen camino.

A Aurora no le gustaba el lenguaje fuerte y tal vez por eso Junca, que lo usaba con alguna frecuencia, no le simpatizaba. Yo creía conocer, por intuición, ya que nunca tocamos a fondo el tema, su opinión sobre ella. Me parece que Jorge pensaba que era una oportunista y que estaba conmigo por interés. Nunca lo dijo con toda franqueza, por no ofenderme. Al llegar a este punto en mis suposiciones empezaba yo a argumentar mentalmente contra una opinión que quizás él ni siquiera tenía. *A ver, ¿y cuál podría ser el interés de esta mujer? Tiene su sueldo y tiene techo. Si eso es ser interesado, entonces todo el mundo que trabaja y vive de su trabajo lo es*. Y alcanzaba a sulfurarme por ahí, solo, debajo de un árbol o sentado en alguna de las bancas.

—Lo que ustedes quieren es imposible o poco menos —nos

dijo, ya para terminar su evaluación—. Pero pienso que disfrutan intentándolo y eso es lo que importa.

Me miré con atención la punta de los zapatos y pensé que no era eso lo que importaba, no. No quería de ninguna manera que me consolaran ni que me dijeran que el mío había sido un buen intento y me palmotearan la espalda. Sonó la puerta de la calle.

—Ve tú a saber… Tocan —dije, malhumorado—. ¡Carmelita, tocan, tocan, tocan a la puerta!

Era Triana. Su llegada me ayudó a disimular la molestia por los comentarios de Jorge. Hacía ya algunas semanas que al librero lo habían dado de alta del hospital regional, del que había salido con la pierna aquella que no se doblaba y un exceso de orgullo por lo que acababa de vivir y por lo que pensaba vivir a partir de entonces. No hubo más serenatas. Tardó en visitarnos después de salir del hospital, y nos trajo, además de los libros de literatura, uno que se llamaba *La educación del jardinero*, con pocas fotos y mucho texto de buena calidad. Entró de gafas oscuras y oliendo a Tic Tac de menta, como si estuviera de resaca o borracho.

—Pérdida total —dijo, sin preámbulos.

—¿Cómo?

—El carrito, pérdida total. De milagro no nos matamos todos.

—Qué vaina.

—El seguro lo cubre.

—Qué bien —dije, único comentario posible con relación a lo del seguro.

—Qué bueno, ¿cierto? —comentó Carmelita—. ¿Y ustedes quieren café?

—¿No tendrás por ahí una cervecita bien fría, mejor? —dijo Triana. Tuteaba con paternalismo a las personas de clase social más baja, como los médicos al resto de la humanidad. Para ellos, los médicos, así sientan lástima, el civil, el paciente, el resto de la humanidad, al estar en condición inferior por la enfermedad *es* de condición inferior. Es la gente que se enferma y se accidenta y se aterroriza y muchas veces no tiene cómo pagarles ni comprar medicamentos, que con frecuencia ellos mismos deben suministrarles.

El accidente y la larga convalecencia lo habían cambiado para

bien, en mi opinión, aunque no dejaba de inquietar su consumo cada vez mayor de alcohol. La timidez se le notaba menos y desaparecía definitivamente cuando estaba con tragos. Demasiado tarde, pensé. Ya para qué. Su amor por Aurora había sufrido pérdida total, como la furgoneta, y ni siquiera parecía acordarse de que alguna vez lo había sentido. Ella le preguntó que si también se había golpeado en el pecho, del lado del corazón. Bueno, pues me di un golpecito en la cabeza que me despejó bastante, contestó.

—Una concusión cerebral mayor —dije, por decir algo, y se produjo un corto silencio. Jorge aprovechó para encargar varios libros en español difíciles de conseguir en Estados Unidos.

El amor de Triana por los libros y su profesionalismo habían salido ilesos del accidente. No existía libro que tarde o temprano no encontrara, y sabía aconsejar los mejores sobre cualquier tema. *La educación del jardinero* es un clásico, dijo, y también *La vida secreta de los árboles*. Hablamos entonces de las araucarias y dijo que si bien mucha gente pensaba que eran pinos, su relación con los verdaderos pinos del género *Pinus* era muy lejana. La que nosotros teníamos seguramente era *Araucaria heterophylla*, que aguantaba mejor el clima caliente, dijo, pero en ningún momento mostró interés en salir a mirar el árbol ya libre del abrazo mortal del ojo de poeta, a pesar de que estaba a menos de veinte metros del sillón donde se tomaba la cerveza que le había traído Carmelita. Hay araucarias en todo el mundo, dijo, e incluso existe una *Araucaria nihongii*, de Japón, pero la mayoría de las especies se encuentra en el archipiélago de Nueva Caledonia. Ciertamente estaba un poco bebido, pues exclamó de repente: «¡Tantos árboles que hay!».

—Se está echando agua de Colonia y tiene las uñas arregladas —me dijo Aurora cuando se fue Triana—. Esa Diana, la del bar, lo está cuidando bien. Y así, bien organizado, es hasta atractivo. Tiene ojos grandes y bonitos, y es de lo más atento con las mujeres. No dice malas palabras, pero Carmelita cuenta que está tomando mucho… Lástima la caja.

—¿Cuál Diana, Aurora, por Dios, de cuál bar? ¿Cuál caja? —pregunté.

Que las serenatas eran ahora para una tal Diana, dijo. Ya no tomaba con mariachis sino con tríos y duetos de boleristas y

también con boleristas solos, y Carmelita se había enterado de que se la pasaba todo el santo día en el bar Cruz de Olvido. Diana había trabajado allí desde hacía muchos años y acababa de comprar parte del negocio o tal vez todo. Triana se iba a vivir muy pronto a la casa de ella, que estaba por los lados del Parque Santander, casi llegando a la terminal de transporte, y Carmelita dijo que era grande y estaba llena de lujos.

—Ajá —digo yo, todavía confundido…

—La caja de dientes, bobo —dice ella, y quedo más confundido todavía.

Pregunto que si Diana es grande o es la caja la grande.

—La casa, la casa. Que es parecida a mí, pero más morena. Eso dice Carmelita.

Ya voy entendiendo. Para no quedar como un lento pregunto que si la casa es morena, y ella dice:

—¡Dia-na!

Volvió Junca al comedor y hablamos de lo de siempre. Se iba en un par de días, pero antes le gustaría tocar un poco más a fondo el tema del jardín, dijo. Era su opinión, siguió diciendo después de pensar un momento la mejor manera de plantearlo…, era su opinión que estábamos logrando crear un sitio en donde uno podía escapar de la ciudad, pero en la ciudad misma, sin necesidad de salir, es decir, sin perderla. La comodidad en la incomodidad, como dicen los yoguis. Allí estaba mucho de su encanto. También nos elogió por haber acabado con los rincones desabridos. Eso era lo que él más temía, en materia de jardines y en todo lo demás de la vida. Tampoco teníamos rincones tristes, aunque sí solitarios y melancólicos. «Bien que se padece y mal que se disfruta», dijo, citando la definición de *saudade* de un poeta portugués. Sin esa melancolía la vida sería solamente triste. Y sin refugiarse de vez en cuando en la soledad de la naturaleza libre de otros seres humanos, refugio en el cual se manifestaría algo así como la *saudade* de Robinson Crusoe, uno terminaría asfixiándose por el exceso de gente. El jardín de dalias era esplendoroso, dijo. Parecía tener el centro en todas partes y la circunferencia en ninguna. El jardín en su conjunto estaba inconcluso, sin embargo, y él no sabría decirnos qué estaba faltando para que por fin tomara forma. Cuando regresara en dos o tres años ya habríamos al menos empezado el proyecto del

acueducto de piedra. Tal vez era eso. Tal vez se trataba de que a un sitio como este le faltaba una mayor presencia del agua. La que bajaba por el acueductico de bambú no era suficiente… O será que todos están inconclusos, dijo entonces. El de su terraza de Nueva York también lo estaba, para qué se iba a poner él a presumir.

Que el de Versalles estaba concluso, dije.

—Se ensañó, vea pues, con el pobre Versalles —dijo Aurora—. No sé qué le ve de malo. Lo que es a mí me gusta.

—Feo no es, doña Aurora —dijo Jorge—. Difícil que unos naranjos sean feos. Pero es demasiado ordenado. Cuadriculado.

Le decía «doña» para expresar afecto, no para burlarse, cosa que yo había tenido que explicarle, sin lograr convencerla. «La verdad es que me da igual cómo me llame», dijo.

Jorge estaba aún con nosotros cuando el señor Ezequiel sufrió un infarto, el primero, y pasó mucho tiempo entre la vida y la muerte en el hospital regional. Como su yerno pensaba que estaba ya del lado de la muerte, se apresuró a tomar posesión de la que consideraba su finca, y lo primero que hizo fue contratar un aserrador con motosierra, que tumbó y vendió los árboles maderables; lo segundo, podarles a mis acacias todas las ramas que cruzaban el lindero.

Ese era, por definición, el problema de tener vecinos, dijo Jorge. Parecería que donde termina lo de uno empieza lo del otro, pero nadie en el mundo real sabe bien dónde está esa frontera, ese lindero, ni siquiera la ley. Pájaros, luz y aire son comunes, pero pocos en sus cabales lo mencionarían en un juzgado. Y los conflictos por el agua han venido causando asesinatos, algunos muy crueles, desde que existe la propiedad privada y tal vez desde que existe el ser humano. El daño de las acacias había sido grande e iba a tomar tiempo arreglarlo, pero siempre se aprende algo. Las ramas que daban para el otro predio hacían parte del jardín. No hay jardín cerrado. Ninguno lo es, dijo Jorge. Lo de afuera entra por muchos lugares, lo de adentro sale, y en el diseño hay que prever aquella filtración, aquel flujo, de modo que después no desequilibre y ponga en peligro el conjunto. Para que el asunto dure —sea el asunto un jardín, los manglares, las personas o cualquier otro organismo—, el interior debe contener el exterior y equilibrarlo.

Lo de las acacias había ocurrido mientras estábamos en la capital mirando antejardines. Yo había preparado una lista con los que más me gustaban, y quería recorrerlos con Aurora y Jorge. Al visitar los barrios populares vimos que el balcón de la casa donde había estado el de pitayas había desaparecido junto con sus pitayas al ser integrado a la habitación principal. No lejos de allí, y compensando hasta cierto punto la pérdida, encontramos uno casi tan audaz como aquel, compuesto con sábila, caléndula, anís y otras plantas medicinales o de uso doméstico que formaban un patrón de círculos y estrellas según colores, formas y texturas.

En los antejardines de las zonas populares sembraban dalias, rosas o gladiolos de tonos tan intensos como los artificiales. Abundaban los hongos coloridos, los gnomos —«enanos» para la gente del país, poco versada en el tema—, los niños negros pescando, los burritos también coloridos cargados de canastos, las aves zancudas y las mujeres con cántaros. En algunos la distribución de estos elementos era producto evidente de la inspiración y de la espiritualidad. El concepto de mal gusto era bobo aplicado a semejante muestra de talento. Habría sido como acusar de mal gusto o ser de medio pelo a Arcimboldo o a Frida Kahlo. El mal gusto aparecía cuando los jardines, y esos, desgraciadamente, formaban la mayoría, eran imitación de otros, cuando no había cariño, cuando las plantas estaban mal cuidadas, varudas y medio secas, o aporcadas y desyerbadas como a regañadientes, y los enanos y hongos estaban sucios o despicados y habían sido puestos allí de cualquier modo.

Unos jardineros imitan a otros, y encontrar la originalidad es difícil, dijo Jorge, quien, al mirar después los antejardines de los barrios de clase alta, notó que en ellos se había puesto de moda, como recurso para crear la ilusión de fertilidad tropical, la combinación del helecho arbóreo con otras variedades de helechos de menor tamaño, con hiedras y con acantos. La mayoría de estos antejardines se hacían así idénticos los unos a los otros y perdían la gracia. Claro que si uno los miraba bien era capaz de distinguir los originales de las copias, dijo Jorge. Mismos acantos, mismos helechos arbóreos, mismos helechos de menor tamaño, mismas hiedras, pero en unos se lograba lo que se buscaba —tocar el espíritu, tal vez— y en otros nada se buscaba, sólo se imitaba, nada se lograba.

Nos quedamos dos días en la capital y, cuando volvimos, el daño de las acacias ya estaba hecho.

La mula

El señor Ezequiel se había mantenido muy sano hasta entonces, a pesar de la edad, y tuvo la suerte de que su hija fuera a visitarlo el día que se presentaron los síntomas del infarto. Almorzaron y se quejó de dolor de brazo y mareo. Náusea, vómito. La hija corrió con él para el hospital. Le hicieron cirugía a corazón abierto y cuando se miró el pecho en la primera curación dijo que había quedado más cosido que balón de fútbol.

Los médicos no dieron muchas esperanzas. Lo más probable es que no pase de algunas semanas, dijeron. Y en el mes que duró la hospitalización, el machete del yerno y la motosierra del aserrador alcanzaron a hacer desastres, entre ellos el de las acacias, que tres veces al año cubrían de amarillo el suelo a los dos lados del lindero, y la tala de dos grandes árboles que cada noviembre habían tapizado de azul los patios empedrados de la casa del señor Ezequiel desde hacía por lo menos medio siglo. Era como si el yerno odiara los árboles de flor o como si al cortar los gualandayes se estuviera desquitando del suegro por no haberle permitido seguir macheteando a la hija y, al podar las acacias, desquitándose de mí porque no le había prestado demasiada atención las pocas veces que nos habíamos encontrado, y tal vez pensaba, en lo cual tendría razón, que yo lo despreciaba.

La época de la florescencia de las acacias había sido, para mi gusto, la más bella del jardín, pues se hacía presente hasta en el más oscuro de sus rincones. Y el machete del yerno había mutilado todo. Un poco menos de la mitad de cada árbol quedó muriéndose, lleno de color, al pie del lindero, donde nos quedamos los tres, pasmados por el desastre. Llamé a gritos y el tipo no contestó. Entonces Jorge y yo fuimos a su casa y nos pareció que estaba por ahí, escondido en el baño, en algún clóset o en algún matorral de la finca, y quería hacernos creer que no había nadie.

—¿Y qué le ibas a decir, Esteban? —dijo Aurora—. El vecino tiene derecho a cortar las ramas que queden del otro lado. Así es

como es.

—Sí, pero no el tipo ese, sino el señor Ezequiel. El yerno es un hampón, un molestador de niños.

Como si se hubiera desplomado una de las paredes de alguna iglesia, el cambio en la luz alcanzó a causar desequilibrio general. Yo habría preferido que los árboles hubieran desaparecido del todo a tener en mi jardín una hilera de medios árboles. En un arranque de tristeza tomé la decisión de hacerlos talar, pero Aurora y Jorge me disuadieron. Le pedí a Misael que averiguara tanto como pudiera sobre el yerno, y dos días después me informó que el hombre había estado preso tres veces en la cárcel de La Estrella, una por narcotráfico y dos por abuso de menores. Ahora estaba en libertad condicional y tenía que cuidarse si no quería templar otra vez en la cárcel. Había sido mulero, dijo Misael, antes de volverse abusador de niños, y ahora vivía de su mujer. Era un mantenido y aparte de eso nadie le iba a dar trabajo, por expresidiario, suponiendo que buscara.

—Yo pensaba que no quedaban arrieros.

—Chofer de tractomula de seis ejes y veinticuatro llantas, don Esteban. «Muleros», los llaman. Arrieros de mulas ya no quedan, creo yo. ¡Si a duras penas quedan mulas! A propósito, están vendiendo una mulita baya, de patas blancas, si viera la belleza. Tan chiquita como una moto. Y no es cara. ¿Le interesa, don Esteban?

La respuesta era fácil. Claro que me interesaba, cómo no me iba a interesar, pero eso no se lo podía decir, para no comprometerme, así que nada dije.

—Yo estoy que me la compro —dijo el taxista—. La puedo mantener en el patio de ropas.

Contó que cierta vez un señor había diseñado su nueva casa para compartirla con un caballo de pintas blancas y cafés que había comprado dos años atrás y con el cual se había encariñado. En un patio central estaba el comedero y el bebedero del caballo, y a un lado, como decir a dos metros, y ya bajo techo, el comedor de la familia. El caballo dormía en el patio central, parado, como hacen los caballos, y desde los cuartos se oían las herraduras contra el empedrado cuando cambiaba de postura o salía de la casa a orinar y demás necesidades en el pastizal que había al frente. Prefería no hacerlas en el patio donde comía y dormía,

dijo Misael, porque allí estaba también el comedor de la familia. Es decir, por respeto. Hasta que un día, mientras caminaba solo por un potrero de la finca, pues él iba y venía por todos lados como una persona, pasó por debajo de un árbol donde había un panal y lo mataron las abejas. Pero no se murió rápido, don Esteban, no vaya a creer…

—¡Aló, aló, aló! —grita entonces y levanta un dedo, como pidiéndome permiso de recibir la llamada de otro cliente. Misael siempre va de prisa y la expresa rápido y varias veces—. ¡Me voy, me voy, me voy! Piense lo de la mulita —dice mientras enciende el motor de explosión de su taxi—. Este gordo gracioso de pronto le alquila un lote de la finca, y así usted puede tenerla. O la viuda se lo alquila cuando a él lo maten, que de seguro es eso lo que le va a pasar muy rápido. ¡Si viera la cantidad de enemigos que tiene! ¡Me voy, me voy!

Antes de regresar a Nueva York, Jorge me aconseja mantener la calma con el asunto del yerno. Mientras el anciano viva es mejor no denunciar a las autoridades la tala de árboles, pues el lío no le va a caer al yerno sino a él. Y si muere, también es mejor evitar hacerlo, para no ganarse de enemigo a un expresidiario. Puede que ni peligroso sea. Casi siempre la gente como él es buchipluma na' ma', y un molestador de menores es cobarde por definición, pero no hay para qué ponerse a averiguarlo. No tiene sentido arriesgarse. Es poco lo que pueden hacer las autoridades ambientales, triste es reconocerlo, pues el presupuesto les alcanza a duras penas para ocuparse de las demandas grandes y no tienen cómo hacer cumplir la ley en casos menores, como la tala de dos gualandayes, por florecidos que hayan estado, y de unos cuantos cedros y nogales.

Se va Jorge y se inicia el lento y difícil proceso de la poda de árboles. Es necesario aumentar la iluminación en el interior del jardín, ya que el repentino aumento de luz que se produce en el exterior, al cambiarnos la luminosidad, cambia el jardín todo. Me duele podar ramas sanas y armoniosas, a veces cargadas de frutos o de flores, pero es necesario equilibrarlo y de paso lograr que los arbustos y las matas pequeñas, abajo, crezcan mejor, y que el jardín se enriquezca con nuevas formas y texturas.

Armado de machete y de un lazo largo, Álex empieza a podar las ramas que Aurora y yo, después de deliberar un rato, vamos

señalándole. Al principio nos quedamos muy atentos cada vez que va a podar alguna, y hacemos advertencias y damos instrucciones, preocupados de que en su caída vaya a dañar las matas de abajo.

—Yo conozco este trabajo, don Esteban. Estense tranquilos que yo no les aporreo sus maticas.

Las ramas, a veces muy grandes, crujen como si fueran árboles completos y quedan colgando de otras ramas de los mismos árboles o de árboles vecinos, de los que Álex las había amarrado con el lazo. Se mecen como péndulos y rozan apenas los copos de los canteros de rosales o astromelias que se habían empezado a poner varudos por la insuficiencia de sol. Alex maneja bien el machete y sus cortes son muy parejos y limpios, como con serrucho. Poco a poco el aumento de la luz se siente abajo, las matas reaccionan, se ponen frondosas y todo va recobrando la armonía. El daño de las acacias cada vez se nota menos. Admirable el trabajo de Álex. El hombre estudia las ramas y sabe dónde hacer el corte, dónde y cómo amarrarlas, cómo se van a mover al caer y dónde van a quedar colgando. ¡Y yo que lo pensaba medio bobo! Álex podría montar espectáculos de poda de ramas, como hacen en baloncesto los Trotamundos de Harlem o esos jugadores de billar capaces de poner unas bolas a dar vueltas sobre otras. Pero no me quiso decir dónde había aprendido el oficio. «A uno le toca hacer de todo por ahí, don Esteban», dijo, como guardando un secreto.

—¿Y ustedes para qué me pidieron todo esto si iban a podar a la brava de todas maneras? —dijo Triana. Traía los libros sobre poda de árboles que le habíamos pedido la quincena anterior. Vivir con la bella Diana le había dado mucho aplomo y ahora se permitía mostrarse brusco e incluso moderadamente grosero.

Caminaba como si en lugar de pierna derecha tuviera un palo de escoba, y había desarrollado mucha habilidad para moverse. Antes de sentarse en la sala pasó sin tumbar nada al lado de una mesita donde había tres reproducciones de esculturas chinas, en terracota igual que los milenarios originales que, por alguna razón —pillaje, seguramente— estaban en un museo de Londres. Mis reproducciones medían unos veinte centímetros de alto, como los originales, eran tan frágiles como ellos y representaban figuras de mujeres con traje tradicional de alguna de aquellas dinastías,

Ming, Tang, ya no me acuerdo. Aurora no había logrado que le gustaran esas mujeres según ella descoloridas, orgullosas y mal amasadas. Y en eso último tal vez tenía razón, eran toscas, pero eran producto de una gran inspiración, como modeladas por algún niño de seis años genio o iluminado. No es cualquier cosa haber sabido plasmar la elegancia y la feminidad profundas sirviéndose de un poco de agua, algo de barro y mucha leña.

Mis adornos y muebles son pocos: un armario de pino crespo, bien conservado, que perteneció a mi abuela; un sillón cómodo de cuero, para leer; un comedor de ratán; las mujeres chinas y algunas esculturas y pinturas compradas durante los últimos veinte años a artistas que han tenido en común una vocación que supo persistir con toda su terquedad y fuerza, sin importarles demasiado el poco o mucho éxito que hayan logrado y el talento que hayan tenido. Me considero todavía su amigo, así no haya vuelto a verlos.

La nueva furgoneta de Triana era de la misma marca que la anterior, pero de modelo más reciente. La manejaba con la misma torpeza y audacia de antes, y se pensaba que no iba a tardar en despeñarse de nuevo, esta vez con boleristas. Era automática y tenía el pedal del acelerador a la izquierda, de modo que Triana aceleraba, y mucho, con esa pierna y dejaba estirada hacia el lado derecho la que le había quedado rígida como palo de escoba.

También Carmelita se había encariñado. No terminaba Triana de sentarse en la sala o en el comedor cuando ya tenía al frente la bandeja con la cerveza fría y el vaso de apariencia esmerilada que ella mantenía en el congelador. Se tomaba la primera muy rápido, me decía «con permiso» e iba con su palo de escoba a la cocina por la segunda, que ella le servía en un nuevo vaso helado. Hablaban un rato. Él buscaba su licorera en el maletín y le ponía un chorrito de whisky a la cerveza. Años atrás Carmelita había trabajado una temporada corta para dos tíos solterones de Triana que vivían juntos en una casa antigua arriba de la catedral, y de eso hablaban. Antes de irse, llevaba el vaso y las botellas a la cocina. Se despedía de Carmelita, volvía a la sala y se despedía de nosotros.

Un domingo llega de sorpresa acompañado de Diana. Carmelita los había invitado, no Aurora ni tampoco yo, y es Carmelita quien los recibe en la puerta. Entran los tres al jardín y

me encuentran con un cepillo de alambre quitándole el musgo, pero no los líquenes, a uno de los naranjos.

—Es que una hermana de doña Diana está casada con un sobrino nieto mío, don Esteban —dice Carmelita.

—Mire usted.

—Es una hermosura esto que usted tiene aquí —dice Diana.

—¿Cierto? —dice Carmelita.

—¿Y no se pierde usted, don Esteban, caminando por esta selva?

—Hasta micos tenemos, querida —dice Carmelita. Aurora, que acaba de llegar, me sonríe arqueando las cejas.

Diana conservaba a su edad, intacta, la sensualidad involuntaria, espontánea, que seguramente había mostrado desde los diez años y hasta menos. Estaba enamorada de Triana y además parecía algo así como su mamá adoptiva, o su nana, pues él era por lo menos diez años menor y pertenecía a una de las familias antiguas de la ciudad, con árbol genealógico que, según su madre y sus tías, atravesaba el mar, llegaba a España y a Portugal y se remontaba allí otros varios siglos, información que ellas se encargaban de difundir, con mención de siglos y de Alicante y de Lisboa, pero que al librero, a quien los empleados de su casa llamaron «niño Mario» durante la infancia y la adolescencia, lo había tenido absolutamente sin cuidado toda la vida.

—Alguien me tendría que explicar por qué a mi mamá y a esas otras señoras las enorgullece tanto venir de unos campesinos velludos y con sobaquina.

—Cierto —decía yo y me quedaba en silencio, para no salir de pronto con alguna de mis malgeniadas retahílas, pero se me ocurría que peor habría sido descender de los que llegaron primero, los de armadura, los aventureros velludos, codiciosos y crueles que traían ya de su país la punzante sobaquina que les producían las correas, las cotas y las corazas, olor que alcanzaría una intensidad de alucinación o delirio en el calor y la humedad del trópico. Los indios, acostumbrados a bañarse dos y tres veces diarias, sobre todo por placer, pensaron, y muy pronto el tiempo les daría la razón, que se trataba de la hediondez de la muerte.

Carmelita se sienta a hacer visita en la sala. Aurora me hace

gestos y sonríe como diciendo: «¡Miren, pues, a esta!». Hablamos de matas, de jardines, del accidente. Diana nos pide que convenzamos al loco de Mario de que deje de hacer gracias con su carro por las carreteras y de que no beba, por lo menos mientras maneja. Triana pone cara de malo y se engalla todo, igual que Javier Aguirre cuando habla con Aurora, como si le estuvieran diciendo lo tan rebelde que es.

—¡Ese niño Mario! —dice Carmelita.

Y es ella quien despide a la visita en la puerta. Cuando viene solo, el librero entra y sale de mi casa como Pedro por la suya. Regresa entonces Carmelita y dice desde la puerta del comedor:

—Y cómo le parece, don Esteban, que ya tenemos al señor Ezequiel otra vez por estos lados. Llegó esta mañana. Quedó como de veinte.

El infierno

Ya sabía yo de la llegada del anciano, pues Misael lo había traído del hospital por la mañana y había venido a contármelo. También me contó que el señor Ezequiel había insultado al yerno por tumbarle los árboles del patio y casi haberle dejado morir de hambre los tres perros. El tipo se fue furioso y ofendido con el anciano, a quien temía como a nadie. La hija se quedó y le ayudó a instalarse.

A la mañana siguiente me miraron con desánimo los perros, que, de lo flacos, ni ladraron primero como fieras ni saludaron después meneando la cola ni voltearon la cabeza y sonrieron con los dientes de abajo. El señor Ezequiel estaba de poncho y sombrero, como si nunca se hubiera ido del corredor. Conversamos un rato, y él, con manos ligeramente temblorosas y la delicadeza de la mucha edad, levantó el poncho y se alzó la camisa para mostrarme las costuras de la cirugía, parecidas a las de un balón de fútbol, ciertamente. Alcancé a ver, además, la culata de nácar del revólver, que llevaba en una cartuchera de cuero café metida entre el cinturón y la apergaminada espalda.

Ya me había preparado para la posibilidad de que la historia del anciano, a quien yo estimaba y respetaba, fuera muy oscura, y saberlo con certeza no me produjo ninguna conmoción. Al estar las personas tan viejas y tan cerca de la muerte, pensaba yo, empezaban a dejar de ser ellas mismas; la pérdida de las ambiciones, primero, y de la memoria, después, iban borrando las culpas por las que habrían debido responder, y es así, supongo, como también yo iré regresando a la segunda infancia y, a través de ella, a la inocencia, que se volverá absoluta con la muerte.

Me preocupaba, más bien, que se hiciera daño con el arma o que matara al hampón de su yerno sin siquiera darse cuenta. Solamente muriendo podría el yerno recuperar la inocencia, pensé, pues su infierno había sido profundo y ya le quedaría demasiado difícil encontrar la redención en este mundo. Sentí algo de lástima. El hombre había vivido asustado toda la vida y al

mismo tiempo había buscado siempre amedrentar. Peligroso como los gatos maltratados. Gato gordo maltratado, feral, siempre acorralado contra la pared. ¡Cómo abusarían de él cuando niño! ¡Cuántas veces violaría y lo violarían en la cárcel! ¡Cuánta cuchillada habrá dado y esquivado!

Con el regreso del señor Ezequiel y la partida del yerno todo vuelve a la normalidad y empiezan por fin las obras del acueducto, aplazadas muchas veces. En un taller de talladores de piedra encargamos el primer tramo de los canales que diseña Aguirre. El acueducto irá desde el punto donde el agua entra al predio hasta la nueva salida, más o menos veinte metros al norte de la salida actual. Recorrerá toda la propiedad, cayendo con su pequeño estrépito a pequeños pozos cúbicos, también tallados en piedra, o bajando susurrada por las peñas que Álex había empezado a formar según nuestras indicaciones. La vegetación de helechos, líquenes y musgos, diseñada y sembrada por Aurora, se aferraría a las peñas y le daría así variedad al sonido del agua, permitiéndole expresarse con todas sus voces, con todos sus matices.

La idea del acueducto había sido de Aurora, que se pone al frente de la obra. Aguirre lo dibuja tal como habría de verse ya terminado. Me sorprende su habilidad y pienso que los dibujos le quedaron así porque eran para ella. Son obras de arte. Ningún arquitecto dibujaría con semejante detalle palmas de grandes racimos rojos y sus respectivos pericos o naranjos con sus bromelitas parásitas, algunas incluso florecidas, a no ser que estuviera enamorado. Días después Aguirre nos invita a su finca, al pie de las montañas que tanto me gustan, no lejos del hotel al que habíamos ido a descansar cuando terminamos el jardín de lajas. La finca tiene algo así como veinte hectáreas. Es pequeña en comparación con las haciendas ganaderas vecinas, de cien y más, y está muy bien cuidada, demasiado bien cuidada, tal vez. El ganado cebú parece acabado de cepillar. La jaula del comedor, grande, en acero negro, es de muy buen gusto como todo en la casa y parecería haber costado más que la guacamaya verde de cabeza roja que vive en ella. El sancocho de espinazo de cerdo del almuerzo, como de restaurante gourmet y servido en vajilla artesanal, también de muy buen gusto, es llevado a la mesa por la cocinera misma, una señora simpática, de delantal y trenzas, que aprendió a servirles por la derecha a los comensales. Mientras

tomamos café todavía en el comedor, Aurora llama a la guacamaya por su nombre, Loreta, y de ese modo me doy cuenta de que no es la primera vez que viene a la finca de Aguirre y de que había preferido no decírmelo. No comento nada y me quedo más silencioso que de costumbre. Javier Aguirre no tiene ni cuarenta años, es decir, es demasiado joven para tener ganado de exposición; guacamaya verde y roja que parece también premiada en alguna feria de aves; una finca como esta, con casa moderna, no grande, pero sí bonita y muy costosa, y casa colonial también muy bella en la ciudad. Eso sin contar la oficina de arquitectos que abrió con otros dos socios. Tal vez semejante éxito no se deba tanto a la arquitectura como al narcotráfico, pienso, sabiendo muy bien que no es cierto… ¿O sí?… Bien podría ser, nunca se sabe, uno de esos narcos invisibles que hay ahora en este platanal del Señor, educados en universidades buenas y que, para cuidar mejor sus ganancias y sus pellejos, se abstienen dentro de lo posible de matar y arrojar los torturados y mutilados cadáveres a los ríos, como se hacía antes, y más bien les enseñan a las empleadas a preparar suflés de salmón y a ofrecerles helado de vainilla bañado en café y en licor de almendras a los invitados.

Apenas iniciado el acueducto llaman a Aurora y le piden que acompañe al padre a ver al médico, pues ha estado muy mal de la pierna. Misael la lleva a la capital, donde tomará un avión a la ciudad más cercana de la finca de sus padres y de allí volará otra vez con el anciano de regreso para la capital. Se me ocurre que todo es una excusa para estar unos días con Aguirre, y entonces pienso que debo estar mal de la cabeza para andar preocupándome por aquello. Si ella quería estar con él, yo no tenía derecho a impedírselo. ¿Para qué inventar nada? Cuando empiezo a enredarme así nunca sé dónde voy a terminar. Yo sabía bien lo que es estar enamorado y no era ese el caso de ninguna manera. La separación de mi exmujer hacía más de veinticinco años había sido tormentosa. Había sido tortura. Meses eternos en los que el amor se trocaba constantemente en odio, como si cayeran rayos opacos que apagaran por un segundo la luz del día, y, una vez desaparecidos, volviera a aflorar el paisaje diurno del amor profundo, desgarrador y sin esperanza. Es posible que aquella vez haya estado yo cerca del suicidio o del asesinato, pero tuve suerte o supe evitarlos y al final todo, el amor, la belleza y el deseo, terminó por esfumarse. Esto era diferente. Claro que uno

nunca sabe qué tan diferente va a ser en cada caso, y lo cierto era que mi mundo parecía querer otra vez distorsionarse. Otra vez decía yo cosas que aparecían quién sabe de dónde o por qué, yo mismo no lo sabía, y la gente no me entendía o entendía de forma tan disparatada que me maravillaba. Por mi exmujer supe que Carlitos había considerado fría y hasta ofensiva una nota que yo le había escrito tal vez un mes antes y él no había contestado. Me quebré la cabeza durante semanas sin lograr entender su silencio, en qué lo había ofendido. Supe también por ella que en la universidad corría el rumor de que me había distanciado tanto del mundanal ruido que había terminado por perder el contacto con la realidad. Para evitar malentendidos como los de Carlitos no volví a escribirle a nadie y dejé de usar el teléfono durante algún tiempo. Todo esto seguramente tenía que ver con lo mal que estaba durmiendo. Había noches de menos de dos horas de sueño y me había despertado varias veces sobresaltado luego de haber caminado dormido por la casa e incluso por el jardín. Podía suceder que hubiera estado sentado en una banca, descansando, completamente despierto, al parecer, y me despertaba de repente al chocar contra alguna de las tapias, adonde había llegado sonámbulo. Cuando alcanzaba el límite de la falta de sueño lograba una noche de cuatro o cinco horas continuas, suficientes para descansar, ponerme al día con mi correspondencia y con las llamadas telefónicas y recuperar la cordura.

Entonces llamó Aurora desde el hospital. Quería saber yo cómo estaba y contarme que a su padre iban a operarlo para ampliarle una arteria de la pierna con un stent y aumentar la irrigación sanguínea. Me di cuenta de que al fin y al cabo no había ido a reunirse con Aguirre sino a acompañar a su padre y de que durante los últimos días yo venía rumiando disparates. Al pobre Javier Aguirre lo había dejado de mafioso. Me alarmé. Dormí mejor esa noche, sin embargo, y al día siguiente llamé a Carlitos y me di cuenta de que mi amigo no estaba enojado ni nada parecido. «¡Oigan a este! ¿Enojado por qué, a ver?», dijo. Llamé a mi exmujer y ella aseguró que nunca había dicho que Carlitos estuviera enojado por nada. Ya más tranquilo, dejé de pensar en todo aquello, lo eché al olvido lo mejor que pude y me dediqué más bien a buscarles sitio a las más de cincuenta plantas de flores que habíamos encargado en uno de los viveros grandes y que habían llegado hacía ya una semana: lirios araña, amarantos

globo rojos, amarantos globo blancos y especies poco comunes de heliconias.

Vuelvo a tener tiempo para ocuparme de la neuralgia, que, gracias al medicamento, había pasado de dolor agudo a molestia permanente. El dentista otra vez menciona la cirugía. Yo me había informado sobre sus riesgos y los había apuntado en un papel. Se los leo en voz alta: «Sordera, parálisis facial, dificultad en la deglución, salida de líquido cefalorraquídeo, meningitis aséptica-séptica, inflamación de la córnea, hidrocefalia, aire dentro del cráneo, dificultad en el andar, parálisis de la mitad del cuerpo y trastorno del lenguaje, entre otros».

—Lo menos grave es el aire dentro del cráneo —dije—. Total, así andamos ya casi todos.

El dentista dijo que el paciente era quien al fin y al cabo debía decidir, con lo cual estaba yo perfectamente de acuerdo. Ni más faltaba que fuera de otra forma. Me caía bien mi dentista, pero a su manera me estaba presionando. Era posible que algún cirujano dental cuñado suyo estuviera corto de clientela. Y para vengarme de ese familiar suyo que no existía, pensé que a los dentistas los llamábamos doctores, y ellos así lo aceptaban, pero en realidad no eran médicos. Su universo eran las treinta y dos piezas dentales y el tejido que las rodea, los dos maxilares y la articulación de la quijada. Sería como llamar veterinario a un herrero o mecánico a un montallantas.

El dentista contó entonces que había comprado una finca, otra más, veinte por ciento en pastos y el resto en selva densa. No quería potreros en esta finca y su ambición era que el veinte por ciento algún día fuera otra vez selva densa. Por ella pasaba un río de aguas muy puras que bajaba de las montañas y formaba dos cascadas de unos veinte metros que se precipitaban al vacío a cinco metros la una de la otra y, según el dentista, siempre tenían arcoíris. Las Gemelas. Decían en la región que años atrás había abundado en el río un camarón gigante de agua dulce, a veces de un kilo o más, casi como una langosta, hasta que los empleados de un narcotraficante que poseía tierras un poco más arriba empezaron a usar un veneno para pescarlos y llevárselos a su patrón, que los asaba al carbón con salsa bbq traída por cajas de Estados Unidos. El veneno, inocuo para los humanos —barbasco, tal vez—, terminó por causar la extinción de los camarones

gigantes en el río y quizás en el planeta, pues el dentista no había oído que existieran en otras partes.

Nos quedamos de repente callados, como si dedicáramos un minuto de silencio a los animales extintos. La cita era para tomar las medidas de un protector dental, pues estaba apretando demasiado las mandíbulas durante el sueño.

—En lo poco que duermo me trituro los dientes —dije.

Pensé que no era exactamente eso lo que había querido decir y sentí que el dentista me miraba intrigado. Quería preguntarle por su hija, pero al fin no lo hice, pues no me tengo confianza con lo que digo cuando no he dormido bien. Sin embargo, el dentista no necesitaba que le preguntaran por ella. Y la gente seguramente se cansaba de que no hablara de otra cosa. Incluso padres orgullosos de rollizos bebés recién nacidos eran menos obsesivos, y sólo le faltaba cargar fotografías de su hija en el celular para mostrárselas, junto con las de la finca, a la audiencia más que cautiva que éramos sus pacientes, mientras esperaba a que obrara la anestesia o se endureciera la masilla de los moldes.

La hija había conseguido otro novio. Una mujer como ella no se queda mucho tiempo sin novio, dijo mi dentista, y pensé entonces en las caderas altas, en los kilos de más, en el azul desabrido de sus ojos demasiado grandes y separados, en el ligero gigantismo. Este señor, contra toda evidencia, había convertido a su hija en beldad. Y sentí cansancio de mis sentimientos, de mi manera de mirar, que alcanza a ser descarnada, despiadada a veces, y cansancio también de mi propia manera de tratar de engañarme, como todo el mundo, con respecto de lo que soy, con respecto de Aurora, cansancio de mi soledad, en fin, de ser persona. Se me ocurrió, como muchas otras veces y como a muchas otras personas, que me habría gustado ser gavilán o gallinazo y dedicarme a volar sobre el planeta, mirando para abajo sin codicia hasta ver aparecer buenamente algún perro o algún ternero muerto. O me cambiaría por una torcaza de las que acaban con las cosechas de sorgo y de millo o por una mirla de patas anaranjadas, de las que levantan la cabeza y se tragan las flores de cerezos y feijoos.

El novio era estudiante de Odontología y deportista, igual que ella, pero no de baloncesto, como pensé al principio, sino beisbolista. Era de la costa Atlántica, y se me ocurrió que podría

tratarse de un joven negro caribeño atraído como una mariposa por la blancura de bombillo y los ojos azules de la muchacha. Cosas así no hay cómo preguntarlas: «Doctor, ¿y qué tan alto es el joven? Y, dígame…, ¿él es negro?». De modo que me tuve que conformar con saber que habían estudiado la misma carrera, aunque a él le faltaban dos años para graduarse. Me dormí unos segundos en la silla y al abrir los ojos el dentista preguntó sonriente: «¿Siesta?». Y ya iba a decirle que últimamente me estaba durmiendo en todas partes y que aquello era cosa de los años, cuando llegó la hija, precisamente con el novio, a pedirle plata al padre para adelantar un trámite en la notaría diez, cerca del consultorio.

—Estoy despierto cuando debo estar dormido y al revés… Y *viceversa*, mejor dicho.

Con la llegada de la hija ya no oye mi asunto de estar dormido y al revés y viceversa. Menos mal.

El novio resulta ser aún más blanco y de ojos más azules que ella y por lo menos una cabeza más bajito. Es buenmozo, es de buena familia y pienso que es racista, aunque sé que no es más que prejuicio puro de mi parte. Este muchacho no tiene una gota de sangre negra ni tampoco india, pensé, y no quiere que sus hijos la tengan, con lo cual sigue una larga tradición familiar, pues ¿cómo es posible ser tan blanco y tan ojiazul en el Caribe, sin ser hijo, nieto y bisnieto de racistas? Se me recrudeció entonces el cansancio y ya no quise ver nada ni pensar nada, ni siquiera ir a dar un vistazo por la calle de los mariachis al salir del consultorio, como había planeado, y oír rancheras y tomarme una cerveza en alguno de los bares de allí cerca.

Decidí no caminar hasta mi casa y llamé a Misael, que llegó en menos de cinco minutos. Había un señor que cuidaba un naranjo, dijo. Se llamaba Domingo, ese señor, y el árbol era de naranjas ombligonas, injertas, las más dulces del mundo. El oficio de Domingo, que vivía con dos hermanas, fue toda la vida rezarle a Dios y a la Virgen, ayudarle al párroco en una especie de voluntariado como sacristán y cuidar el árbol. Sólo él cosechaba las naranjas, nadie más las tocaba. Domingo no era retardado mental, pero sí muy religioso, don Esteban. Empezó a cuidar el árbol desde que tenía diez años hasta que murió, de sesenta.

—¿El árbol?

Misael no me hizo caso.

—Hasta que murió, de sesenta. Entonces el árbol comenzó a marchitarse y a ponerse feo y se murió del todo de pena moral cuando faltaron las hermanas, como dos años después, y los sobrinos vendieron. Las hermanas cuidaron a don Domingo toda la vida y él cuidó el árbol, don Esteban. Lo abonaba, le cepillaba el tronco, le quitaba las hojas amarillas y, para no aporrearlo más de la cuenta, cogía las naranjas maduras, no jalándolas, como hace todo el mundo, sino dándoles vueltas despacio hasta que se soltaban. Las vendía en la plaza de mercado y se gastaba las ganancias en misas para las ánimas del purgatorio. El naranjo era de las ánimas.

Si mi casa hubiera quedado media hora más lejos, la historia de don Domingo se habría demorado otra media hora y seguramente el taxista habría alcanzado a mencionar la cantidad de almas que el naranjo había sacado del purgatorio. Pero los taxis llegan cuando llegan. Varias veces traté de que Misael terminara sus historias en el siguiente viaje y fue imposible. El taxista perdía interés en ellas o empezaba otra y no tenía tiempo de terminar la que estaba inconclusa.

Me dejó al frente del portón y ya iba a arrancar cuando se acordó de que había comprado la mula miniatura baya de patas blancas.

—La compré, don Esteban, le estoy dando pasto de corte picado, pero me toca conseguirlo en las fincas de las afueras y traerlo en el taxi. Es que valía menos que una moto. ¡Semejante belleza! La voy a tener sólo unos días, o me abandona Mónica. Claro que ya le tengo cliente.

—¿En el patio de ropas?

—¿Cómo me dice, don Esteban?

—¿La tiene en el patio de ropas?

—No, no. En el garaje la tengo. Duerme parada al lado del taxi. Mi hijo le lleva zanahorias por la mañana.

Consideré por un momento la posibilidad de comprar la mula. El señor Ezequiel con seguridad me alquilaría una o dos cuadras de su finca. El lío era que él no iba a vivir mucho y del yerno sólo había que esperar problemas. También podríamos hacerle un establo pequeño. ¡Si Misael la tenía en el garaje…! Se lo

mencioné a Aurora, quien me hizo ver que la idea no era demasiado cuerda que digamos. Pensé que ciertas decisiones había que tomarlas sin consultar con nadie, en especial si eran poco cuerdas, como aquella. La idea de la minúscula mula en un establito bien organizado no me parecía para nada reñida con mi jardín.

La llaman entonces y le dicen que el padre está hospitalizado y que muy probablemente se verán obligados a amputar. Viaja a la capital ese mismo día y el asunto de la mula queda pospuesto en lo que a mí concierne. Todo iba a depender ahora de Misael. Mejor dicho, del azar. Si Misael la vendía, pues hasta ahí llegábamos con el asunto, pero si se demoraba un poco, aumentaban las probabilidades de que yo tomara una decisión. Con pasto comprado y avena todo era posible. Sentí curiosidad de saber si la mula venía con aperos o me tocaría comprárselos. Los aperos no se necesitaban, en realidad, pues yo no iba a salir en ella por la ciudad o por el campo y tampoco por los caminos del jardín, pero de llegar este caso la montaría a pelo. Llamé a Misael. Tiene aperos, dijo, y me entró otra llamada.

Aurora.

La pierna había empezado a oler y, al llegar el señor don Tobías al hospital, se declaró una infección general que obligaba a amputar. Fin de una lucha de años que tuvo momentos de euforia, cuando la llaga parecía responder a los tratamientos, antibióticos, derivación arterial, cámara hiperbárica, desbridamiento mediante larvas, y muchos otros, para convertirse una y otra vez en sensación de derrota y de proximidad de la muerte, pues la lesión volvía a tomar pésimo aspecto y a producir olores y dolores muy fuertes.

Trabajé todo el día mientras pensaba en el ruido del serrucho contra el hueso y trataba de imaginarme lo que harían en el hospital con la pierna, la llaga adornándola arriba del tobillo, como una mariposa nocturna. La incineran, claro, no se la habrán de poner de abono a algún árbol, pero ¿les entregan las cenizas a los parientes para que se las junten a las que se van a producir después, cuando se muera el resto del paciente y también lo incineren? ¿Ponen mientras tanto las cenizas en un jarroncito sobre una estantería de la sala? «Esa es mi pierna», digo en voz alta, citando algo que nunca va a decir el señor don Tobías,

mientras con una vara larga provista de cuchilla en el extremo les quito las hojas amarillas o podridas a los muchos nenúfares florecidos del estanque. Los hay de flor violeta y de flor amarilla. Me río de mi propio chiste truculento y cuando me calmo me doy cuenta de lo que acabo de hacer: hablar solo, carcajearme solo. Recuerdo entonces al loco peludo y roñoso que vi hace ya más de quince años en Manhattan, cuando fui a visitar a Jorge. El hombre caminaba muy rápido por las avenidas llenas de carros y de gente, hablando solo y riéndose a las carcajadas, pero no como si fuera persona claramente feliz, sino como si estuviera al mismo tiempo muy angustiado y muy contento.

El regreso de Aurora me saca de la obsesión con la amputación, que alcanza a producirme pesadillas. Llega tranquila, con ánimo de seguir con lo del acueducto. También quiere pensar en otra cosa. La decisión de hacerme revisar los ojos, pospuesta casi tantas veces como el acueducto, pues sé bien lo que me van a decir los médicos, también me distrae de la sierra y del hueso y de la mariposa nocturna. Las noticias que llegan ahora son buenas y a los dos nos ayuda saber que el padre se está adaptando bien a las muletas, como si viniera usándolas desde hace muchos años, y que está comiendo con más apetito que nunca.

El primer médico me diagnostica cataratas y dice que debo operarme. Es un pequeño dios ese médico. Con sus pacientes pasa del paternalismo al maltrato. Es brusco, les da órdenes, los mueve como ganado. Yo obedezco, dócil, las órdenes, pues uno no va adonde el oftalmólogo para mostrarse rebelde, aunque interiormente estoy furioso. Es de pelo ensortijado, cincuenta años, canoso en las sienes, bronceado. Se puede ver que pasa un buen rato todos los días frente al espejo, mirándose los bucles, retocándolos con el peine, frente y perfil, antes de recibir al primer paciente. Parece médico de telenovela. En una estantería hay trofeos de golf. Es muy posible que alguien tan bonito y tan creído sea mal médico, y él sería el de la cuchilla en mis ojos, qué vaina. Busco una segunda opinión y el segundo médico, recomendado por mi amiga Paula, resulta ser un hombrecillo de bigote muy bien recortado, ojos inteligentes y vivaces, no apto para telenovelas, por la poca estatura y falta de envergadura física. Es posible que no haya tenido nunca en sus manos un palo de golf, pero es médico brillante, uno de los más respetados en su

especialidad, gran cirujano. Y confirma lo que dijo su colega bronceado, a quien conoce, pero de cuyo criterio y habilidad no opina ni a favor ni en contra. Cataratas y mientras más rápido me opere, mejor.

Todo el mundo me quiere operar. Jodida es la vejez.

No me iba a operar de la cara ni de las cataratas, ni tampoco me iba a poner implantes dentales. Un portillo más o menos en la boca no iba a cambiar mi vida y mientras menos me molestaran con agujas y anestesias y tornillos clavados en los huesos de la cara, mejor. Todavía era capaz de leer, pero solamente con buena luz. Por esos días estaba en novelas inglesas del siglo xix y principios del xx, extensas y muy bien escritas. Historias de familia que cubrían generaciones y en las que el asunto de noviazgos y matrimonios cumplía la función principal. ¿Se casan? ¿No se casan? A veces se me ponía borroso el texto y tenía que descansar un rato los ojos e iluminar mejor el libro. Cuando no pudiera leer más ni trabajar en el jardín ya se vería lo que iba a hacer. Operarme, lo más seguro. La pistola Browning estaba funcional. Faltaba ver. O con algún médico conocido conseguir las pastillas.

Comenzamos a preparar el terreno donde se tenderían los canales de piedra del acueducto. Para entrar la retroexcavadora que iba a mover tierra y a cambiar de sitio algunas piedras fue necesario abrir otra vez un boquete en el muro. Por fortuna había regresado ya el señor Ezequiel, pues tuvimos que pedirle permiso para hacer una desviación del riachuelo en su finca, de modo que el agua entrara por otra parte a mi jardín. La obra no fue larga ni difícil, pero no se habría podido hacer si el yerno ya hubiera estado por ahí, adueñado de todo.

La muerte

Muere entonces de un infarto fulminante la segunda de mis hermanas y tras ella empieza a morirse la gente por todas partes como granos de maíz pira reventando en una olla. Colegas de la universidad, compañeros del bachillerato, exprofesores de la universidad y del colegio, el hermano que le seguía a la mayor, el hermano mayor de Victoria, dos primas ya octogenarias a las que yo quería especialmente y muchas otras personas menos cercanas. Todas ellas en poco más de dos años. Es el comienzo del despoblamiento de mi mundo. Es la oscuridad que va inundando todo, como el agua las bodegas de un barco. De vez en cuando asisto a los entierros, pero casi siempre me limito a llamar y darles el pésame a los dolientes. Cuando asisto y me pongo corbata y mi mejor vestido, Aurora dice que me veo muy bonito. Y cuando me acompaña se ve muy bonita de luto, ella sí. Me asomo en el espejo una última vez antes de salir, enderezo la corbata, me miro las bolsas debajo de los ojos, me miro las pupilas y pienso que mis ojos están opacos y ya un poco líquidos. ¡Y todo lo que falta por vivir! Estoy sano, gracias a la buena dieta, al yoga y al trabajo en el jardín, y bien podría llegar a los noventa o más. Pero las nubes o los grupos de palomas que dan vueltas en el cielo, alumbrados por el sol, ya no me maravillan como antes. Alcanzo a percibir el cansancio, y es como si las palomas y las nubes también estuvieran cansándose, no solamente yo. Incluso las astromelias, incluso la belleza de Aurora, parecerían perder bordes y brillo. El mundo se está desdibujando en mí, se está poniendo opaco e irá desapareciendo hasta que se acabe del todo. Lo que me asusta es que el mundo se me acabe y yo siga vivo, y otra vez pienso que si no fuera porque tengo que terminar esto, y terminarlo bien, acabaría con mi vida de una buena vez, para no tener que pasar por el dolor de ir perdiendo todo a cuentagotas.

No daba lo mismo que el acueducto se construyera y con él se diera por logrado el jardín a que todo fracasara y quedara en el aire… Falta ver, falta ver, falta ver. Sentía tensarse en mí la

voluntad ante la posibilidad de la derrota, como la cuerda de un arco o como mandíbulas apretándose. No entiendo por qué tengo que terminar esto y no entiendo por qué no lograrlo es para mí la muerte o peor. Mejor no pensar. Limitarme a respirar y hacer las cosas. Darle vuelta al compostaje sin imaginarme el día de mañana y ni siquiera el de hoy. Ponerle boñiga al lombricario para que pululen las lombrices, nada más. Pues cuando me descuido y pierdo el centro, cuando me distraigo mientras trabajo con el barretón o mientras pongo la maloliente gallinaza alrededor de los árboles, mis pensamientos empiezan a brincar de una cosa a la otra, engañosamente inocentes, como grillos, y me arrastran así al horror, del que siempre es tan difícil despertar.

Le comenté a Lucía que yo sentía que el mundo estaba perdiendo forma y brillo y me dijo que era por las cataratas.

Llega el primer lote de canales de piedra y Álex, bajo la dirección de Aurora, comienza a tenderlos. Con lo del acueducto me olvido de pastillas, pistolas, acacias macheteadas, noches que llegan, palomas desdibujadas, muertes de familiares y amigos y bolsas debajo de los ojos. Sin darme cuenta salgo de la pesadilla y otra vez empiezo a disfrutar de mis días, aunque no de mis noches, que siguen siendo largas y difíciles.

Si todo se hace bien, los canales, los pequeños pozos de piedra, las piedras escalonadas parecerán haber estado desde hace siglos entre la vegetación. El día que tendemos el primer tramo, veo con claridad que se va a lograr algo sagrado y a la vez profano, igual como en las pinturas aparece el trazo del pincel, el arte, pero este es también la huella profana de los pelos de marta o de tejón que lo han creado y es imposible sin ellos. Aquellas fibras capilares y el trozo de madera al que están atadas son la Materia. Y al revés. Aunque aquello que parece Joven con perla o Virgen o Dios no son más que pigmentos esparcidos con pelos de mamífero sobre tela o madera, por eso mismo alcanzan a tener la grandeza de aquello que representan. Más aún, los seres representados tal vez no tengan más existencia que aquella que les dan esos pigmentos.

Salgo por una botella de vino, así no me guste mucho el vino, y me la tomo en mi cuarto, solo, agradecido, sintiendo el calor del alcohol en las venas y la alegría de saber que iba a llegar adonde había querido. No invito a Aurora. El impulso de

acercármele me venía atormentando cada vez más, y la última vez que lo intento se molesta. Siento que estoy haciendo el ridículo, pero pienso que sería más extraño tenerla tan cerca, haberla tenido alguna vez y no sentir el impulso de tocarla. No me ha perdido el respeto y, hasta donde entiendo y sé, no me considera ridículo. Tampoco yo le he perdido el respeto. Se trata simplemente de algo que no tiene solución, pues cada uno de los dos es lo que es. No estoy enamorado —a partir de cierta edad uno ya no se enamora, me dijo alguna vez Jorge—, pero me resulta imposible no sentirme atraído. Aquello no iba a sostenerse. Ella iba a querer estar con alguien joven, tener hijos, y yo me estaba acercando al camino que ya había tomado, y en paz descanse, el señor Ezequiel.

La noticia de la muerte del vecino y también los detalles nos llegan por Carmelita, como era de esperarse. La hija y el yerno lo encontraron sentado en el corredor, de sombrero y poncho, el revólver donde siempre y la barbilla hundida en el esternón. Carmelita estaba sobrecogida, como un niño, y no paraba de describir lo que había ocurrido. Repetía las mismas frases una y otra vez y hablaba de lo que en ese mismo momento estaría ocurriendo en el Tribunal de Dios.

—¿Y sí vio, pues, don Esteban, que de nada le sirvió el revólver? ¿Sí vio? Vinieron por él, se lo llevaron y lo están juzgando Allá, y de nada le sirvió el revólver.

No alcancé a sentir demasiada tristeza por la muerte del señor Ezequiel, que todos estábamos esperando y yo había ya lamentado bastante, pero sí sorpresa por la magnitud del cambio. La vida había dado otra vuelta de tuerca y el dibujo se había transformado. Un abismo de luz estéril se había abierto al pie de las acacias, a lo largo del lindero, y empezaba a arrastrarlo todo. Los problemas con el yerno se anunciaron ya desde el entierro. Carmelita contó que durante la misa había ido adonde ella estaba, cerca del púlpito, y le había pedido que me dijera que me pasara algún día por su casa —se refería a la que había sido del señor Ezequiel, quien ahora, aparte de la del Señor, ya no tenía casa— para que habláramos del problema de la servidumbre de agua.

El ataúd estaba frente al altar mayor, pequeño, oscuro, profundo, cargado de flores.

—Le dije que hablara directamente con usted, que usted estaba en el atrio, pero no quiso ir. Y ahora está allá echándoles machete a los árboles —dice Carmelita, y yo, que ya venía oyendo el inquietante ruido del machete, nada contesto. A Carmelita no le importaban para nada los árboles que caían, pero conocía mi reacción emotiva y quería provocarla y verla.

—No hay ningún lío. Por escritura tengo el derecho legal a la quebrada —dije entonces, aparentando desapego, y me di cuenta de lo tenso que estaba, pues de otra forma no estaría explicándole todo aquello a Carmelita.

El yerno tendría que pasar sobre mi cadáver. Esa noche revisé que la pistolita estuviera aceitada y lista, así me temblaran las piernas sólo de pensar en usarla contra alguien que no fuera yo mismo. Mi papá nos decía que uno no debía tener armas porque o le pegaba un tiro a alguien o se las hacían comer, no había más opciones. Decidí conseguir un abogado, pues no quería hablar con el tipo aquel y estaba seguro de que iba a quitarnos el agua tan pronto se diera cuenta de que yo no le entregaría un centavo por un derecho tan claro como era el mío. Tal vez con el abogado podría librarme de pegarle un balazo o de que me hiciera comer la pistolita.

Con su proximidad física el aire se enrarece. El sonido del machete es constante y también el de la motosierra. Decido vender la casa tan pronto logre terminar el jardín, así no tenga muy claro lo que voy a hacer después en la vida. El jardín había sido mi refugio y mi compañía durante años. Una posibilidad era vivir en uno de aquellos conjuntos cerrados para adultos mayores adinerados, donde no hay niños, pero sí enfermeras, y los ancianos de buena familia miran los naipes del bridge a través de gruesos lentes y los agarran con manos flacas y llenas de pecas. Mi adineramiento no era mucho y me alcanzaba a duras penas, pero me alcanzaba. Y tenía ya las pecas e incluso sabía jugar bridge.

Una mañana no suenan el machete y la motosierra, y Carmelita trae la noticia de que la noche anterior el yerno del señor Ezequiel había escapado de un intento de asesinato y se estaba escondiendo. Ocurrió al amanecer en una de las cantinas del centro y se salvó de milagro. Nadie sabía dónde estaba. Tal vez yo iba a poder terminar este asunto en paz, pensé, y hasta era

posible que no vendiera y me dedicara simplemente a la contemplación. Uno siempre se quiere engañar, pero la verdad era que el tipo iba a volver pronto para acabar con mi tranquilidad. Decidí salir de la pistola y conseguirme mejor un bastón de madera de guayabo, muy pesado, por lo que pudiera ocurrir.

—Es mejor, es mejor —dice Misael—, hace bien en salir de la pistola, yo le consigo cliente, no se preocupe, déjemela que yo la vendo por ahí. Usted no está para esas cosas y además el tipo es flojo, pero ha pasado sus buenos ratos en la cárcel y esa gente tiene muchas mañas y es peligrosa de todas formas. Mejor evitarse problemas. Lo más seguro es que ya no vuelva por estos lados. Le pegaron una correteada grande y él, gordo y todo, es bueno para correr. Si lo están persiguiendo a uno con un cuchillo rinde el paso, así uno esté pesado. Y cómo le parece don Esteban que al final salí de la mulita. Aquello se me estaba poniendo muy complicado en la casa. O la mula o yo, dijo Mónica. Le pedí dos días para pensarlo y me dio brega convencerla de que era un chiste.

Pero el yerno no poseía nada, aparte de su mujer y el sueldo de su mujer, y no iba a renunciar a una tierra con la que se les hacía la boca agua a los urbanizadores. Valía un dineral y no iba a descansar hasta venderla y gastarse el último peso. Ojalá lo mataran. Si no lo mataban lo agarraba yo a garrote. «Exprofesor asesina a palazos al vecino», sería un titular. «Muere exprofesor en oscuras circunstancias», sería otro. Y las circunstancias eran oscuras. Mejor conseguir el abogado.

La mula se la compra a Misael una señora que debía caminar más de una hora todas las mañanas para llevar a sus dos nietos a la escuela. Niño y niña, de cinco y seis años tal vez. Si viera lo bien que se transportan los tres en la mula, dice Misael. La señora había quedado a cargo de los niños después de que su hijo se los trajo y volvió a irse. Se fueron los dos, mejor dicho, el papá y la mamá de los niños, pero cada uno por su lado, y dejaron a la abuela que se defendiera lo mejor que pudiera con ellos. Ella es todavía joven, o no joven, pero no es vieja, don Esteban, como de cincuenta años, y trabaja en la cocina de la escuela de una vereda que queda bastante arriba en la montaña. Yo tengo muchos clientes por aquellos lados. La señora amarra la bestia de una

estaca en el patio de recreo y los niños se acostumbraron a jugar con ella atravesada. Se pasan el balón por entre sus patas o la usan como jugador de defensa, así nadie sepa bien a cuál bando pertenece. A veces un equipo alega que el sitio donde está la mula le da ventajas al otro, y después de una gritería llegan a un acuerdo, desclavan la estaca y la cambian de lugar. La señora vuelve a ensillarla por la tarde y sube otra vez con los dos nietos montaña arriba. Se demoran lo mismo en la mula que a pie, cree Misael, porque ella suelta las riendas y deja que el animal avance a su paso o se quede por ahí comiendo hierba u hojas de árbol mientras arriba los tres conversan o los niños duermen y la abuela mira los cafetales. Les cambió la vida. Ojalá no se las roben, porque ahora hay mucho cuatrero por ahí. Sería hacerles un mal muy grande.

Misael se queda un momento en silencio, por si acaso quiero opinar algo.

—Es una lástima que don Esteban no la haya comprado, claro que quedó en muy buenas manos, pero si quiere se le consigue otra o, si le parece, para que le ocupe menos campo, le busco uno de esos burritos peludos que son casi del tamaño de perros. Una belleza. Le conseguimos apero y todo, y cuando venga su nieta…

—Mi nieta ya va terminando colegio, Misael.

El garrote

El abogado estudia la escritura y me dice que el agua del riachuelo es servidumbre legal inalienable y forma parte integral de la propiedad, tanto como la casa o los árboles. Me suena bien lo que dice, especialmente lo de inalienable, término que seguramente va a impresionar al yerno. Cuando regresara hablaría yo con él, provisto de bastón y acompañado del doctor Henry de Jesús, egresado de la Universidad Pontificia, que gradúa excelentes abogados, experto en lo que quisieran que fuera experto, honrado. Ha defendido presos políticos y gente pobre que se ha visto obligada a invadir tierras ajenas. Mirada limpia, casi de niño. No quería anticipos. Me cobró la primera cita y dijo que me cobraría el resto después, cuando solucionara el lío del yerno y pudiera yo terminar mi jardín. Aun para el paisajismo termina por necesitarse garrote y abogado. No iba a hablar con el hombre, decidí entonces, ni tenía por qué hacerlo, para eso estaba el doctor Henry. Lo sensato era que él se hiciera cargo, pues el yerno me producía rabia, miedo y repugnancia.

Paisajismo es como llaman ahora a la jardinería, pero mi trabajo nada tenía que ver con el paisaje, así como mi hora diaria de yoga no es gimnasia. Cerca del estanque florecían a veces las heliconias gigantes conocidas como palma del viajero. Son como matas de plátano, pero con hojas distribuidas en forma de abanico perfecto y flor exuberante, parecida a la flor de la heliconia llamada ave del paraíso, pero mucho más grande. Es la *Heliconia ravenala,* que parecería haber sido creada para adornar las reuniones de Gautama Buda y sus discípulos, hace más de dos mil quinientos años. Igual de sagradas y profanas, pienso yo, son las flores consideradas modestas. Un ramo de margaritas es suficiente para comunicar el amor del amante, por profundo, apasionado o laberíntico que este amor sea; y los místicos expresarían con ellas, y con toda elocuencia, su amor por Dios.

Aproveché las obras del acueducto para ampliar la colección de heliconias, que iba sembrando a lado y lado de la corriente de

agua, a medida que se avanzaba. El engallado arquitecto Aguirre, con la disculpa de la obra, aumentó la frecuencia de sus visitas. Yo estaba seguro de que Aurora no estaba enamorada de él, y de mí lo estaba aún menos. Pienso que le resultaba difícil enamorarse. Quería mucho a sus padres y a sus hermanos y sobrinos, por supuesto, y me tenía cariño, en cierto modo y hasta cierto punto. «Ella te quiere un poquito, es decir, nada», dijo Jorge, sin mucha diplomacia. Si por algo sentía Aurora afecto profundo, pasión, era por las plantas y por el jardín y, sobre todas las cosas, por los niños. Muy pronto iba a querer tener los suyos propios y a casarse sólo para eso, seguramente con alguien como Javier Aguirre, bonito como ella, pero rico. Posiblemente con Javier Aguirre. En mi casa vivía cómoda y trabajaba en aquello que la apasionaba, es cierto, pero el único niño que llegaba era Escarlet, y eso cada mil años y no era hija de ella. En fin, en fin. Nada que hacerle. Para evitar que se fuera no valían abogados ni garrotes. Lo que yo quería ahora era vender e irme también, quién sabe para dónde, pero no lo iba a hacer antes de dejar aquello terminado. Si el yerno del señor Ezequiel me mataba, que me matara.

Yo habría querido vender sin esperar a que ella me dijera que iba a irse o antes de que yo mismo acabara por decirle que una persona tan joven no tenía por qué estar encerrada en ninguna parte, ni siquiera entre árboles y flores, casi sin ver a nadie, día tras día, mes tras mes. Sabía que debía hablar con ella. Me desperté una noche y sentí como si la sangre se me demorara en las venas y no me llegara oxígeno al cerebro. Terror y fuerte opresión en el pecho y en el estómago. Me levanté y caminé veinte minutos por el sendero, esperando a que la opresión disminuyera. Miedo de desplomarme y entrar en coma. Caminé sin hacer ruido, para no despertar a las dos mujeres, pero Carmelita tiene sueño liviano y vi encenderse la ventana de su cuarto. Volví entonces al mío, para no tener que hablar con ella, y caminé mucho tiempo de un extremo al otro hasta que disminuyó el agobio.

Dormí dos, tal vez tres horas y salí a trabajar. No quería ver a nadie, no quería hablar con nadie. Cuando estaba así era mejor hablar poco. Tampoco confiaba en lo que veía: Aurora besándose con Álex detrás de un árbol, o besando a Misael al bajarse del taxi, o entrando a mi cuarto y sacándome plata del cajón del

escritorio, o las dos mujeres quedándose calladas cuando entraba yo a la cocina, como si estuvieran hablando de mí, o como si fueran amantes, pues a veces la aparente antipatía entre las personas sirve para esconder otras realidades.

Yo había dejado de tomar pastillas contra la ansiedad. Pensaba que le hacían mal al cuerpo y no le ayudaban al espíritu, y creía que, por aterradoras que fueran aquellas imágenes, aún era capaz de distinguir lo real de lo imaginario. Creía haber aprendido a navegar por las crisis orientándome como desde arriba, tomando distancia, interesado en la forma como la realidad se ponía primero blanda y poco fiable y, después, aterradora, y ya no era yo capaz de tocar fondo sino que debía conservar la calma, igual que la gente que cuando deja de tocar piso en el agua debe mover continuamente las piernas y mantener con tranquilidad el ritmo de la respiración, para no ahogarse.

Por fortuna el gordo iba a tardar algún tiempo en aparecer y así podríamos trabajar en paz y yo alcanzaría a olvidar con el trabajo, como lo había hecho otras veces, mis fantasmas y fantasías. Lo borramos de la mente, como si nunca hubiera existido. Nos pareció bueno crear una caída de agua un poco más alta que las dos que ya teníamos, y para eso era necesario entrar la retroexcavadora y hacer movimientos de tierra. Tercera vez que abríamos el muro por el mismo sitio. Orlando, el operario, me aconsejó hacer una portada en ese punto, para facilitar las cosas en el futuro. Le gustó mucho el jardín y entendió de inmediato lo que queríamos lograr con el acueducto. Nos aconsejó cambiar de sitio tres palmas ya adultas y darle una ruta ligeramente diferente al cauce. «Es que yo tuve por muchos años un vivero, señora Aurora, y ahora me dedico al paisajismo», dijo. Era dueño de la retroexcavadora y de otros tres «aparaticos» más que le habían vendido hacía un año con todo y clientela. Trabajaba más que nada con los jardines de las grandes empresas privadas, rara vez con particulares. Contaba con cuatro empleados, pero prefería hacer ciertos trabajos él mismo. Tenía un contrato bueno con el cementerio Jardines de Paz, dijo. *«Bueno» no sería la palabra*, pensé. *«Inexhaustible», más bien, en este caso, o «inagotable», «eterno».*

Después de semanas de lucha por la vida, cuando parecía que no iban a superar la conmoción profunda del trasplante, las tres

palmas reaccionaron, sacaron hojas nuevas y se pusieron frondosas. Eran de la variedad conocida como palma botella, por la forma del tallo. Se elevaban ahora muy cerca de la casa y sus penachos flotaban sobre las tejas adornadas de líquenes de color gris metálico. En el sitio donde habían estado sembramos tres palmas de una clase totalmente opuesta. Estas se mantienen cargadas de grandes racimos de frutos rojos, a los que llegan bandadas de pericos y azulejos. Sus hojas son del tamaño de las del plátano, pero de un verde más oscuro, y se ven como deshilachadas por el viento. El tallo parece envuelto en muchas capas de gazas vegetales, y aunque no tiene púas da la impresión de tenerlas, tal es la apariencia de desorden. En su conjunto la palma resulta armoniosa, sin dejar de ser caótica, y las tres se ven muy bien al lado de la caída de agua más grande, que, como todas las caídas de agua, tiene mucho de desordenado e indomable.

Vamos ya más o menos por la mitad del acueducto cuando llaman a Aurora con la noticia de que el padre está grave. Veníamos esperando y temiendo esa llamada desde hacía algunos meses, y aunque nada digo sé que todo va a ser largo y difícil. Después de la amputación parecía haberse recuperado bien; le había aumentado el apetito y se veía saludable. Correos electrónicos se entrecruzaron por todo el país como palomas con mensajes sobre el buen color que tenía, lo bien que manejaba las muletas —a su edad, increíble—, lo contento que se mantenía. Otra vez hacía chistes, y armado de muletas, martillo, clavos y serrucho salía cada mañana y hacía muchos de los trabajos sencillos de la finca.

Entonces le apareció una llaga en la otra pierna. Aquello era el final. Una cosa es que a uno le falte una pierna y otra cosa muy distinta es que le falten las dos. Aurora viajó a verlo. El señor don Tobías no quería pasar otra vez por el viacrucis de los exámenes y las curaciones, las esperanzas y la pérdida de las esperanzas, hasta llegar a la ineludible amputación, y había dejado de comer. Tomaba agua y a veces recibía algún yogur o un vaso de jugo de naranja y sonreía si le insistían demasiado en que comiera o cuando se ponían a llorar. Dejaba que le manipularan la pierna con las curaciones, pero lo hacía para tranquilidad de hijos y nietos, pues lo tenía sin cuidado el estado de la nueva llaga. Lo que él quería era dormir y estar acostado y no comer. Dejó de

hablar del todo. Cuando venían a verlo, sonreía; cuando se iba la gente, dormía o se quedaba mirando la pared frente a la cama. «¿Está como esperando?», le pregunté a Aurora por teléfono. Ella dijo «eso parece» y se puso a llorar.

No fui al entierro. Hacía ya un año, después de asistir al de un gran amigo y colega de la universidad que se mató lanzándose de un quinto piso, había decidido que al único entierro que asistiría a partir de ese momento sería al mío propio. Ojalá no tarde demasiado, pues la vida empieza a hacerse muy larga y duele cada vez más. Yo debería aprender a fumar y dejar de hacer yoga, pues al fin y al cabo nadie se muere de insomnio ni de quedarse mueco, y qué hago yo todo mueco, todo desvelado y todo sano gracias al yoga. Claro que hay la teoría de que la gente se muere poco después de estrenar caja de dientes. Lo llaman «muerte por caja». Triana acababa de estrenar dientes en el maxilar superior, pero no estaba entre esos *mortem postcaja*, en todo caso. «Le quedó una sonrisa de pianola», decía Aurora, que en alguna parte había oído la comparación y la usaba con frecuencia. «Y como ahora vive tan contento con su tal Diana, mantiene la pianola a la vista a toda hora», decía, tal vez con algo de celos.

La verdad era que yo estaba menos cerca de perder los dientes de lo que había estado cuatro años atrás, cuando comencé a visitar al dentista de las fincas, quien me abrió las encías con un bisturí, las levantó y limpió el hueso, raspándolo, para evitar que las bacterias lo siguieran desmoronando. El dentista consideraba que la cirugía mantendría a raya la caja de dientes durante bastante tiempo. Pianola o no pianola, existía para mí la posibilidad de durar muchos años todavía, pensaba yo. En tal caso leería otra vez los libros de Dostoievski, de Conrad, de Balzac, de García Márquez, de Rulfo, que iban ya para la tercera ronda. Mi madre y mi abuelo materno habían durado noventa y seis. El abuelo ponía la dentadura debajo de la almohada, lo mismo mi mamá. Ninguno de los dos la dejó nunca en vaso con agua sobre la mesa de noche. Estarían además para la tercera ronda, Dumas, Faulkner, Defoe. Y me gustaría volver a leer ciertos textos de Marx, de Engels y de Trotski, que recuerdo como especialmente bien escritos, buena literatura, así como algunos de los historiadores. Suetonio, Tito Livio. Menos mal mi lista era y sigue siendo larga. Voy a escribirla en el computador y a imprimirla, en caso de que una eventual falta de oxígeno me

borre los nombres. Los libros de los escritores políticos y científicos son secos y duros como bagazo de caña de azúcar, y ya no cargué con la mayoría en la siguiente mudanza, sino que los doné a una de las universidades locales, para que atormentaran con ellos a los estudiantes.

El dentista contó que su nuevo yerno había resultado juicioso y trabajador, y que su hija había perdido veinte kilos. Tal como lo dice, parecería que lo de muy trabajador de él había tenido que ver con los kilos de menos de ella. En todo caso era la primera vez que mencionaba el peso de su hija y se le veía la alegría por el que había perdido. Hablaba siempre de ella como de una beldad y sólo ahora alcanzaba yo a darme cuenta de lo mucho que su tamaño lo había atormentado y de cómo había tenido que engañarse para paliar la aflicción. Mientras quitaba con la destreza de siempre los puntos del cuadrante inferior derecho, yo pensaba que me habría gustado ver a su hija ahora que tenía veinte kilos menos. Era posible que la pérdida de peso hubiera revelado un cuerpo espectacular, uno que «sacara la cara por ella», como decíamos mis amigos y yo con dudoso ingenio cuando éramos adolescentes. Y en un cuerpo así los ojos desvaídos podrían convertirse en elegante «verde-azul pálido».

Me pregunta por la neuralgia facial y le digo que dejé de tomar el medicamento, pues me produce fatiga, pero que ya me voy acostumbrando al dolor continuo. Preferible el dolor a aquel cansancio. Él no ha oído que la amitriptilina tenga ese efecto secundario de fatiga, dice, y yo me quedo callado, porque a eso qué contesta uno. Y al fin no tuve que decir nada. Sin esperar mi respuesta empezó a aplicarme anestesia con chuzones por todos lados en el cuadrante superior izquierdo. Los chuzones del paladar crujían al perforar el hueso. Cinco minutos después, cuando ya tenía dormida hasta la oreja, sentí en la encía el corte del bisturí, monstruoso por lo indoloro, y el sabor a sangre.

Mientras el dentista raspa hueso, y yo, con la boca abierta, trago sangre, el gordo va a mi casa y otra vez le dice a Carmelita que necesita hablar conmigo para el asunto del agua. A la mañana siguiente, con la cara hinchada, voy a hablar con él, que se esconde en algún lado y no responde a mis llamados, como ya había pasado antes. Y menos de una semana después, cuando nos faltaban algo así como diez metros para terminar de tender el

acueducto, el yerno comienza los trabajos de desvío del arroyo, para que salga por su propiedad, es decir, por la del difunto, sin entrar en la mía. De nuevo voy a la casa, tampoco lo encuentro esta vez, y compruebo que ya no hay perros por ninguna parte. Mientras desayunábamos Carmelita nos había contado que el yerno ya los había arrojado al río. Me tranquilizo lo mejor que puedo y doy gracias al cielo de que esté ausente o se haya escondido. Llamo a Misael para que nos lleve al centro, a la oficina del doctor Henry de Jesús. No voy a hacer más intentos de hablar con el hampón ese. Voy a pelear por el agua, no me la voy a dejar quitar, eso ni soñarlo, pero todo se hará de manera legal y con el abogado. Camino de su oficina pasamos por la catedral. Mi asombro ante su fealdad es tan intenso como el primer día.

El abogado era de la opinión de que el único motivo del yerno del señor Ezequiel para quitarnos el agua era la posibilidad de sacarme plata, pues sabía muy bien lo importante que era para mí terminar el jardín, y que sin el acueducto no podría hacerlo.

—Carmelita es muy suelta de lengua —opinó Aurora— y seguramente habrá hablado por ahí de las cosas que se dicen en esta casa y por eso el señor ese sabe lo que queremos hacer con el agua y cree que tiene el sartén por el mango y te puede chantajear.

—Es un delincuente —dijo el doctor Henry de Jesús—. Sabe a quién le hace los males. Sabe que usted, don Esteban, es una persona pacífica y siente que se puede aprovechar. En este país el malo es el bueno y el bueno es el malo. Lo ven a uno noblecito, y ahí está el problema.

No digo nada. No me gusta ser el noblecito de la historia, pero tampoco voy a ahondar en mis razones para no querer serlo, así que paso por alto la observación. Pienso en mi bastón. Ráfaga de miedo y de indignación. Insulto al yerno mentalmente con el lenguaje ultrasoez que usaban muchos en la región donde nací y fui criado —también lo usé yo, cuando era muy joven, rara vez ahora— y que después narcotraficantes y paramilitares llevarían a la perfección. Si el doctor Henry de Jesús, que parecía tener algo de santo, me hubiera oído pensar se habría asombrado. Tal vez por eso mismo gente como el yerno del señor Ezequiel, basura humana, suponía que podía intimidarme. No es bueno calificar de basura a un semejante, pues casi siempre, por no

decir siempre, el victimario primero ha sido víctima y en últimas nadie es culpable de nada, ni siquiera Charles Manson o Pol Pot. El Mal no está aquí ni allá, sino que salta impersonal de un lado a otro como sapo infecto. Sé que yo también llevo el batracio inmundo alojado en algún rincón del fondo del corazón, igual que todo el mundo. *Gordo marica, pedazo de catrehijodeputa, te voy a volver pedazos a palazos cuando te agarre, gordo desgraciado*, pensé. Respiré profundo e hice el esfuerzo de dejar de pensar.

—Usted hable con ese señor, doctor Henry —dije entonces—. Yo no quiero hablar con él. Mejor no. Mi propiedad tiene derecho al agua…

—Y eso a usted nadie se lo puede quitar. Las servidumbres forman parte de la propiedad y el derecho se transmite con ellas. Las servidumbres expiran en veinte años si nadie las usa ni las reclama, lo cual no es el caso aquí, y este señor va a tener que devolver el agua tarde o temprano. Lo primero es ponerle una querella.

Sería más tarde que temprano. Le pusimos la tal querella, pero el inspector de policía, que debía ir al predio a evaluar la situación y tratar de llegar a un arreglo amigable, primer paso legal y obligatorio en toda querella, tenía mucho trabajo acumulado, pues al parecer medio municipio le estaba poniendo querellas al otro medio, y después de dos meses aún no había hecho la diligencia. Siguen pasando los meses sin que nada avance y el yerno empieza a alardear por todas partes de haberle quitado la servidumbre de agua a un rico y advierte que si lo obligan a devolverla va a apelar ante la Corte Suprema de Justicia. Los ricos se quieren quedar con toda el agua, dice, y él no se va a dejar. Todo esto nos llega a través de Carmelita. El doctor Henry de Jesús sonríe ante la ingenua mención de la Corte Suprema de Justicia. La ignorancia es atrevida y además peligrosa, en este caso, dice. Es mejor que usted no hable con él, pues gente así respeta sólo la fuerza, la violencia. Dejemos que la policía se encargue.

Para mí el asunto es obsesión. No iba a dejar que el tipo ese me echara a perder el trabajo de años. Una tarde voy a buscarlo otra vez, sin decirle nada a Henry de Jesús ni a las dos mujeres y sin una idea demasiado clara de lo que podría pasar. Yo estaba furioso y no dejaba de insultarlo mentalmente. *Para quitarme el*

agua me vas a tener que matar, pedazo de hijo de puta, pensaba, y respiraba con fuerza mientras caminaba entre los viejos naranjos que habían sido talados en plena florescencia el día anterior y soltaban perfume de madera aserrada y de azahares a lado y lado del camino.

El aserrador almorzaba en el corredor, sentado en una banca. La cola del capaz salía del plato por un lado, la cabeza por otro. De un tercer lado asomaba la punta de una yuca, blanca y desmesurada. También se alcanzaba a ver el lomo de una gran papa. El olor a cilantro se extendía por toda la propiedad. Imposible enojarse. El aserrador era en extremo cordial, estaba haciendo su trabajo y nada tenía que ver con el curso del riachuelo. Él no creía que el yerno fuera a regresar ese día. «Para decirle la verdad, me parece que se va a demorar sus diitas en volver. Yo no sé ese señor cómo hace para meterse en tanto lío. Hasta que le pase algo. Yo no sé a mí quién me irá a pagar».

Gratiniano, se llamaba. En algún momento mencioné los árboles que habían caído bajo la motosierra en su larga vida de aserrador, y me contó que en su finca tenía un vivero con especies en peligro de extinción y también árboles para explotación maderera. No los regalaba, «nadie regala nada, señor», pero no los cobraba caros. Lo cual no era cierto, según me enteré después. Los cobraba caros, pero tenía especies nativas poco comunes, algunas ciertamente en vías de extinción, y los árboles comerciales que ofrecía eran sanos y vigorosos. Gratiniano había tumbado caracolíes de doscientos años, ceibas de trescientos, pero como tenía aquellas especies en su vivero, no se preocupaba ni se sentía culpable de nada. Alguien los sembraría algún día, alguien que iba a comprárselos caros, y ya pasarían otra vez doscientos, trescientos años.

Años es lo que hay.

El inspector de policía visitó por fin las propiedades, pero sin haber logrado antes notificar personalmente al yerno del señor Ezequiel para que estuviera presente en la diligencia legal de conciliación. El inspector había hablado con la mujer, quien le dijo que «aquel» se había ido hacía una semana con tres amigos que ella no conocía y esta era la hora en que no había vuelto. Ella no podía tomar ninguna decisión. Lo del agua era con él, que le tenía prohibido hacer nada sin consultarle. Ella había pensado

que volvería pronto, pues no había llevado billetera ni celular. No sabía para dónde podría haberse ido. Él a veces desaparece bastante tiempo y llama o vuelve cuando uno menos piensa, dijo. Ya ella ni siquiera se hacía ilusiones y por eso no había avisado a la policía. Siempre aparece. Esta pobre mujer le tiene terror, nos dice el inspector. Cree que la joven y bonita señora estaba mintiendo y que el tipo, escondido debajo de su cama, se reía mientras ellos hablaban en la sala del pequeño apartamento de un barrio de clase media de la capital, donde vivían. La mujer hablaba en voz muy baja, como para que no pudieran oírla de lejos, dice el inspector.

Al pasar el tiempo y ver que no llegaba decidieron buscarlo y lo encontraron muy pronto, pero no debajo de la cama sino debajo de un helado vecino en las neveras de la morgue del hospital local. Con lo primero que les había dicho el encargado cuando empezaron a describirlo se dieron cuenta de que no tendrían que buscar más. «Por aquí anda la joyita esa», les dijo con sonrisa inocente y los llevó directo a la nevera donde la joyita estaba guardada. Hombres de cuarenta años, obesos, altos, rubios y de ojos azules no hay tantos como se podría pensar.

Se supo entonces que había llegado solo al hospital, con dolor de pecho y de brazo, mareos y dificultad para respirar, y que justo cuando una enfermera le abría la puerta de la unidad de urgencias se había desplomado. Lo acostaron rápidamente en una camilla y después de cinco minutos de desfibrilador vieron que no había nada que hacer. Ni siquiera había alcanzado a dar los datos personales, y como tampoco traía documentos de identidad, figuraba como N. N. en las fichas de la morgue.

A eso de las diez de la mañana de un domingo recibí en menos de una hora la buena noticia de la muerte del yerno del señor Ezequiel y la pésima noticia de la partida de Aurora. Aunque esta última la esperaba, e incluso esperaba la noticia de su matrimonio con Aguirre, me costó trabajo asimilarla. Quise saber si no le sería posible posponer la partida dos meses o algo así, para que me ayudara a terminar todo, y ella dijo que el matrimonio aún no tenía fecha, y que iba a hablar con él, pero ella creía que Javi iba a estar de acuerdo.

La viuda tampoco tuvo inconveniente alguno en devolvernos el agua. Cuando hablamos con ella, que estaba de negro y llevaba

un pañuelito en la manga, pero tenía los ojos bastante secos, nos dijo que como mujer sola no podía encargarse de la finca de su papá, que en paz descansara. Y ahora sí, a la mención del señor Ezequiel, vimos cómo se le llenaban los ojos de lágrimas y usaba con mucha delicadeza el pañuelo, para no correrse el maquillaje. *A ese tipo lo van a remplazar rápido*, pensé. Ahora que no estaba apabullada por el terror se le veía la juventud y la gracia. Y no había sido mayor que su marido, como decía Carmelita para calumniarla.

Vendió pocos días después. La propiedad del señor Ezequiel se enmontó aún más de lo que ya estaba, y la casa empezó a verse cada vez más sola. Hasta que un día Carmelita llegó con la noticia de que la estaban renovando. Pusieron banderas azules en el cerco a lo largo de la carretera y una portada de piedra y ladrillo, de muy buen gusto, como sacada de una revista de arquitectura, y también una gran valla donde aparecía la urbanización tal como se vería cuando la terminaran: automóviles como de cartón en los garajes, árboles como de cartón en las aceras y personas contentas, serenas y como de cartón caminando por los jardines.

Los nombres altisonantes e ibéricos se habían puesto de moda para estos feos conjuntos cerrados que de un tiempo para acá distorsionaban todas las ciudades del país. Este se llamaría Portales de Alcalá. Por lo general en ellos usan setos de eugenias o de limoncillo en los linderos entre las casas y, para dar el toque nativo, helechos arbóreos en los antejardines y, si acaso, algunos sietecueros de la variedad llamada nazareno, de hojas vellosas y de mucho más fácil cultivo que la variedad del de Judas —a quien no le bastó con el daño que ya había hecho y escogió para ahorcarse uno de los árboles más bonitos de la Tierra—. En la casa del señor Ezequiel, construida doscientos años atrás, remplazaron las ventanas antiguas por grandes vidrios y adaptaron el interior para que funcionara como recepción y sala de ventas.

Aurora, Álex y yo tratábamos de concentrarnos en lo nuestro sin prestarles atención a las banderas ni al ruido de máquinas y obreros en la finca del señor Ezequiel, antes tan silenciosa. Sembramos más variedades de heliconias a lado y lado del acueducto, helechos de muchas clases y tamaños, hiedras y musgos. Parte del musgo llegó de la finca de Javier Aguirre y se

sembró directamente en las piedras. Aurora puso además musgo y yogur en la licuadora y extendió la mezcla con una brocha, para que empezara a retoñar en las piedras, en los troncos de los árboles y también en el suelo.

Tres días antes de tender el último tramo, el riachuelo volvió a secarse.

La compañía urbanizadora que le compró la propiedad a la viuda era grande, poderosa. Adelantaba proyectos en todo el país y en países vecinos y no estaba interesada en conservar un manantial y su pequeño riachuelo fluyendo en medio de cuatro edificios idénticos y ochenta casas idénticas adornadas por jardines también idénticos. La gerente me ofreció compra por el derecho al agua y dije que no. Para qué un jardín sin agua. Ofreció entonces compra por la propiedad entera y le dije que iba a pensarlo. Después de poner a correr el agua yo tendría que seguir trabajando en los jardines del acueducto, y me tomaría entre seis meses y un año terminarlos. Dos días después, luego de un corto regateo en el que logro lo que pido, firmo una promesa de venta a un año. Con lo que reciba de la casa más la pensión viviré el resto de mis días.

Firmada la promesa de venta y después del entusiasmo de ver bajar el agua por los canales de piedra y oírla por todas partes, me agarra la tristeza. La partida de Aurora es inminente. El éxito del negocio con la urbanizadora también entristece. La cuenta bancaria está gorda, pero la muerte ya está menos lejos. «Compraste cuando era y vas a vender también en el mejor momento. Qué suerte tienes», me dice mi exmujer por teléfono, y prefiero no contarle que otra vez estoy tomando las pastillas contra la melancolía. «Si me hubiera propuesto comprar y vender por negocio no me habrían salido las cosas», le digo. Y eso que ella no sabe que al yerno le dio un infarto justo a tiempo, como si Dios y el diablo hubieran estado conmigo. Aquello del yerno me intranquiliza, pero la culpa había sido de él, que comía mucho y sólo hacía ejercicio para huir de los cuchillos, no mía. Dejé de cavilar y me apliqué al trabajo. Sembré lirios en las alberquitas de piedra donde resonaba el agua. Sembré una variedad de palma de hojas plateadas, para descansar con ellas del intenso verdor del jardín que, igual que el de las selvas, tiende a producir claustrofobia. Y un día Aurora y yo lo recorremos muy despacio y

vemos que cualquier planta que sembremos va a estar de más.

La miel

Visité a mi hermana mayor y le anuncié que pensaba vender la casa, irme para algún pueblito de la costa Atlántica y dedicarme a la cría de abejas, arte que me había llamado la atención desde muy joven y sólo hasta ahora estaba en condiciones de aprender. Mi idea era viajar lo más pronto posible y empezar a buscar casa. Mi hermana nada opinó, pero yo sabía muy bien lo que estaba pensando: «Esteban, ya vas para los ochenta. ¿No se te hizo un poquito tarde para aprender a criar abejas?». Como si lo hubiera dicho, le contesto que no pretendo vivir de eso, no, yo tengo mis ingresos. Es cuestión de poner sólo dos cajas, máximo tres. Mucha es la actividad que se puede adelantar y sobre todo observar con sólo una caja y mucho lo que se puede leer en las hamacas. La vida sin emprender nada es la muerte, digo.

—Ya le bajaste a sólo una caja. Lo próximo es que me digas que mucho se puede observar con ninguna caja. Me parece que la nueva empresa consiste más bien en leer con mucho trabajo y recibir la brisa marina.

No, no, no, digo. No es en el mar. Dudo que se puedan criar abejas a la orilla del mar, digo, pero no es por eso que no es en el mar. Aborrezco el turismo. Mi idea es comprar o alquilar una casa en las afueras de uno de esos pueblos todavía bonitos de la costa Atlántica, pero no costero, uno sin turismo, con almendros en la plaza, eso sí, pueblos calientes como un demonio, en los que el mediodía dura casi todo el día y las noches están llenas de estrellas. Construiría un baño de inmersión, para refrescarme en las horas de más calor. Donde el tío Francisco había uno de esos, y el tío se sumergía en él a las cinco de la mañana, huesudo, ascético, alto y azul de lo blanco, como un profeta. El agua a esa hora era muy fría. Mi hermana recuerda mucho aquel baño. Tenía baldosines árabes y jardineras con azaleas bifloras y agapantos. Voy a tratar de conseguir una casa de las antiguas de la Costa, le digo entonces, tal vez con techo de palma y uno que

otro murciélago recorriendo de ida y vuelta el caballete. Ojalá con celosías de madera. Si es de las de techo alto no se necesita aire acondicionado. Todavía no sé muy bien en cuál de esos pueblos. En algunos hay paramilitares y eso tengo que estudiarlo, para no ir a meterme de cabeza en algún infierno. Aire acondicionado para la habitación, sí, en caso de que no logre conseguir una casa de arquitectura fresca. Tendría un generador de gasolina, para cuando se vaya la luz, que en esos pueblos se va mucho. Me interrumpo entonces, como si mi hermana hubiera preguntado que si ya me había olvidado de mi desagrado por los motores. Y esta vez espero.

—¿Pero no te chocaban, pues, tanto los motores? —dice al fin.

—Lo que pasa es que dormir es ya de por sí muy difícil, y allá sin aire acondicionado me quedaría despierto y sudando en una noche eterna.

—Antes de comprar hay que mirar que haya un buen hospital cerca.

El comentario me agarra de sorpresa y sonrío. Le agradezco que no haya mencionado la funeraria y agrego que con ese calor la cremación tiene que facilitarse bastante. Claro que yo no creía que fuera a morirme allá, dije. Mi plan era esperar a cumplir ochenta y cinco, cuando dominaría ya la apicultura, e irme a vivir a uno de esos sitios de nombres como Club de los Abuelos, Habitares, Senior Living Club y otros parecidos, elegantes, y no a algún Ancianato Divino Niño, Hogar Geriátrico del Corazón de Jesús o Asilo el Buen Samaritano. Cuando mi papá estaba joven había entierros de primera, segunda y tercera clase, como los vagones de tren. Separación al filo de la muerte y más allá de la existencia. Y yo no quería vivir donde se sintiera el olor de la vejez mal amparada. Mi hermana, que ni de visita se dejaría llevar a los geriátricos de lujo y tampoco a los populares, dice:

—Esos pueblos con almendros tienen nombres muy bonitos.

—San Onofre, Barbacoas, San Antero… —digo.

—Sí.

Pero no me fui para la Costa. No todavía. Me instalé precisamente en un hogar para el adulto mayor, agradable y bastante caro, por cierto, y con jardines como de hotel campestre, donde mirlas de patas anaranjadas construían nidos grandes en los cerezos y levantaban la cabeza para tragarse las frutas y

también las flores. El nuestro es un país de mirlas. Se puede decir que la verdadera propietaria de cada patio y de cada jardín en todo el territorio nacional, sin importar las escrituras legales, es la mirla que vive en él y se ocupa de comerse todo lo que se vuelva flor o fruto y de ahuyentar como loca a los demás pájaros.

Tuve que esperar a que se muriera un inquilino y dejara libre su apartamento, uno de los veinte que había en el complejo residencial. Me dijo después una enfermera que el inquilino había sido inquilina, había muerto de leucemia a los ochenta y cinco y se llamaba Ruth Peña. La enfermera se disponía ya a contarme los pormenores de su muerte cuando contesté que gracias, señorita, pero que yo no necesitaba más datos sobre Ruth Peña. El apartamento tenía espacios amplios y patio propio con jardín que empleados de una compañía de paisajismo podaban y abonaban cada mes. Había rosas rosadas, achiras amarillas y rojas, agapantos, un brevo con muchos frutos y un durazno lleno de flores. Todos ellos estaban bien cuidados y eran bonitos, pero algo les faltaba, el soplo de la vida, pensaba yo, aún recién llegado. Me costó trabajo y me llevó algún tiempo tomármelos en serio y aceptar que no eran artificiales, creación humana.

Pasaron los meses y, por alguna coincidencia, cada vez que les preguntaba a las enfermeras por el día de la semana, decían que era viernes. Todavía la realidad se ponía blanda a veces, y equívoca, y durante las crisis las enfermeras me lanzaban miradas oblicuas y sonreían con sonrisas feas, pero yo sabía bien que deliraba, y me observaba delirar como quien soporta un aguacero que en algún momento tendría que ceder y había cedido siempre. Las enfermeras se sacaban la caja con un ruido parecido al de las bombas de destapar inodoros y se contaban sus historias pavorosas al oído, como vertiendo aceite sucio en sus orejas de hojaldre. Y tosían y soltaban pedos de la risa. Yo dejaba de hablar. Podía ahorcarme del tubo de la ducha, si quería, pero era absurdo hacerlo estando tan cerca del final. Tal vez lo peor ya había pasado. El aguacero cedería por fin, el sufrimiento. Las enfermeras ni habían estado desdentadas, ni habían dejado escapar ventosidades, ni se habían contado secretos.

Anochecía y amanecía una y otra y otra vez, y de nuevo era viernes.

Los chillidos de las mirlas del jardín sonaban a advertencias

mortales y los colibríes se atacaban unos a otros con sus estiletes entre alaridos de guerra que parecían de ratón o de murciélago. Con el tiempo le tomé gusto al jardín de mentirillas que a veces dejaba de serlo, a las mirlas despiadadas, a los colibríes pendencieros, al brevo cargado y al durazno florecido, y dejé de extrañar la pesada cruz y el esplendor de mi jardín selvático. Carmelita contó que habían talado la mayoría de los árboles y que iban a tumbar las casas para levantar un gran conjunto residencial «muy elegante» en mi propiedad y en la del señor Ezequiel. No era ningún secreto que los constructores sobornaran a las autoridades encargadas de preservar el patrimonio histórico de las casas de la zona. De modo que sobornaron, tumbaron la mía y levantaron allí un edificio. Algunos meses después, al dejar de necesitar oficina, volvieron a sobornar, tumbaron la del señor Ezequiel y levantaron otro edificio.

El mundo es un mandala de arena de colores, decía Aurora. Un jardín que se dibuja y borra solo.

Carmelita me visitaba de vez en cuando como si ella fuera más joven que yo, como visitando a un anciano. Álex pasó dos veces y la segunda le regalé los cuatrocientos mil pesos que me pidió prestados. Y cuando Cristina llegaba de Brighton con su familia alquilaba un lugar cerca de allí y Carmelita les ayudaba con el apartamento y les cocinaba durante el mes que iban a estar por esos lados.

Aurora y yo de vez en cuando nos escribíamos y ella me contaba de su trabajo con el yoga, de Javi y de la familia de ella. Decidieron no tener hijos. Ni ella ni yo parecíamos sentir necesidad de ver al otro, pero sí de saber del otro. Yo todavía leía mucho y a veces me quedaba dormido en la silla con el libro en las rodillas y me despertaba de golpe, alarmado. Cuando eso ocurría, cuando dormía demasiado tiempo con el libro en las rodillas, era casi seguro que iba a pasar despierto la noche entera.

Me fui olvidando del cansancio que me había dejado lo del acueducto y lo del yerno y todo lo demás, y más bien empecé a cansarme de los naipes, del sonido de las fichas del juego de damas, del sonido de los inocuos dados del parqués y del optimismo de aquel sitio donde los residentes, algunos de ellos profesionales del sonreír, esperaban que yo lo hiciera, aunque fuera de vez en cuando. Así que me despedí del brevo, del

durazno, de las dos voraces mirlas y de las enfermeras, bonitas algunas de ellas y voraces todas a su manera.

Alquilé una casa a las afueras de un pueblo con una iglesia que parece pastel de matrimonio. En el patio encontré almendros, mangos, mamoncillos, tamarindos, uvos y algunos san joaquines ralos y varudos que logré poner frondosos hasta que se los comieron las cabras de la vecina. Mi jardín tiene cien metros cuadrados, como mucho. Pequeños o grandes, los jardines son siempre infinitos, y por eso decidí no medir ni un metro cuadrado o lineal más en la vida. La cinta métrica amarilla, Stanley, de manivelita, se me perdió o me la robaron y no quise comprar otra. A pesar de sus cincuenta metros la llamé siempre *decámetro*.

En el patio, que acostumbro barrer con una escoba de esparto después del desayuno, se siente la presencia casi imaginaria del pozo séptico, el humo de la quema de las cortezas de coco y el almizcle de los grandes cangrejos azules que hacen sus cuevas debajo de los árboles. También huele a basura, si uno pasa cerca del foso grande donde la arrojo y que asperjo semanalmente con cal viva, sin lograr acabar del todo con el olor, las ratas y las moscas.

Es posible que las moscas y mis abejas sean el elemento más importante en la dieta de las lagartijas verde-azul que viven por todas partes. Son minerales cuando están quietas, movimiento puro si se asustan. Formé el jardín con las plantas que a las abejas más les gustan. Ellas lo diseñaron. Margaritas, geranios, caléndulas, girasoles… Y como en esta región de potreros con cebúes se usa mucho el matarratón como cerca viva, y además abundan las batatillas, las adormideras, las ceibas y muchas otras plantas y árboles melíferos, decidí no trabajarle más a mi jardín personal. Las abejas no reconocen nuestros límites ni sienten nada al cruzar linderos. Menos aún las cabras. Judith, la vecina que me ayuda con las tareas domésticas, dueña de las cabras, está casada con un muchacho que trabaja muy duro como obrero en las petroleras de la selva y viene cada trimestre a echarse un mes en la hamaca. Son dos cabras de pintas blancas y negras, muy bonitas. Se llaman Pepa y Pepe. Si uno llama a Pepe las dos levantan la cabeza, y si llama a Pepa, también. Ninguna de las dos distingue las malezas de las plantas de jardín. Una mañana en que yo me había ido a ver el mar se soltaron y esta vez se

comieron todas mis matas, pero dudo que eso haya afectado mucho la producción de miel. Desde entonces mi jardín se compone de las plantas que siembran los pájaros y polinizan las abejas y también de las que retoñaron después de la poda de las cabras y que se volvieron también maleza.

Judith tiene buena mano con los animales y sabe ponerles nombres. El día que le llegó al patio un gallinazo herido, lo curó y el animal decidió quedarse. Dormía en los árboles, volaba sobre la casa, como para no perder la costumbre, y bajaba a comer maíz y una que otra lombriz con las gallinas. Hasta que un día se fue y no volvió más. Evaristo se llamaba. O se llama.

—Las gallinas son aburridoras en el día a día —le expliqué a Judith—. Y estaba aquello del maíz. Lo de Evaristo son los perros y los burros, mientras más muertos, mejor. Si no hubiera sido por el cariño que le tenía a su merced, el animalito se habría ido mucho antes.

—¡Su merced!

Cuando sé que no hay demasiada gente orinándose en el agua y haciendo escándalo con música, jetskis y aguardiente, voy a bañarme en el mar, a una hora en el bus que pasa por el pueblo más o menos a las ocho de la mañana. Antes de llegar alcanzo a sentir su luz, la sal, el aire almizclado, su presencia.

La euforia que me llegó con las primeras diez botellas de miel empezará tal vez a deslustrarse con el tiempo. También es posible que se interrumpa, como me ha pasado tantas veces, y se convierta en otra cosa. Mañana mismo podría resbalarme y quizás romperme la crisma y con toda seguridad la cadera al entrar a mi baño de inmersión, que está forrado en baldosines azules y parece un pocito de gruta, un cenote en miniatura, por los muchos helechos que le sembré alrededor. Hasta ahí llegaría yo entonces con mi euforia que, de no mediar imprevistos como aquel, bien podría no acabarse todavía.

Pero años no es lo que hay. Mientras menos van quedando mayor es mi admiración por haber tenido uñas, pestañas, rótulas; por haber estado aquí y porque todo el mundo me llame Esteban —o profesor Latorre, ¡todavía, después de cuántos años!—; porque algunas cosas tengan nombre y la infinita mayoría no lo tenga; porque lo luminoso fluya hacia lo oscuro, y porque lo grande y lo pequeño fluyan siempre hacia lo que no tiene

tamaño.

Y muy de vez en cuando, pero con especial cercanía e intensidad, alcanzo a sentir también la oscuridad de estas mis últimas largas noches de insomnio y, con la de ellas, la oscuridad de los inicios, que es adonde iré a parar yo y adonde han ido a parar las noches todas.



Foto: © Camilo Rozo

Tomás González

Nació en Medellín, Colombia, en 1950, y estudió Filosofía antes de convertirse en barman en un club nocturno de Bogotá, cuyo propietario publicó *Primero estaba el mar*, su primera novela, en 1983. González ha vivido en Miami y Nueva York, donde escribió algunos de sus libros mientras se ganaba la vida como traductor. Después de veinte años en Estados Unidos, regresó a Colombia. Su obra también incluye las novelas *Para antes del olvido* (1987), *La historia de Horacio* (2000), *Los caballitos del diablo* (2003), *Abraham entre bandidos* (2010), *La luz difícil* (2011), *Temporal* (2013), *Niebla al mediodía* (2015) y *Las noches todas* (2018); el poemario *Manglares* (1997), y los libros de relatos *El rey del Honka-Monka* (1993), *El lejano amor de los extraños* (2013) y *El Expreso del Sol* (2016). Libros suyos han sido traducidos al inglés, francés, alemán e italiano, entre otros idiomas.

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

PRIMERO ESTABA EL MAR
PARA ANTES DEL OLVIDO
EL REY DEL HONKA-MONKA
LA HISTORIA DE HORACIO
LOS CABALLITOS DEL DIABLO
ABRAHAM ENTRE BANDIDOS

La luz difícil
Temporal
El Expreso del Sol
Manglares

Tomás González

Las noches todas

Esteban es un profesor universitario retirado que decide dedicarse a la jardinería y disminuir al máximo sus relaciones con los demás. Pero esta decisión no sólo le traerá problemas prácticos —cómo encarar a su endemoniado vecino, cómo no admirar a esa mujer enigmática que llega a instalarse, cómo no emocionarse con lo humano— mientras libra una batalla a muerte para componer un jardín que represente su ideal de belleza. También lo enfrentará a una pregunta vital: ¿justifica aquella belleza del mundo nuestro sufrimiento y existencia?

Las noches todas **es una preciosa novela de iniciación en el final de la vida. Su protagonista carga con la soberbia de aquel que se embarca en una empresa imposible sólo para darle sentido al hecho de estar vivo. Y en el refugio que es su jardín, rodeado de personajes imborrables que lo ayudan o le impiden lograr su objetivo, se esfuerza por que allí no todo se convierta en caos y oscuridad.**

Gracias a su escritura extraordinaria, Tomás González retrata con exaltación contenida e intuiciones profundas el drama de un obstinado, que en su doble fracaso —la imposibilidad de domesticar la naturaleza y la incapacidad de evitar el contacto con los otros— termina por reivindicar su propia humanidad. Su conflicto es a la vez hondo, conmovedor y liviano, y estremece como cuando se comprende la esencia de la vida y se admira con fascinación el movimiento de una pluma empujada por la fuerza del aire.

Seix Barral Biblioteca Breve

